HARLEQUIN
Jazmín

Ese hombre, un enigma

Mary Wibberley



Ese hombre, un enigma

Mary Wibberley

Ese hombre, un enigma (1985)
Título Original: *The man Bryce* (1975)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 315
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Bryce Dvronik y Kim Dalby

Argumento

¿Quién era el misterioso Bryce Dvronik? Cuando Kim Dalby llegó a Austria, en su lugar de su hermano Jack, se encontró con que Bryce estaba a cargo de todo… incluso de ella. Tan pronto como supo que era periodista la retuvo en su casa, como una prisionera. Después fue tal su atrevimiento que llegó a pedirle que fingiera ser su prometida, con el fin, según decía él, de protegerse de las garras de la atractiva Jeanne Wolfe.

Sin saber cómo participó en la farsa. ¿No llegaría a lamentarlo?

Capítulo 1

Kim estaba asustada. Oyó a lo lejos el llanto de un niño, pero eso no fue lo que la asustó. En aquella quietud, la soledad… la espera. ¿En dónde estaba él? Todo volvió a la tranquilidad, el niño dejó de llorar, el tren había desaparecido en una curva y sus luces tranquilizadoras, último vínculo con la civilización, se esfumaron ante su vista.

La pequeña estación austriaca estaba en penumbra. No había ningún cobrador, ni otros pasajeros, nadie, sólo una luz iluminaba levemente los edificios. El aliento de Kim se congelaba al salir de su boca. Hundió más las manos en los bolsillos del abrigo y empezó a andar. Cualquier cosa era preferible a quedarse congelada.

¿En dónde estaba él? Más allá de la estación había unas casas, algunas de ellas iluminadas; en pocos minutos podría llegar hasta allí y pedir permiso para llamar por teléfono, quizá él no había recibido su telegrama.

—Discúlpeme…

Oyó una voz a su espalda y se volvió, con el corazón latiéndole aceleradamente.

—¿Sí? Kim sólo pudo distinguir que era un hombre alto y corpulento. Estaba demasiado oscuro.

—Estoy esperando a un hombre. ¿Hay alguien con usted? —le preguntó el desconocido.

—No, estoy sola. ¿Ha venido a recibir a alguien? Sabía que era una pregunta ridícula. Aquel hombre la inquietaba ligeramente y estaban solos. Ella se alejó un poco, casi sin darse cuenta, hasta que él le dijo:

—No se preocupe, está segura. Sí, he venido a esperar a alguien.

Su acento no era ni francés ni alemán; no lo podía reconocer, pero le pareció familiar. Había algo de burla en aquellas primeras palabras, como si se estuviera divirtiendo. Kim levantó la barbilla, era preferible preguntar de una vez, antes de congelarse.

—¿A alguien llamado Jack Dalby? Kim comprendió su asombro antes de que él contestara.

—Sí… ¿pero…?

—Es mi hermano, he venido en su lugar. Estaba esperando a Gordon…

El hombre contuvo una exclamación y algo se agitó en el interior de Kim.

—No lo comprendo —parecía enfadado.

—Es muy sencillo. ¿Puede llevarme con Gordon? Hace mucho frío aquí.

Kim estaba empezando a enfadarse. ¿Quién era ese hombre? Cualquier explicación tendría que dársela a Gordon, no a un desconocido que se acababa de encontrar en una estación de ferrocarril.

—Quizá sea lo mejor —dijo él—. ¿En dónde está su equipaje? —Allí —le respondió, señalando con la mano.

Las dos maletas eran pesadas, aunque él las levantó como si no lo fueran.

—Venga conmigo.

Un Mercedes de color oscuro y elegante les estaba esperando con el motor encendido. Cayeron unos copos de nieve mientras él guardaba las maletas en el portaequipajes. Después lo cerró de golpe y le abrió la puerta del coche.

—No estaba cerrada —le dijo él secamente.

Ella sintió que se sonrojaba al comprender lo que implicaban sus palabras. Entró en el coche, sin decir nada. Normalmente, los hombres no tenían ese efecto sobre ella, pero no había conocido nunca a un hombre como aquél. Aunque aún no podía verle bien, emanaba de él una sensación de autoridad, y se preguntaba quién sería. ¿Un criado, el chofer? Instintivamente supo que no era ninguna de las dos cosas.

Le observó mientras se sentaba a su lado. La luz interior se encendió unos segundos y lo que vio la dejó sin aliento. Moreno, bien parecido, rasgos severos y el pelo tan negro como la noche. En vez de poner el coche en movimiento, se volvió hacia ella.

—Ya no hace frío, ahora puede decirme por qué está aquí.

—No puedo verle —respondió absurdamente, y él encendió otra vez la luz interior.

—¿Le parece mejor así?

—Algo —tragó saliva—. ¿En dónde está Gordon?

—Tuvo que ir a Viena. Me pidió que viniera… no a esperarla a usted, sino a su hermano.

El tono de su voz le indicó que no creería nada de lo que ella dijera.

—¿Viena? Vengo de allí. ¡Si lo hubiera sabido! —exclamó consternada.

—Quizá, el viaje fue muy repentino. Es probable que usted estuviera en el tren cuando él llegó. Además, señorita Dalby, aún no ha contestado a mi pregunta.

—No sé quién es usted.

—¿Quiere ver mi pasaporte? —registró el bolsillo interior de su abrigo, como si lo buscara—. ¡Me imagino que así se sentirá con más libertad para hablar!

—Muchas gracias, con decirme su nombre me bastará.

—Mi nombre es Bryce Drovnik. Soy amigo de Gordon Hillaby, pero nunca he oído hablar de usted.

—Ni yo de usted —le contestó enseguida.

—¿No? ¿Y qué tiene eso de sorprendente? Aquel hombre tenía la costumbre desconcertante de hacerle preguntas continuamente. Eso la enfurecía. Todo habría sido mucho más fácil si Gordon hubiera estado allí. De pronto, le preguntó, un poco alarmada:

—Pero… si Gordon no está aquí, ¿a dónde me lleva?

—A la casa de él. ¿Adónde va a ser? Kim aspiró con fuerza. Estaba cansada después del viaje en avión y de haber dormido muy poco la noche anterior, ya que había estado pensando una y otra vez si su impulso no resultaría una estupidez.

No sabía para qué quería Gordon a Jack, sólo que tenía que coger su equipo de buceo, que era algo urgente y que cuantas menos personas lo supieran sería mejor.

—Entonces, por favor, ¿podemos irnos? —le preguntó ella, con amabilidad.

En seguida se pusieron en movimiento. Kim se recostó en el asiento y cerró los ojos, pensando en que todo se arreglaría cuando Gordon volviera.

—Despierte, señorita Dalby. Ya hemos llegado.

Kim se enderezó, parpadeando mientras abría los ojos. Se había quedado dormida, era increíble, pero cierto. No pensaba que podría dormirse con aquel hombre a su lado, sin embargo lo había hecho. Sonrió ligeramente al pensarlo pero a él no pareció divertirle, ya que le vio fruncir el ceño mientras esperaba con impaciencia, junto a la puerta abierta del coche. Ella salió, resistiendo el deseo de estirarse. Miró hacia la casa de Gordon y casi lanza una exclamación. Era una mansión blanca, muy iluminada, y enseguida pensó que si detrás de todo aquello no había un misterio ella no se llamaba Katherine Emma Dalby. Un estremecimiento de excitación la recorrió. No le importaba aquel desconocido, Gordon era lo único

que contaba y ella siempre había podido dominarle desde que su padre, cuando ella tenía siete años, le había llevado a la casa para presentárselo a todos. Se entristeció un poco, no muy lejos de allí había muerto su padre… hacía siete años, pero todavía la apesadumbraba el recuerdo.

—¿Entramos? —preguntó ella.

—Por supuesto. Eso esperaba; como comentó usted en la estación, hace demasiado frío para estar afuera.

De nuevo esa arrogancia, ligeramente oculta, pero persistente. Él había ido a esperar a un hombre, su hermano, pero en su lugar había llegado ella y se notaba que eso le molestaba mucho. «Mala suerte, amigo», pensó Kim, mientras se dirigían hacia la casa. No le importaba si era uno de esos hombres que odian a las mujeres. No había ido para conquistarle. Él no contaba, pero en eso estaba equivocada.

La bebida caliente y la cena hicieron que cambiara la atmósfera. Estaba sentada junto al fuego de la chimenea, tomando una taza de café. Kim se había recostado en el sillón y se sentía tan cómoda, que le costó trabajo no quedarse dormida. Bryce Drovnik había desaparecido.

Se preguntó si estaría llamando por teléfono a alguien, pero estaba demasiado hambrienta para preocuparse. Un hombre le había llevado la cena, le había dicho que se llamaba Matthew y que la habitación de ella estaría preparada cuando quisiera. Sólo tenía que tocar el timbre. Al menos, no se había mostrado sorprendido por su presencia y había sido amable. ¿Drovnik? Era un nombre centroeuropeo, ¿de dónde? Aún no había podido reconocer el acento y eso la molestaba. No había podido verle bien, primero por la falta de luz y después por la aparición del otro hombre. Esperaba que Gordon no la rechazara. Cuando cogió la cafetera para tomarse otra taza de café, oyó que la puerta se abría.

—¿Ha comido suficiente? —preguntó Bryce Drovnik fríamente.

En realidad, a él no le importaba. Ella comprendía que estaba haciendo un esfuerzo por ser amable. Ya podría verle bien. Se dio media vuelta, levantando la vista, y sintió que se le paralizaba el corazón.

Bryce Drovnik era todavía más imponente de lo que había pensado, parecía un atleta. El pelo era como le había parecido, negro como la noche. Tenía el rostro bronceado, los pómulos salientes. No parecía un hombre al que se debiera hacerle enfadar. ¡Y esos ojos! Ojos hipnóticos, de un color difícil de definir, que la miraron con frialdad al repetirle la pregunta.

—Sí… gracias —respondió Kim.

Él se acercó al fuego y se quedó allí, de pie, observándola.

—He llamado por teléfono a Gordon —le dijo.

No debería permitir que la asustara. ¿Es que esperaba que se aterrorizara por ese comentario?

—Me habría gustado hablar con él si lo hubiese sabido —le contestó sonriéndole.

—Lo podrá hacer mañana cuando regrese.

Su tono le indicaba que Gordon iba a volver porque había llegado ella en vez de Jack.

Kim se contuvo. Si no tenía cuidado podría perder el control y quizá era lo que él deseaba.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Hace mucho tiempo que no le veo y me habría gustado encontrarme con él esta noche, tenemos mucho de que hablar.

—Sí, estoy seguro que así será y después, sin duda, usted regresará a su casa.

Él sonrió; una sonrisa profunda y malvada. Kim hizo un esfuerzo para no perder la compostura.

—¿Qué… qué quiere decir? Él se encogió de hombros.

—Queríamos que Jack viniera para ayudarnos con… algo… —notó que él vacilaba—.

Y pienso que usted no puede ocupar su lugar.

—¿No lo cree? Si es algo relacionado con el buceo puedo hacerlo. He traído mi equipo, señor Drovnik, y soy tan buena buceadora como mi hermano.

—¿Usted? —le preguntó, sin ocultar su incredulidad.

—Sí.

Kim se levantó despacio. Se sentía en desventaja, hundida en ese sillón.

—Me doy cuenta de que usted no le ha preguntado esto a Gordon, de lo contrario se lo habría dicho. Él nos enseñó a los dos… él y mi padre, hace años. He pasado bien ese aprendizaje y como Jack no podía venir, he venido yo, para no fallarle a Gordon, así de sencillo.

—¿Sencillo? —repitió burlonamente—. Hay un pequeño inconveniente… quizá sea mejor decírselo ahora. Desde su accidente hace siete años, Gordon no ha podido entrar en el mar y mucho menos bucear. Yo le convencí de que llamara a su hermano, yo seré el que bucearé, no Gordon. Necesito un hombre que trabaje conmigo, no usted, señorita Dalby.

Discúlpeme si le parezco brusco, pero no estoy preparado para

correr riesgos ahora, o dicho de otra forma, necesito un compañero de buceo, alguien que esté dispuesto a poner todo de su parte… no alguien a quien tendré que estar cuidando todo el tiempo.

Se había expresado con mucha claridad, pensó ella… y de manera insultante.

—Debe saber que no soy una frágil flor. Me imagino que están buscando algo. ¿Cierto? —al ver su leve gesto afirmativo, añadió—. Y como usted parece tan experto… debería saber que buceando una mujer es tan capaz como un hombre, el agua es un gran agente nivelador, si me permite la expresión.

—Señorita Dalby, usted es muy persuasiva para ser tan joven —dijo él, encogiéndose de hombros—. Lo siento mucho, pero no estoy preparado para…

—¡Pruébeme! —le interrumpió—. Entonces veremos.

—No la comprendo.

La expresión de burla había desaparecido del rostro de él.

—Es muy sencillo —le explicó, como si estuviera hablando a un niño—. He traído mi equipo. ¿Es que tiene miedo de que sea mejor que usted? Él la miró de pies a cabeza… despacio. Sus ojos eran fríos y calculadores. Las palabras de Kim habían cumplido su objetivo, le habían llegado.

—No —le dijo lentamente—. No es lo que temo, pero no tengo tiempo que perder…

—No hay mucho donde escoger —le replicó, con fingida dulzura —. Jack no está aquí y no vendrá, está en Sudamérica.

—Lo haremos como lo desea, señorita Dalby, nos veremos por la mañana… después de desayunar. Buenas noches. Cuando quiera ir a su habitación llame a ese timbre.

Cuando él salió, Kim volvió a sentarse; necesitaba otra taza de café.

El aire frío la hizo encogerse bruscamente cuando la luz inundó la habitación. Una mujer regordeta estaba junto a las ventanas abiertas y se volvió, despacio, sonriéndole a Kim.

—Buenos días, señorita. ¿Quiere que le traiga el desayuno?

—Sí, por favor. Sólo una rebanada de pan tostado y café.

Kim sonrió al pensar que quizá él ya la estaría probando. Era peligroso bucear con el estómago lleno.

—¿Ya se ha levantado el señor Drovnik?

—Sí, señorita. Está en el lago, me ha dicho que le dijera que cuando usted esté preparada, mi marido la llevará allí.

—Gracias. ¿Es usted la mujer de Matthew?

—Sí, señorita, llámeme Ann. Voy a prepararle el desayuno.

—Espere… Ann, desayunaré más tarde. ¿Estaba vestido el señor Drovnik para bucear?

—Sí, estaba preparado. Entonces, ¿desayunará más tarde?

—Sí, después tendré más apetito. La cena de anoche fue excelente y todavía me siento llena.

—Como desee. En el pasillo hay un timbre, Matt la llevará.

Ann salió y Kim observó la habitación. Nunca se había imaginado que Gordon fuera tan rico, pero todo lo hacía parecer así, al ver esa habitación y lo que había podido observar del resto de la casa.

Había muchos cuadros colgados en las paredes pero no creía que fueran originales, ¿lo serían? Si así fuera, su valor sería incalculable; era una pintura de Paul Klee y desde luego, no parecía una reproducción… después se acercó al cuadro que estaba colgado en la pared de la cama. No creía posible que fuera un Degas original… pero así era.

Sorprendida se preguntó qué estarían buscando. ¿Y qué hacía Bryce Drovnik allí? Sin embargo, comprendió que tendría que esperar las respuestas hasta el regreso de Gordon.

El traje de buceo estaba en una de sus maletas, y después de lavarse en el cuarto de baño, lo sacó y se lo puso. Ya vestida, no pudo contener la tentación de mirarse en el espejo.

Era alta, tenía los ojos azules y su boca era sensual. Además, el traje ceñido resaltaba su figura. Kim le sonrió a su propia imagen.

—¡Vanidosa! —exclamó en voz alta.

Sabía que su atractivo podría ayudarla con él, a pesar de que hasta ese momento él no parecía sentirse atraído por ella.

Kim cogió las aletas y se dirigió hacia la puerta. La abrió y nada más llamar al timbre, Matthew apareció, sonriendo.

—Buenos días, señorita. La llevaré al lago, el señor Drovnik ya se encuentra allí.

—Sí, su mujer me lo ha dicho, gracias, Matthew.

El aire era frío, pero estaba segura de que cambiaría al salir el sol.

Con el fin de ser amable, le comentó mientras andaban:

—Este es un sitio maravilloso, ¿verdad? ¿Hace mucho tiempo que está usted con el señor Hillaby?

—Discúlpeme, señorita —le dijo Matthew, que parecía sorprendido—. ¿El señor Hillaby? Kim no sabía dónde estaba la incorrección. Había sido una pregunta inocente.

—Usted está confundida, señorita. El señor Hillaby es un invitado, la casa es del señor Drovnik.

Capítulo 2

Tardó un poco en asimilar que Bryce Drovnik era su anfitrión y no Gordon. No podía comprenderlo.

De pronto, vio una gran extensión de agua y por un instante se borraron de su mente todos los pensamientos. Se detuvo y contempló la gran belleza del lago, que se extendía por lo que parecían kilómetros y kilómetros.

—¿Le gusta? —le preguntó Matthew, sonriendo—. Le deja a uno sin aliento, ¿verdad?

—Así es.

No había nadie ni en el lago ni cerca de él. Había una caseta de botes, pintada de blanco, al borde del lago y se dirigieron hacia allí.

En ese momento vio a Bryce Drovnik que se acercaba hacia ellos y Matthew le dijo:

—Volveré ahora a la casa, avísenos cuando desee el desayuno.

Al mirar a Bryce Drovnik el corazón de Kim empezó a latir con fuerza. Iba vestido con un traje muy parecido al suyo, que hacía resaltar sus músculos. Los hombros anchos, la cintura delgada y las piernas largas… le daban una apariencia inquietante.

—Buenos días —dijo, haciendo un gesto con la cabeza—. ¿Ya ha desayunado? Había sido una prueba y los retos estimulaban a Kim. Le sonrió.

—Buenos días. No, prefiero bucear con el estómago vacío. ¿Usted no? La única respuesta fue una leve sonrisa.

—Por supuesto. ¿Entonces ya está lista?

—Sí.

Entraron en la caseta. El bote que iban a utilizar era pequeño, pero tenía un motor potente. Encima de un banco había dos juegos de botellas de oxígeno. Eran pesados y difíciles de manejar en tierra, pero casi se volvían parte de uno mismo bajo el agua.

Él la ayudó a ponerse las botellas. El trabajo en equipo era algo vital y al menos hasta ese momento él no había esperado que ella hiciera algo imposible.

—¿Bien?

—Sí, gracias.

Sentía que la excitación la invadía por lo desconocido. Las botellas estaban ya colocadas y bien aseguradas, la boquilla de respirar colgaba del tubo y después de ayudarle a él, se puso las gafas y comprobó que el aire fluía sin problemas.

Él la observó hacer todo eso, con calma y frialdad. Kim sabía que sólo estaba esperando que cometiera un error. Ella no lo haría, lo sabía muy bien y mientras entraban en el agua, se mantuvo calmada, muy segura de lo que hacía. La prueba ya había empezado y ella estaría alerta, por si él intentaba algo.

El agua del lago estaba fría, pero el traje la protegía. Cuando ya estuvieron a cierta distancia de la orilla, él hizo una señal y se sumergió. Ella le siguió hacia las profundidades.

Era un mundo diferente, lleno de sombras. Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y empezó a ver con más claridad. El fondo del lago era arenoso y estaba lleno de piedras y de plantas; diminutos peces se alejaban, Bryce se impulsó con fuerza, dirigiéndose hacia la zona más profunda, sin mirar atrás.

Kim le siguió, excitada, sintiéndose en su verdadero elemento y nadando con una gracia que resultaba engañosa, ya que en realidad ella era fuerte. En ese instante Bryce se volvió para contemplarla. Su apariencia la asustó, porque con las gafas puestas, era una figura casi siniestra, un enemigo negro y silencioso… ¡tonterías! Kim se regañó por ese pensamiento, pero no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda.

Se detuvo para esperar sus instrucciones y él le hizo una seña y empezó a alejarse, nadando otra vez sin esperarla. Llegaron a una zona que estaba llena de rocas cubiertas con pequeñas plantas y algo parecido a musgo. Bryce se detuvo, le señaló una roca y le hizo un gesto con los brazos, indicándole que debía levantarla.

Parecía que ésa era la segunda prueba, pensó Kim. ¡Bueno, se lo había buscado! Nadó despacio hacia adelante, evaluando la situación. Él quería que moviera la roca; en tierra sabía que era una tarea imposible, pero allí todo era distinto, sobre todo el peso. Él quería ver si de verdad era competente… o si sólo era la frágil flor que ella había negado ser.

En las profundidades nada se hacía de prisa. Se estudiaba la situación primero y después se decidía. Kim nadó lentamente alrededor de la gran piedra, tocándola y empujándola con suavidad. Quizá estuviera incrustada. Comprendió que necesitaba algún tipo de palanca y sin hacerle ninguna señal a él se alejó, revisando el fondo del lago, buscando, hasta que encontró lo que deseaba, una

barra oxidada de hierro. Se sintió aliviada, eso valdría, estaba segura, pues era lo bastante sólida. Triunfante, se acercó a él y se la enseñó.

Bryce sólo hizo un gesto afirmativo. ¿Sería de aprobación? Introdujo la barra de metal por uno de los huecos que había entre la roca y el suelo e hizo un poco de presión, la roca se movió. Repitió esa operación varias veces mientras Bryce Drovnik la observaba. Kim pensó que por qué estaba haciendo aquello. Ella lo sabía, ya lo sabía. Era una prueba no sólo para ella sino también para él.

Entonces llegó el momento en que decidió usar toda su fuerza, la enorme roca se movió y ella la empujó, sacándola de su sitio. Después le miró a él. Kim vio que le hacía un gesto con los pulgares hacia arriba… la señal universal de aprobación.

Bryce Drovnik señaló hacia arriba. Kim había estimado que se encontrarían a unos cincuenta o sesenta pies de profundidad y sabía que no se debía nadar directamente hasta la superficie, sino subir lentamente para que el cuerpo pudiera irse adaptando a las diferentes presiones. Él la dejó que fuera delante, y ella empezó a subir lentamente.

Nadó con suavidad, deteniéndose de vez en cuando y ascendiendo de nuevo. Cuando llegó a unos pies de la superficie, estuvo un rato respirando tranquilamente, hasta sentirse segura para emerger.

El sol resplandecía en el cielo azul y no se veía ni una nube. Kim nadó hasta sentir que las aletas tocaban el fondo y después se puso de pie. Ya en la orilla, se quitó las gafas y la boquilla y aspiró el aire fresco de la montaña. Se sentó en una roca plana para quitarse las aletas. Bryce Drovnik hizo lo mismo. Después, él le quitó las botellas de aire y las llevó a la caseta de los botes.

—¿Desayunamos ahora? —preguntó él.

—Sí, no sabía que la casa fuera suya.

No iba a preguntarle cómo se había comportado bajo el agua. Él seguramente esperaba que lo hiciera y no le daría esa satisfacción.

—¿No? ¿Tiene alguna importancia para usted?

—Por supuesto, pensaba que estaba en casa de Gordon.

—Él es mi socio. Mi casa es la suya cuando él lo desee, es muy buen amigo.

¿Socio en qué? Se lo preguntaría a Gordon cuando llegara. ¡Tenía tantas preguntas que hacerle!

—¿Cuándo llegará?

—Hoy. Entonces… —se detuvo e hizo un ligero gesto con los hombros.

Kim no necesitó preguntarle. Se levantó.

—Tengo hambre. ¿Podemos regresar?

—Por supuesto. ¿Ya ha descansado?

—No necesito descansar después de bucear —le contestó, con suavidad. Su única respuesta fue una sonrisa maliciosa.

Se dirigieron hacia los árboles que separaban el lago de la casa, Kim sentía deseos de correr, tenía mucha hambre. Seguramente se debía a ese aire de la montaña, pensó ella.

Él iba a su lado en silencio. La joven pensó que se trataba de un hombre muy extraño, muy distinto a cualquier otro de los que ella conocía y en su trabajo habían sido muchos los hombres con los que había tratado. Al recordarlo, le dio un vuelco el corazón, Gordon sabía en lo que trabajaba… pero ese hombre no. ¿Qué sucedería cuando lo descubriera? Él se dio cuenta de su breve vacilación y la miró extrañado.

—Creía que tenía una piedra en el zapato —comentó ella.

Pensó que quizá sería mejor hablar antes con Gordon.

—¿Sí? Pueden ser muy molestas.

Kim comprendió que a él no le importaba. Al salir de los árboles pudo observar la casa, bajo la luz del sol. Era hermosa y elegante. Tenía una pared cubierta de enredaderas que le daba colorido a la blancura del edificio.

El tejado era de tejas rojas. Había gran número de ventanas y las persianas eran verdes.

Todo pertenecía a ese hombre y sin embargo nunca había oído hablar de él, algo poco normal en su trabajo.

De repente, aparecieron dos perros, corriendo hacia ellos.

—No se mueva —le ordenó Bryce y ella le obedeció.

Se quedó paralizada al ver que se trataba de dos gigantescos perros alsacianos.

— *¡Podozhdite!* —dijo él, y los perros se echaron a sus pies.

Él les habló otra vez y los perros se levantaron y se acercaron a ella, moviendo la cola, mientras él seguía hablándoles con suavidad. Un escalofrío recorrió la espalda de Kim cuando los perros le olieron la mano.

Tenía que haberse dado cuenta antes de dónde procedía él. Al oírle hablar en su lengua nativa lo vio con claridad.

—¿Cómo se llaman? —le preguntó.

— *Boris* y *Valery*. Vigilan los jardines por la noche, pero no se preocupe, no la atacarán, ya la conocen.

—Lo sé, son animales muy hermosos. ¿Los trajo con usted desde Rusia? Se produjo un corto y tenso silencio, después él inquirió:

—¿Por qué me lo pregunta? Ella había hecho algo mal, pero no sabía el qué. Observó una expresión sombría en su rostro que, aunque no por primera vez, le hizo temer.

—Sólo me ha extrañado —le contestó, despacio.

—¿Usted habla ruso?

—Un poco, estuve allí en una ocasión.

—¿Sí? —empezaron a andar otra vez, seguidos por los perros—. ¿Y qué otros idiomas habla? ¿Sólo intentaba mantener una charla informal o tenía algún otro motivo para preguntarle? Kim se sintió confusa. Tenía ganas de que volviera pronto.

—Francés, alemán… español. He viajado mucho. ¿Por qué? —le preguntó de pronto.

—Porque me gusta saber qué tipo de personas tengo en mi casa —le contestó—. ¿Le extraña? Él tenía razón, era su invitada.

—No, pero soy una vieja amiga de Gordon… ¿no le basta?

—Debiera bastarme, sin embargo, me extraña que nunca me haya hablado de usted —le comentó él.

Kim sintió que se sonrojaba y le costó trabajo hablarle con tranquilidad.

—Parece como si usted pensara que soy una impostora o algo parecido. ¿Le gustaría ver mi pasaporte? —se le preguntó, recordando el comentario que él le hizo al encontrarse con ella.

—¿Por qué iba a hacerlo? Gordon llegará muy pronto. Además, no creo que tenga nada que temer de usted —añadió, mirándola fijamente.

Ella no le hizo caso, porque en ese momento un leve recuerdo pasó por su mente con rapidez y trató con desesperación de conservarlo… pero se alejó, desapareció con la misma rapidez con la que había llegado. Algo que había visto en un periódico, eso era todo… sin saber en realidad lo que era. Se volvió para observar el lago, que ya lo ocultaban los árboles, y el recuerdo, cualquiera que hubiera sido, se había esfumado. Se preguntó si regresaría.

Ya era el atardecer y Kim estaba intranquila, aunque sin saber por qué. Podía hacer muchas cosas: leer, pasear, ver la televisión y no se podía negar que, al menos, Bryce Drovnik era un excelente anfitrión… aunque un poco extraño. Habían desayunado juntos y después él había desaparecido diciéndole que tenía mucho trabajo.

Más tarde había llegado Ann para recoger los platos del desayuno y le dijo que el señor Drovnik le había pedido que le enseñara la biblioteca, la sala de la televisión y cualquier otra cosa que pudiera necesitar.

—Me gustaría llamar por teléfono a mi casa, si es posible —le

había dicho Kim—.

¿Está lejos el pueblo?

—Puede llamar desde aquí, señorita —le respondió sorprendida, y a la vez sonriente—.

A él no le importará.

—¿Está segura? —le preguntó Kim.

—Le preguntaré si así lo desea y regresaré dentro de un momento —contestó Ann.

Cuando se alejó, Kim se preguntó por qué una pareja inglesa estaría trabajando para un ruso, no era imposible, pero sí raro. Era otra pregunta que tendría que hacerle a Gordon cuando llegara.

Habló por teléfono con su abuela. Le dijo que había llegado bien y le prometió que le escribiría pronto. Cuando estaba hablando con ella le costó trabajo contener una sonrisa. Su abuela no era la típica ancianita. Cuando cogió el teléfono, su abuela estaba a punto de salir en su coche rojo a tomar café con dos amigas. Florence Dalby había sido la que convenció a Kim para ocupar el lugar de Jack.

Al colgar el teléfono oyó un ligero ruido. ¿Habría estado escuchando Bryce Drovnik? Seguramente, pero… ¿por qué? Mientras veía un programa deportivo en la televisión, seguía pensando. Era la tarde del sábado, debería sentirse a gusto y disfrutando del programa en vez de preocuparse. Ni siquiera sabía por qué se preocupaba. Estaba cómoda, había una cafetera a su lado, que había llenado Ann unos minutos antes, un buen fuego en la chimenea y un gato negro dormía a sus pies.

Además, en cualquier momento llegaría Gordon.

Pero el ruido que oyó al final de su conversación con su abuela y lo que recordó cuando regresaban del lago se negaban a apartarse de la mente de Kim. Se sirvió una taza de café y mientras observaba al gato cómo se estiraba, oyó el ruido inconfundible de las aspas de un helicóptero.

Kim se dirigió hacia la ventana y vio que descendía un helicóptero. Cuando aterrizó, Bryce Drovnik salió de la casa y se dirigió hacia el helicóptero. Después, un hombre de baja estatura descendió y le dio la mano. ¡Era Gordon! Se apartó de la ventana, preguntándose qué le estaría diciendo Bryce a Gordon. Pronto lo sabría. La llegada de ese hombre haría que todo cambiara, con su seco humor escocés y su aire de tener siempre todo bajo control. Así era Gordon y Kim apenas podía imaginar una pareja tan diferente como él y Bryce Drovnik. ¡Socios! ¿En qué? Oyó voces que se acercaban cada vez más, voces de hombres… y risas. Se abrió la puerta y entró Gordon, seguido por Bryce. Kim se echó en sus

brazos.

—¡Kim, querida! ¡Qué sorpresa! Nunca perdería ese suave acento de las montañas de Escocia. Formaba parte de él, así como la cojera que siempre le recordaría aquel día, hacía siete años, cuando había hecho su último ascenso con John Dalby, del que sólo había regresado Gordon. Había sido como un segundo padre para Kim y ella le quería mucho.

—He venido en lugar de Jack. Él había salido para América del Sur el día antes de la llegada de tu telegrama, ya conoces a mi hermano.

—¡Que si conozco a Jack! —exclamó Gordon, soltando una carcajada—. ¿No le voy a conocer? Así que has venido en su lugar, hum…

Se volvió hacia Bryce e intercambiaron una mirada.

¡Si él saliera de la habitación! Pero no se le podía pedir al anfitrión que hiciera eso.

—Me imagino que tendrás hambre, Gordon. Iré a decir a Ann que te prepare algo de comer —dijo Bryce.

—Gracias, Bryce.

Se produjo un momento de silencio cuando salió y Kim empezó a hablar. No pasaría mucho tiempo antes de que regresara.

—Gordon, ¿quién es él? Gordon se sentó en un sillón.

—¡Ah, así está mejor! ¿Quién es Bryce? Un viejo amigo… un buen amigo.

—Él no me quiere aquí.

—No, ya lo sé. Esto es muy difícil, Kim, querida, en realidad no sé qué decirte. Ya sabes que me siento feliz de verte y si fuera yo quien tuviera que decidir… —se encogió de hombros y le sonrió.

—¿No puedes convencerle? Sabes que soy tan buena como Jack…

—Mejor, querida, mejor… pero ya conoces a Jack, a pesar de todos sus defectos tiene una gran cualidad, una completa y total discreción… y me temo que cuando Bryce sepa que tu trabajo es…

Se detuvo, pero ya era demasiado tarde, la puerta estaba abierta y Bryce se encontraba allí. ¿Desde cuándo?

—¿Cuál es el trabajo de la señorita Dalby, Gordon? Los dos se volvieron… nunca Bryce le había parecido tan grande e imponente. Kim se sintió preocupada y había algo más… le había venido a la mente un recuerdo, regresaba de nuevo con más claridad.

Kim miró a Bryce a los ojos.

—Soy periodista, señor Drovnik, le evitaré a Gordon la molestia de tener que decírselo.

Trabajo por mi cuenta y recorro todo el mundo en busca de una buena historia… y normalmente la encuentro. Esa no es la razón por la que estoy aquí, he venido a ayudar a Gordon, porque necesitaba descansar y porque le debo mucho. ¿Es eso lo que deseaba saber?

—Es suficiente.

Quizá Bryce se había enfadado, pero era difícil saberlo: el rostro sombrío, los ojos más fríos que de costumbre, sin sonreír. La tensión flotaba en el ambiente y Gordon parecía intranquilo. No era normal en Gordon, era la persona más tranquila que había conocido, era imperturbable, amable, aunque no en ese momento. Kim deseaba tranquilizarle, no tenía nada que ver con él, su batalla era con Bryce Drovnik. No era algo imaginario, se podía percibir el antagonismo que existía entre ella y ese hombre. A Kim no le agradaba y ella no le agradaba a él… estaba bien segura.

—Lo siento, señorita Dalby, creo que será mejor para usted que se vaya. Por supuesto que no en seguida, puede quedarse el fin de semana… el lunes, puede llevarla Gordon a Viena en el helicóptero… o lo haré yo mismo.

—¿Por qué no quiere que sepa lo que está buscando? —le preguntó Kim.

Vio que Gordon fruncía el ceño, él la conocía bien y se dio cuenta de lo que pensaba…

—El problema es que tengo buena memoria… casi fotográfica, como le podrá confirmar Gordon. Esta mañana, cuando regresábamos del lago… después de que nos encontráramos con los dos perros… algo se agitó en mi memoria. He estado intentando recordarlo todo el día… pero ya no más. Ya sé lo que trataba de recordar. ¿Quiere que se lo diga?

—Creo que será mejor que lo haga —le respondió Bryce con suavidad; pero en un tono amenazador.

Kim estaba casi aterrorizada, había ido demasiado lejos para retroceder en ese momento.

—Cuando empecé a trabajar en un periódico hace siete años, a la edad de dieciséis, mi trabajo era preparar el té y llevar recados… aunque también tenía tiempo para leer en la biblioteca algunos ejemplares de periódicos atrasados… y hubo una historia que me fascinó, me encantan los cuentos sobre tesoros perdidos.

Kim hizo una pausa y sonrió.

—Era una noticia muy pequeña y la habría pasado por alto si no hubiera sido porque había una fotografía de un sitio en el que había pasado muchas vacaciones cuando era niña… y se me quedó en la

memoria.

Notó que los dos hombres la escuchaban atentamente. Kim continuó:

—Decía que un avión se había estrellado y perdido en algún lugar de Austria. En… el avión… viajaba una magnífica colección de joyas que el museo de Budapest había enviado a Europa Occidental, pocas horas antes de que los… rusos entraran en la ciudad… —se detuvo porque el silencio era aterrador—. Es… todo.

Gordon dejó escapar un fuerte suspiro de desesperación.

—Oh, Kim. ¡Oh, Kim! —repetía.

—Lo siento, Gordon —se volvió hacia él—. Tenía que decírtelo. Nadie lo ha encontrado, ¿verdad? ¿Es eso lo que buscan?

—Así que ya lo sabe. ¿Y qué piensa hacer? —preguntó Bryce.

Ella le miró a los ojos.

—Nada. ¿Qué debo hacer?

—Usted es una… periodista —dijo Bryce, con desdén—. Si usted se va… si usted se va ahora… muy pronto estará el lago repleto de personas.

Kim se indignó y levantándose, se dirigió hacia él.

—¿Quién cree que soy yo? ¿Piensa que se lo contaré a todos? Gordon es mi amigo… él fue el mejor amigo de mi padre…

—Y a usted le gusta una buena historia… creo que eso ha sido lo que ha dicho… ¿Piensa que me voy a creer que va a regresar a su casa sin decir nada?

—¡Sí, así lo haré! Tuvo ganas de pegarle, pero tenía que controlarse mientras Gordon estuviera presente.

Gordon también se levantó y le pasó el brazo por los hombros. En el momento en que iba a decirle algo, se abrió la puerta y entró Matthew.

—Señor, ya está la comida del señor Hillaby.

Si se había dado cuenta de lo que pasaba no lo demostró, y se retiró.

—Gordon, será mejor que vayas a comer algo, yo quiero hablar con la señorita Dalby

—dijo Bryce, en voz baja.

—Pero…

Gordon parecía preocupado.

—Está bien, ve —le dijo Kim, sonriendo.

Él dejó escapar un fuerte suspiro.

—Muy bien.

Cuando salió, arrastrando la pierna, Kim se sintió aliviada. Ya podía decirle a Bryce Drovnik lo que pensaba de él. Sin embargo, no

le dio la menor oportunidad; cerró la puerta, se acercó a ella y le dijo bruscamente:

—Gordon es demasiado blando, yo no, por lo tanto le diré que no confío en usted ni en ningún periodista, nunca lo he hecho y jamás lo haré ¡si piensa que va a irse de aquí para contarles a todos nuestra historia está equivocada, señorita Dalby! Escuchó sus palabras con creciente horror. ¡Estaba amenazándola!

—Un momento, vamos a poner las cosas bien claras. ¿Me está diciendo que no me va a permitir irme?

—Eso es exactamente. No la voy a encerrar ni nada por el estilo, pero usted vino aquí a bucear y eso es lo que va a hacer.

—¡Usted no puede hablarme así! —exclamó.

—Pero lo estoy haciendo. Se ha ofrecido para ocupar el lugar de su hermano, ahora puede hacerlo.

—Hay una diferencia —dijo lentamente—. Entre hacerlo de manera voluntaria… y que me lo ordenen.

—Quizá, pero ésta es la situación. Se quedará aquí.

—¡Intente detenerme! —le retó.

Él sonreía.

—Habla bruscamente… como haría una periodista. Hace un momento estaba deseosa de ayudar a su querido amigo Gordon y al momento siguiente, porque no le gustaron mis palabras, se ha erizado como un gato. ¿Piensa que le permitiré a alguien como usted que eche a perder los planes que hemos preparado durante meses? No tema, estará cómoda y comerá bien. Además, recuerde que estará ayudando a Gordon. Él no es un hombre rico y el tesoro es importante también para él.

—¡Eso es chantaje! —protestó ella.

—¿Sí? ¿Así lo llama usted? ¡Qué divertido! Eso fue en lo que pensó cuando nos habló de su buena memoria, ¿verdad? La pregunta la sorprendió, pero le replicó enseguida.

—¿A usted? ¿Por qué tengo que temerle?

—Está actuando como si yo la amenazara.

—Es lo que acaba de hacer, ¡al decirme que no permitirá que me vaya! —Eso no ha sido una amenaza, señorita Dalby, sino una promesa. Éste es un sitio muy apartado y nuestro único contacto con el mundo exterior es en coche o helicóptero. No podría ir andando hasta la estación, aunque conociera el camino. Está a muchos kilómetros de aquí… ¿recuerda que se quedó dormida?

—Usted tiene un teléfono. No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Estaba casi temblando, no sabía si era de ira o de miedo. Lo que

sí sabía era que nunca se había encontrado con alguien como Bryce Drovnik.

—Tendrá que obedecerme —dijo él amenazadoramente.

—No puede darme órdenes. Cuando le diga a Gordon lo que me ha dicho, tampoco le gustará.

—Puede hacerlo si quiere, ¿cómo podría detenerla? Había una intención en sus palabras que la hizo dudar. Era como si él supiera algo que ella no sabía.

—¿Por qué lo dice de esa forma? —le preguntó, después de una pausa llena de tensión.

—Creo que lo sabe. Usted ha visto a Gordon. Dígame, ¿no le parece diferente?

—Está… más tranquilo que como yo le recordaba —reconoció al fin.

—No se encuentra bien, como ya le dije, está bajo tratamiento por un problema nervioso. Una secuela del accidente que tuvo en la montaña hace siete años.

—Mi padre murió en ese accidente.

—Lo sé, me lo dijo cuando me habló de Jack. Gordon intentó salvar la vida de su padre… quizá usted no lo sepa. Es un recuerdo que nunca le abandonará… de que no pudo hacerlo.

De repente, Kim se sintió muy cansada y débil. Seguramente, él lo notó en su rostro, ya que por un instante se produjo un cambio en su expresión.

—Adelante, dígaselo, no intentaré detenerla. Usted es quien debe decidir —dijo él, casi con amabilidad.

Bryce Drovnik había ganado y los dos lo sabían. Era un hombre duro… y sin sentimientos. ¿Sería así? Por un segundo había visto algo en sus ojos que podía ser compasión. Desapareció muy rápido, quizá se lo había imaginado, pero ya no tenía importancia.

—Me quedaré —le respondió.

—Sí, sabía que lo haría. No es lo que deseo… pero no tengo alternativa.

—Lo hago por Gordon, no por usted.

Se encontraron sus miradas y ella no hizo el menor intento por esconder su repugnancia.

—También lo sé, al menos nos comprendemos, ¿no es así? En ese momento, Kim pensó que nunca había odiado a nadie tanto en su vida.

Capítulo 3

Después de la discusión, Bryce le demostró a Kim lo buen anfitrión que podía ser. Lo hizo casi sin esforzarse, sin embargo los sentimientos de Kim hacia él no cambiaron. Se consoló a sí misma pensando que al menos era mejor ser una prisionera en una celda forrada de terciopelo que en un calabozo frío.

Después de la cena se tomaron una copa, sentados en los sillones del salón. Los dos hombres encendieron sendos puros y empezaron a hacer planes para registrar sistemáticamente cada centímetro del fondo del lago. El gato negro se subió a las piernas de Kim, ronroneando y medio dormido, y ella apoyó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos.

—¿Estás cansada, Kim? —le preguntó Gordon, preocupado.

—No, estaba escuchando —le contestó sonriendo, sin mirar a Bryce.

Prefirió no hacerlo, tenía que preguntar muchas cosas a Gordon, aunque no todavía.

—La señorita Dalby y yo hemos bajado al fondo del lago esta mañana —le dijo a Gordon, mirándola.

—Kim. Mi nombre es Kim.

El modo formal de llamarla… estaba segura de que lo hacía deliberadamente…, le molestaba.

—Kim… por supuesto. Gracias. ¿Puedo esperar que usted me llame Bryce?

—¿Ése es su verdadero nombre? Le había hecho la pregunta con más brusquedad de lo que había pensado y al ver que Gordon fruncía el ceño, deseó haber tenido más tacto. Sin embargo, Bryce pareció no darse cuenta.

—Así es, digamos que es una forma adaptada al inglés de mi nombre real, que sería demasiado difícil de pronunciar para un occidental. ¿Qué le sucede, le preocupa eso?

—No, por supuesto que no.

Él se volvió hacia Gordon y le sonrió.

—Kim es una excelente nadadora.

—Yo les enseñé a los dos… a Jack y a Kim. Fueron muy buenos alumnos.

—Estoy seguro. Mañana por la mañana volaremos en el helicóptero sobre el lago y entonces podremos preparar nuestros planes. ¿Se da cuenta de que esto nos llevará varias semanas, seño… Kim?

—Me lo imagino —respondió, aunque en realidad no lo había pensado.

—Ahora, si me disculpan, me retiraré; tengo demasiado trabajo; que hacer. Además creo que ustedes tendrán mucho de qué hablar, si necesitan algo llamen a Matthew. Buenas noches.

Se retiró y de repente, pareció como si la habitación se hubiera quedado vacía al no estar él.

Gordon dejó escapar un fuerte y largo suspiro.

—¡Oh, cielos! Kim se levantó y se sentó a sus pies.

—¡Oh, sí, cielos! —repitió—. ¿Es siempre así? Él se rió.

—¿Bryce? Nunca he visto dos personas que choquen entre sí tanto como vosotros dos.

¡Es evidente que la habitación se llena de tensión cuando estáis juntos! Sin embargo… —la miró, pensativo—. Quizá no sea malo.

—¿En qué sentido? Kim estaba sorprendida. ¿Era tan obvio?

—En el trabajo que tendréis que realizar bajo el agua no habrá tiempo para delicadezas.

—Sí. Háblame de él, ya sé que es ruso y, desde luego que es rico si esta casa es suya, es todo lo que sé. ¿Está casado? No sabía por qué había hecho esa pregunta, desde luego que no pensaba hacerlo, pero las palabras brotaron casi sin darse cuenta.

—¿Casado? ¡No! Es como yo, un solterón empedernido… ¡No! Esa es una tontería —

Gordon se sonrió y le acarició el pelo—. No está casado, pero hay muchas mujeres a su alrededor y disfruta de su compañía… Parece que le has enfadado, se le pasará.

—Lo dudo, es el hombre más agresivo que he conocido —dijo secamente.

—Normalmente no es así, sin embargo su vida ha sido muy dura. Ha tenido que trabajar mucho para conseguir todo lo que tiene y lo admiro por eso, no se hace una fortuna siendo demasiado blando.

—¿Qué tiempo hace que le conoces? —insistió Kim.

—Unos quince… veinte años. En esa época era muy joven, pero ya tenía mucho talento.

Era brillante con los números… demasiado brillante. En una

ocasión me habló sobre sus planes y consiguió entusiasmarme… ya me conoces, me cuesta trabajo sumar dos y dos.

Kim se sonrió por su exageración, además sabía lo desinteresado que era.

—Se buscó dos trabajos, uno durante el día como profesor de esquí y el otro por la noche, sirviendo mesas en uno de los hoteles más famosos de Viena. Ahorró todo el dinero que ganaba y después empezó a invertirlo en el mercado de valores. De una forma u otra siempre hemos estado en contacto.

Kim le escuchaba atentamente. Él siguió hablando.

—Hace unos tres años decidió que quería tener un hogar propio… no lo había tenido en toda su vida. Cuando era casi un niño sus padres abandonaron Rusia y vivieron en casa de algún amigo, en albergues y en cualquier sitio en que conseguían dormir. La vida de Bryce ha sido muy insegura y por eso le admiro, porque a pesar de todo lo que has visto y de todo lo que puedas pensar de él, es un hombre muy equilibrado.

—Hum —susurró, fascinada por todo lo que le había contado Gordon—. ¿Y qué le hizo venir hasta aquí?

—Fue más bien por casualidad… y me alegra decir que en parte se debió a mí. Nos encontramos en Viena, donde yo estaba escribiendo un libro sobre montañismo, y me dijo que deseaba comprar algo: yo sabía que la familia d'Arcy Brown vivía aquí y pensaban vender la casa para irse a Estados Unidos. Se los presenté, ¡y a los pocos días me llamó por teléfono para decirme que había comprado la casa y se había quedado con los empleados! Y que le daría mucho gusto que yo viniera a visitarle.

Se detuvo para beber un poco de coñac.

—Sigue —le apremió—. Estoy fascinada.

—Le visité y después regresé a Viena. Hace un par de meses, vino a verme con una historia sorprendente. Ya te puedes imaginar cuál era… pero hay algo raro en ello. En realidad lo que sucedió fue lo siguiente. Ya se había olvidado todo el mundo de este avión que se suponía que se había estrellado en las montañas, en algún lugar de Austria. Durante meses, grupos de rescate habían registrado las montañas sin éxito y se pensó que debió caer en algún sitió profundo, quedando cubierto por la nieve para siempre. Ahora viene lo raro. Cuando llegó aquí Bryce, había dos jardineros… dos hermanos que todavía están… y un día trajeron a su padre con ellos.

Kim estaba cada vez más interesada y miró a Gordon con impaciencia, cuando él interrumpió su relato para beber otro sorbo

de coñac.

—El padre tenía casi noventa años de edad y todos pensaban que ya no coordinaba bien.

Las mujeres de los dos hermanos habían ido al funeral de un familiar y no podían dejarle solo en casa, motivo por el que los dos hermanos, muy apesadumbrados, trajeron al anciano. Bryce les recomendó que dejaran al anciano dentro de la casa, mientras ellos hacían su trabajo, y se puso a charlar con él. Nunca hablaba nadie con el pobre anciano. Debió sentirse muy feliz al ver que alguien le hacía caso… Bryce siempre siente gran compasión por los ancianos.

Hizo una pausa para preguntar.

—¿Por dónde iba? Oh, sí, el anciano le habló sobre un enorme platillo volante que había visto aterrizar en el Schwartzee… es el lago… una noche, muchos años antes, cuando él buscaba algunas ovejas perdidas. El problema fue que nadie le creyó cuando lo había contado, tenía fama de beber mucho y en distintas ocasiones había dicho que veía cosas. Después de irse el anciano y aunque Bryce trató de olvidarlo, algo en su interior le hizo buscar un mapa para comprobar lo que le había contado. Lo que encontró allí le hizo salir corriendo hacia Viena para verme.

Gordon hizo una pausa y Kim, entusiasmada, hizo un gesto con la mano para que siguiera.

—Después de mirar el mapa —siguió diciendo él—. Y revisar algunos periódicos viejos para saber lo que pasó con el avión, sentí una premonición que indicaba que sucedía algo.

Suponiendo que el piloto hubiera cometido algún ligero error… y la noche del desastre en estas montañas había una tormenta de nieve… este lago se encuentra en línea recta con el destino final del avión. El motivo por el que nunca encontraron el aparato se debe a que está a sesenta pies de profundidad.

Kim contuvo el aliento. La historia que le había contado Gordon era interesante… su mente de periodista se había desbocado, revisando, evaluando las posibilidades y las improbabilidades. Después, le preguntó lentamente:

—Gordon, ¿no trató Bryce de confirmar cuándo el anciano había visto exactamente ese platillo volante? Eso hubiera facilitado muchos las cosas.

—Sí, claro que lo intentó, y pocos días después fue a visitarle, pero no pudo lograr que le dijera nada con sentido. Había olvidado completamente todo lo que le había contado.

Además, pocas semanas después murió y ahí terminó todo. Ya entonces los dos estábamos tan excitados con la idea, que Bryce me

llamó de nuevo. Me dijo que trajera la máquina de escribir y siguiera preparando mi libro aquí. Acepté la oferta de inmediato ya que mi apartamento de Viena era bastante ruidoso. Él sabía que antes me gustaba bucear y quería mi consejo y mi ayuda para planear la búsqueda en el lago. Ya hemos hecho varias cosas juntos… le he conseguido varios contactos… y cosas por el estilo.

—Y entonces decidiste llamar a Jack.

—Sí, después de contarle algunas de las aventuras de tu hermano.

—Y fui yo la que vine.

Gordon se rió.

—Sí —después se puso serio de repente—. Esto no puede hacerlo una persona sola.

Tienen que ser dos por lo menos. Por otra parte, cuanto menos se sepa de ello mejor. Por eso Bryce está preocupado contigo, sabiendo que eres periodista.

—No —Kim movió la cabeza—. Cuando llegué él todavía no sabía mi trabajo. El simple hecho de que yo fuera una mujer le enfadó, estoy segura. ¿Es uno de esos hombres que odia a las mujeres? Gordon sonrió con ironía antes de contestarle.

—Tienes que reconocer que es lógica su extrañeza al encontrarse con una mujer buceadora, cuando se espera a un hombre.

—No fue sólo eso —insistió Kim—. Me molestó mucho su arrogancia, como si me dijera «usted no sirve, así que ya puede regresar a su casa».

—¿Estás segura de que no eres demasiado sensible? —le preguntó—. Después de todo, en tu trabajo te encuentras con frecuencia con esos prejuicios.

—Precisamente —respondió, con brusquedad—, por eso puedo darme cuenta enseguida.

Gordon no pudo esconder una sonrisa.

—¿Por eso has disfrutado tanto al decirle que tenías muy buena memoria para las noticias que aparecían en los periódicos?

—Sí —aceptó Kim, estremeciéndose—. ¡Brrr, se ha quedado helado! ¿Te pareció que estaba muy furioso?

—Nunca le he visto furioso… aunque tengo que aceptar que no parecía muy contento.

¿Qué te dijo cuando salí? No quería dejarte… sentí que deseaba hablar contigo en privado.

Kim se dio cuenta de que había llegado el momento crucial, que si le contaba a Gordon lo que le había dicho Bryce se molestaría e insistiría en que era libre de irse si quería.

—En realidad no mucho —le sonrió—. Que le gustaría que me quedara tranquila… que confiaba en que lo hiciera así, como tú le habías asegurado que sería, y que podía quedarme a trabajar con él.

Gordon la miraba extrañado.

—¡Vaya! —exclamó al fin—. Entonces todo está bien, ¿verdad? Kim le dirigió una sonrisa radiante.

—Sí, como siempre lo ha sido entre nosotros dos.

—Eso me alegra mucho, ya veo lo hábil que eres, aunque no podía ser de otra forma, fui yo quien te enseñé. Con el tiempo os llevaréis mejor.

Kim lo dudaba mucho y dijo sonriendo:

—Siempre podemos confiar en que se produzca un milagro.

—Eres un encanto, Kim, aunque también muy obstinada y hay una cosa que quiero que recuerdes… También lo es Bryce. No trates de enfrentarte a él, me temo que saldrías perdiendo. Os quiero demasiado a los dos para tener que convertirme en árbitro.

—¿Batallas? ¡Vaya, Gordon! Estás leyendo demasiados libros, no te preocupes —Kim se rió y le dio un fuerte abrazo—. Seré una perfecta dama.

Él la contempló un poco alarmado.

—Te costará mucho trabajo —añadió burlón—. Prefiero que seas como eres, y recuerda que no es un hombre corriente. No podrás controlarle como has hecho con los hombres que se han cruzado en tu vida…

—No sé qué quieres decir.

—¡Lo sabes demasiado bien! Te he visto coquetear muchas veces. Recuerda que tu relación con él es de trabajo así os irá muy bien.

«¿Nos irá bien?», pensó Kim. «¡Quién sabe!»

* * *

El domingo fue otro de esos días frescos de principios de otoño. Después de desayunar juntos Kim, Gordon y Bryce, éste último se dirigió a Kim.

—¿Estás preparada para subir al helicóptero y ver el lago desde arriba conmigo?

—Completamente preparada —dejó la taza en la mesa y se levantó—. Voy a subir un momento a buscar el abrigo —añadió, haciendo un guiño a Gordon.

Bryce se levantó cuando ella regresó al comedor. Kim se había puesto un chaquetón de cuadros que tenía el cuello de piel y una capucha. Gordon la miró cariñosamente.

—Ya estoy —dijo, sonriendo.

—Entonces vámonos.

Bryce abrió la puerta para dejarla pasar.

—Buena suerte —les dijo Gordon.

Bryce la condujo hacia la parte trasera de la casa, donde estaba el helicóptero.

—¿Ha subido alguna vez a un helicóptero? —le preguntó, mientras la ayudaba a subir.

—Sí, varias veces —respondió secamente.

Gordon ya no estaba presente y no había necesidad de fingir. Cuando estuvieron sentados, él cerró la puerta y se volvió hacia ella.

—Así que no se lo ha dicho a Gordon.

—Por supuesto que no, ¿esperaba que lo hiciera?

—No. Ahora nos comprendemos bien.

—Demasiado bien. Él tiene una opinión muy buena de usted y no creo que le agradara saber que me amenazó.

Bryce esbozó una sonrisa, pero no era de alegría.

—No, es cierto. Por consiguiente ahora somos socios… y a partir de este momento, cuando estemos en el agua, hará lo que yo le diga.

—Nunca pensé que usted me pusiera al mando —le replicó secamente—. No se preocupe, haré lo que me ordene, después de todo es su idea.

—¿Se lo ha contado todo Gordon?

—Sí.

—Eso me ahorrará el tener que hacerlo. ¿Cree posible que el avión se encuentre aquí?

—¿Le interesa mi opinión?

—En este asunto sí.

—Entonces le diré que sí, que lo creo muy posible. Sin embargo, no sé para qué necesita encontrar el tesoro. ¿No tiene ya suficiente dinero?

—Tengo mis propios motivos… y no se relacionan con usted. No tema, se le pagará por el tiempo que pase aquí…

—¡No me refería a eso! —exclamó, molesta.

No sabía por qué, pero él siempre daba otro sentido a lo que ella decía, terminando con algún comentario cortante.

—Me refería a…

Bryce la interrumpió.

—Por favor, no se preocupe, nos llevaremos mucho mejor si evitamos comentarios personales. ¿No está de acuerdo conmigo? Kim tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. ¡No soportaba la

arrogancia de ese hombre!

—Como usted es el jefe, no tengo más remedio que estar de acuerdo con lo que diga.

—No pretendo que todos acepten lo que yo diga sin discutir… o dicho de forma más sencilla, no me gusta que la gente diga que sí a todo… creo que es mejor que quede bien aclarado desde ahora.

Ella se estremeció sin poder evitarlo. Él la miró con frialdad.

—Será mejor que despeguemos.

Él se inclinó hacia los controles y dio al contacto. Las aspas empezaron a girar y en pocos minutos estuvieron en las alturas, observando la belleza que les rodeaba.

—Es precioso —susurró, sin importarle si él la escuchaba.

Hacia la derecha estaba el Weissberg, la montaña en la que siete años atrás se había producido aquella escalada desdichada de Gordon y su padre. Su padre estaba enterrado cerca de la montaña, en el patio de una pequeña iglesia que había contemplado muchas tragedias iguales. Las lágrimas acudieron a los ojos de Kim al recordar todo aquello.

En ese momento sintió que le tocaba el brazo y ella se volvió, haciendo desaparecer los últimos restos de las lágrimas. Bryce le gritaba algo que no pudo entender por el ruido de los motores, pero adivinó lo que le quería decir e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Habían dado la vuelta al lago y él le entregó unos prismáticos para que observara las aguas profundas y oscuras. Montaña blanca… lago negro. Extraño contraste de nombres.

Descendieron cada vez más hasta que le pareció que casi podía extender la mano y tocar el agua. Se sintió repentinamente dominada por el pánico, pensando que se sumergirían en el agua, y sin poder controlarse le tocó el brazo; al ver la expresión de su rostro él hizo ascender rápidamente el helicóptero.

Él la contemplaba, sombrío y atónito. Se puso los audífonos y le hizo una seña para que hiciera lo mismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Pensé que íbamos a caer al agua —le contestó, sintiéndose ligeramente avergonzada.

Pensó que le había visto una ligera sonrisa, pero desapareció tan rápido que no pudo confirmarlo.

—No hay peligro, esta máquina me cuesta demasiado para hacer eso. Quería mostrarle lo difícil que va a ser nuestra tarea. Cuando regresemos le enseñaré un mapa detallado del lago. ¿Ha visto ya suficiente? ¿Quiere regresar?

—Sí —después, siguiendo un impulso, añadió—: ¿Podemos ver la… la montaña blanca?

—Si lo desea.

Había algo extraño en la mirada de él; era evidente que lo sabía. Se alejaron del lago y se dirigieron hacia los sombríos picos de la montaña. Ella contempló fijamente uno de ellos, sintiendo que se le encogía el corazón.

Kim dejó escapar un suspiro. Pensó que él la habría oído por los auriculares.

—¿Ya ha visto suficiente? —le preguntó.

—Sí.

Sus ojos se apartaron de la montaña y buscaron el valle. Vio la pequeña iglesia donde estaba enterrado su padre y tuvo que contener las lágrimas.

Cuando al fin aterrizó el helicóptero, Bryce se volvió hacia ella y se quitó los audífonos.

Kim sonrió y le preguntó:

—¿Vamos a ver el mapa del lago?

—Sí, por supuesto —respondió él.

Él no lo sabía… no podía saber que había tomado una decisión. Se aseguró de que no se mostrara en su rostro para que no pudiera verla, pero se enteraría en cuanto empezaran a bucear, descubriría lo buena que era ella y le sorprendería. Se sonrió mientras él salía del helicóptero y daba la vuelta para ayudarla a bajar.

Por un instante estuvo en sus brazos, mientras saltaba del aparato, y todo su cuerpo se estremeció con el contacto. En seguida se rompió el encanto con la llegada de los dos perros alsacianos y la presencia de Gordon en la puerta de la casa, saludándoles con la mano. Kim dio la vuelta y se alejó de Bryce, no quería que le viera la cara, no en esos momentos.

—Hola, Kim. ¿Has disfrutado del pequeño paseo?

—Sí, ha sido maravilloso.

Le cogió del brazo.

—¿Has dicho que preparen café? —le preguntó Bryce a Gordon.

—Sí —Gordon se rió—. Ann lo está preparando.

—Tenemos mucho trabajo esta mañana, vamos a planear la búsqueda.

Kim se llevó la mano a la cabeza. ¿Cuánto faltaba para la hora de la comida? Su mente era un torbellino de cifras y diagramas, mientras sentada en la mesa con los dos hombres, escuchaba y daba sus opiniones.

—¿Estás cansada? Gordon la miró con preocupación y Bryce, al

oírle, levantó la mirada y se encontró con la mirada fría de Kim.

—Descansemos un poco. Kim parece fatigada —no había calor en la voz de Bryce… no había nada.

—No lo estoy —replicó ella.

—No importa —dijo él, guardando el mapa con cuidado—. Podemos continuar después de la comida. Iré a ver a Ann.

Cuando Bryce salió, Kim miró a Gordon.

—No le des la oportunidad —le suplicó ella.

Gordon comprendió a qué se refería y sonrió.

—Es una persona agradable, aunque no se da cuenta del tiempo cuando está absorto en algo.

—Ya lo sé, y espero que no piense que bucearé todo el día hasta quedar agotada. Existe un límite para todo.

—No te preocupes, no lo hará. Para ese trabajo es necesario estar en buenas condiciones… y él lo sabe muy bien. Creo que la forma en que hemos planeado el trabajo es muy práctica, un área definida cada día. Lo único que siento es no poder acompañaros, sin embargo estaré en el bote con las cámaras, las lámparas de mano y lo que necesitéis. No tengo la menor duda de que todo saldrá bien.

—Me pregunto si encontraremos el avión.

Gordon la miró.

—Yo también me lo pregunto, ya veremos, ¿no te parece?

Capítulo 4

Debían empezar a las nueve de la mañana del día siguiente, bucear durante dos horas, detenerse y comer, para después regresar a primera hora de la tarde; así serían los días hasta que tuviera éxito la búsqueda. Era el mediodía del domingo y Bryce les dijo a Kim y a Gordon:

—¿Damos un paseo?

—¡Me encantaría! —Gordon se levantó, estirándose—. Es lo que necesito, ¿qué dices Kim? Kim pensó que por qué le habría preguntado. Gordon se alejó, seguramente para buscar su abrigo, los dos se quedaron solos.

—¿Bien? —inquirió él.

—¿Bien qué?

—¿Le parece bien? No ha dicho nada.

—No es necesario. Usted tiene todo bajo su control —respondió, con frialdad.

—¿Ah, sí? Es como debe ser, aunque tiene el derecho de protestar si hay algo en lo que no está de acuerdo.

—¡Vaya, gracias! —abrió mucho los ojos y le miró—. Lo recordaré.

Kim observó la sonrisa maliciosa de Bryce. Después de todo quizá tuviera sentido del humor.

—Dígame —le preguntó, con suavidad—. ¿Todas las jóvenes inglesas son como usted?

—No lo sé. ¿Cómo soy yo?

—Inteligente, decidida a salirse con la suya… segura de sí misma…

—¿Así es como me ve? ¡Qué extraño! Es exactamente lo que yo pensaba de usted.

Quizá no tenga nada que ver con la nacionalidad o el sexo, deben ser nuestras personalidades.

Dicen que las personas parecidas nunca se llevan bien —le dirigió una sonrisa amable y se levantó para salir—. Discúlpeme, voy a buscar mi abrigo.

En el momento en que se alejaba, Bryce la cogió por el brazo, con cierta brusquedad.

—Espere un momento. ¿Qué quiere decir? Ella clavó los ojos en la mano que descansaba sobre su antebrazo.

—Quite la mano —le ordenó.

Él lo hizo, despacio.

—¿No le gusta que la toquen? —preguntó burlón.

—Usted no, no es parte del contrato —después, al ver que permanecía sin moverse, añadió—: ¿O sí lo es? Quizá sea mejor que aclaremos esto ahora mismo.

Se encontraron sus miradas y la habitación se llenó de tensión, él entornó los ojos y le dijo suavemente:

—Por favor, explíquese.

—No es necesario, pero si lo desea lo haré, se lo diré bien claro. Estoy aquí para ayudarle a buscar un avión, eso es todo. Nuestro trato es puramente de negocios, como me aclaró usted, y muy impersonal.

Le sonrió, dándose cuenta de que le había tocado un punto débil, y la expresión que vio en su rostro la hizo sentirse satisfecha, por todas las cosas que él le había dicho a ella.

—Es una invitada en mi casa —le dijo, mirándola fijamente—. Me está insultando.

—¿De verdad? —inquirió irónicamente, a pesar de la dureza de la mirada de él—. Más bien me siento una prisionera que una invitada, es difícil insultar a un carcelero.

Le oyó aspirar con fuerza y comprendió que había ido demasiado lejos. Cuando él contestó, vio que hacía un esfuerzo.

—Creo que será mejor que vaya a buscar el abrigo, antes de que diga algo de lo que después tendré que arrepentirme.

Se apartó para dejarla pasar. Cuando Kim salía de la habitación se cruzó con Gordon.

Pasó por su lado, sin decir una palabra, y se dio cuenta de que él la miraba un poco extrañado.

Ya en su habitación, se llevó las manos a las mejillas ardientes. ¿Qué le había hecho hablar así? No lo sabía y quizá nunca lo supiera. No comprendía por qué ese hombre tenía un efecto tan terrible sobre ella. Estaba segura de que Bryce Drovnik nunca olvidaría ni perdonaría sus comentarios.

Cuando se alejaron de la casa en el elegante coche, Bryce fue otra vez un buen anfitrión.

Gordon se sentó a su lado, en el asiento delantero, y Kim detrás de Gordon, desde donde podía observar el perfil de Bryce. Sentía

deseos de hacerlo, aunque se preguntaba cuál sería el motivo. No le agradaba, desde luego que no le encontraba atractivo, aunque era indudable que existía algo en él que gustaba a las mujeres.

Pensó que quizá sería porque era periodista y tenía curiosidad por saber qué le hacía actuar. Se tranquilizó al encontrar una razón lógica por el deseo que sentía de mirarle, pensando que probablemente se podría hacer un buen artículo sobre él, el de un hombre que había ascendido desde la oscuridad a la fortuna sólo con su trabajo… y algo más, no la suerte, sino la personalidad.

Al pensar en ello se le ocurrió la idea de llevar a cabo ese trabajo ella misma. Podía imaginarse su reacción si se lo decía de repente. Sería mucho mejor llevarlo en secreto, escuchar todo lo que Gordon tuviera que decirle, tomar notas, y, una vez terminado, pedirle que lo leyera y ver su reacción. Tendría tiempo mientras estuviera allí, se había dado cuenta de que todo no sería trabajo.

Se recostó en el cómodo asiento de la parte trasera del coche y empezó a interesarse en lo que la rodeaba. Iban por una carretera estrecha, ya lejos de la casa. No sabía si se dirigían hacia la estación donde se había encontrado por primera vez con Bryce. Los hombres hablaban sin excluirla deliberadamente, sino porque charlaban de negocios.

Prestó atención a lo que decían, quizá eso podría ayudarla a comprender lo que pensaba.

Gordon había mencionado que eran socios y parecía probable que lo fueran, no sólo en ese asunto de la búsqueda del tesoro, sino en otros negocios. Durante la conversación oyó nombres de personas que aparecían de vez en cuando en los periódicos y que estaban relacionadas con todo tipo de negocios.

Kim sentía deseos de tomar notas; tenía en el bolso su libreta, nunca iba a ninguna parte sin ella, y dominaba muy bien la taquigrafía. Sin embargo, comprendió que no era el momento de hacer las anotaciones sino cuando estuviera sola.

En ese instante, el coche disminuyó la velocidad hasta detenerse y Kim, que absorta en sus propios pensamientos no había prestado atención al viaje, se enderezó para ver qué sucedía. Estaban en un sitio apartado, no había tráfico y Bryce se había detenido porque había visto un coche americano en la cuneta de la carretera y a un hombre y una mujer, observando el motor del mismo.

En ese momento levantaron la vista y les hicieron un gesto con la mano; Bryce abrió la puerta de su lado y se bajó del coche, dirigiéndose hacia ellos. Kim comprendió que eran amigos y, en ese instante, Gordon se volvió hacia ella para decirle:

—Es una pareja que vive cerca del pueblo… norteamericanos, como habrás adivinado por el coche. Él es un petrolero escandalosamente rico… pero no sabe distinguir cuáles son las ruedas de delante y las de detrás.

Kim se rió, mientras veía que Bryce se quitaba la chaqueta y se inclinaba sobre el motor. Kim estaba fascinada y quizá lo dejó entrever en el rostro, ya que Gordon sonrió, al decirle con suavidad.

—Él sabe lo que está haciendo, se me olvidó decirte que cuando llegó a Austria trabajó durante un tiempo en un taller de coches.

—¿No le importa ensuciarse? Quiero decir su ropa… esa camisa que lleva puesta es de cachemira y seguramente le costó una fortuna…

—No se ensuciará, ya lo verás.

Si pudiera tomar algunas notas, mientras tenía todo fresco en la mente. Sabía que era imposible, así que lo mejor que podía hacer era observarlo todo… y recordar las imágenes, fijándolas en la memoria para escribirlas después.

Vio que se enderezaba y que la mujer rubia le entregaba un trapo para limpiarse las manos. Después Bryce se despidió y regresó al coche, con la chaqueta puesta de nuevo… e inmaculado. Gordon se volvió hacia Kim y le comentó, burlón:

—¿Lo ves?

—Sí.

—Quieren invitarnos a una copa en casa de Leo. Les dije que primero tendría que preguntároslo.

Bryce miraba a Gordon mientras hablaba y Kim comprendió que no estaba pensando en ella ni en su opinión.

—Creo que sería mejor hacerlo ahora… ya sabes que ellos son los primeros para difundir una noticia…

—Eso es exactamente lo que quería decirte —reconoció Bryce, con frialdad.

Gordon dejó escapar una fuerte risa.

—Tenemos unos quince minutos para preparar la historia.

—Sí —respondió, y le hizo un gesto a la otra pareja levantando el pulgar.

El sonido de la bocina del otro coche les indicó que habían comprendido la señal y el coche se puso en movimiento.

Bryce se volvió un instante hacia Kim, antes de poner el coche en marcha.

—Vamos a hacerle una breve visita a esa pareja, son los más chismosos de toda Austria.

Si tienen la menor sospecha de los motivos por los que está aquí,

dentro de pocas horas lo sabrá todo el país. Por lo tanto… —miró a Gordon con una leve sonrisa—, éste es el momento para pensar en una buena explicación.

—Podríamos decir que he venido a visitar a Gordon —sugirió ella—, después de todo somos buenos amigos desde hace tiempo.

Bryce no volvió la cabeza para mirarla. Estaba manteniéndose a bastante distancia del otro coche, casi como si quisiera asegurarse de que no pudieran leer en sus labios lo que hablaban.

Gordon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es lo bastante convincente, ellos querrán saber por qué y para qué —después de un momento de silencio se sonrió—. Además, no es lógico que Bryce reciba a mis viejos amigos cuando se supone que yo estoy aquí de visita. No, tengo una solución mucho más sencilla… ¡serás la prometida de Bryce!

—¡Qué! —exclamó Kim, que casi se ahoga.

Bryce soltó una carcajada.

—¡Gordon! ¡Qué idea tan brillante! Así también podría quitarme de encima a la esposa de Leo… —se detuvo al instante, quizá con demasiada brusquedad.

—Un momento —aclaró Kim con firmeza—. ¡Eso es ridículo! Cómo es posible que yo…

—¡Vamos, vamos! —protestó Gordon—. ¿En dónde está tu sentido del humor? Puedes hacerlo mejor que nadie y, además, se tratará de una corta visita, como mucho una hora.

Bryce y yo estaremos siempre a tu lado para ayudarte con cualquier pregunta difícil… ¡será muy sencillo!

—A menos que Kim encuentre la idea demasiado repugnante —dijo Bryce con frialdad, y ella dejó escapar un largo suspiro.

—Está bien y si alguien me pregunta ¿dónde… y cuándo… nos conocimos? Quizá Gordon no fuera muy bueno para las cifras, pensó Kim, pero tenía un cerebro demasiado rápido para preparar historias. Diez minutos más tarde ya tenía todo arreglado… y cuando llegaron a la magnífica residencia, en las afueras de un pueblo, sintió que podría hacer frente a las preguntas más difíciles que le hicieran.

La pareja de norteamericanos era Pearl y Elmer Hailey. La casa a la que iban era de Leo y Jeanne Wolfe, eran franceses. Mientras se dirigían hacia Pearl y Elmer, Kim dijo en voz muy baja a Bryce, para que Gordon no pudiera oírla:

—Me habría vestido y maquillado con más cuidado si hubiera sabido que me comprometería con usted.

Él la miró y sonrió con agrado, porque aunque era imposible que

les oyeran, sí podían verlos con claridad.

—No te preocupes, estás muy bien… querida.

La sonrisa era maliciosa y la última palabra estaba llena de ironía… en ese momento Kim empezó a preocuparse, pensando si no habría cometido el mayor error de su vida. ¿Cómo sería posible poder actuar como si amara a un hombre al que detestaba profundamente?

Capítulo 5

Había entre veinte y treinta personas en el amplio salón, que estaba espléndidamente amueblado, con leños ardiendo en una chimenea y brillantes lámparas colgadas del techo.

Kim dejó escapar un suspiro y se llevó la copa a los labios.

Había estado en muchas fiestas parecidas, donde había bebido y comido; pero no había tenido nunca en sus manos una copa de cristal tan fina. El vino era fuerte y pensó que tenía que mantener la mente despejada. No podía cometer ningún error… por el bien de Gordon, no por Bryce.

Jeanne Wolfe la observaba. Kim levantó la vista y se encontró con su mirada fría y calculadora. En ese momento recordó algo que Bryce había dicho en el coche. ¿Cuáles habían sido sus palabras? «Así también podría quitarme de encima a la esposa de Leo…» Kim llegó a la conclusión de que Jeanne le perseguía. Era una mujer atractiva, de ojos oscuros y soñadores, figura voluptuosa, y pelo largo de color castaño rojizo. La joven comprendió lo que quería decirle con la mirada, algo muy sencillo: «¿qué será lo que Bryce puede ver en ti?»

Kim se sonrió y aceptó el reto.

—Señora Wolfe, ha sido muy amable al invitarnos hoy. No teníamos la menor idea… de lo contrario me habría vestido mejor.

—Mi nombre es Jeanne —le contestó la otra mujer.

Las dos sabían a qué estaban jugando. Sin embargo la señora no conocía lo que ocurría, pensó Kim, todo lo que le preocupaba era su precioso Bryce. Si de verdad estuviera prometida con él, sería ella la que estaría preocupada.

—Gracias… Jeanne. Tienes una casa preciosa.

—Bryce también. ¿Cuando os caséis viviréis en ella?

—Creo que sí.

Kim empezó a preocuparse y miró a su alrededor, buscándole. ¿En dónde estaba? En ese momento le vio. Tanto él como Gordon le habían prometido mantenerse cerca de ella, pero a los dos les habían separado distintas parejas, dejando sola a Kim. Sin embargo,

todo el tiempo él había estado mirando y en ese momento se dirigía hacia ella, para asegurarse de que no cometiera ningún error. Él parecía contento y ella se dijo: «te estás divirtiendo, vamos a ver qué haces ahora».

—Hola, querido —le cogió la mano, resistiéndose a la tentación de clavarle las uñas—.

Jeanne me estaba preguntando si seguiríamos viviendo en tu casa después de casarnos.

—Viviremos donde tú quieras, mi amor —le sonrió con afecto a Jeanne—. No puedo negarle nada.

«¡Cielos!», pensó Kim. «¡Este hombre es un magnífico actor!» Vio cómo se endurecía ligeramente la expresión de Jeanne, pero su tono de voz siguió siendo amable al decirle.

—Siempre eres tan misterioso, querido Bryce, que ninguno de nosotros sabía que pensabas casarte, hasta este momento.

—Soy así —dijo, sonriendo, y miró a Kim—. Pensaba dar una fiesta para presentarla a todos. Sin embargo, ya que estamos aquí…

Jeanne no le dejó terminar.

—¿Una fiesta? ¡Qué magnífica idea! —exclamó, dirigiéndose a todos—. Bryce va a dar una fiesta a Kim…

Kim sintió la presión de la mano de Bryce y en ese momento se dio cuenta de que todavía estaban cogidos de la mano. Casi pudo escuchar la maldición que lanzó en silencio.

En ese momento Pearl Hailey cogió del brazo a Kim.

—¡Qué magnífica idea! —exclamó, enfatizando las palabras—. Y pensar que nosotros somos responsables de que hayas venido aquí hoy. Jeanne querida, tienen que venir a nuestra casa dentro de unos días. Daremos una pequeña fiesta en honor de Kim antes que la de Bryce.

Durante una hora más, Kim tuvo que sufrir todo aquello. En ese tiempo conoció a Leo, el marido de Jeanne, un hombre de baja estatura, muchos años mayor que su mujer y carente de atractivos. La presentaron a los demás invitados que estaban en la fiesta y se dio cuenta de que era el blanco de sus miradas.

Todos fueron muy amables, pero sintió la tensión y eso la molestó. Bryce y Gordon la ayudaron, respondiendo todas las preguntas. Eso alivió a Kim, a la que le estaba empezando a doler la cabeza por lo que había bebido, por el ambiente lleno de humo y por el calor.

Al fin terminó todo. Los que se quedaban para cenar se despidieron de los que se iban, y Kim, Bryce y Gordon se dirigieron hacia el coche, después de dar las gracias a Jeanne y Leo.

Kim se dejó caer en el asiento, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, había bebido mucho y no había comido lo suficiente para contrarrestar el efecto del vino.

El coche se alejó de la casa y después de un rato, Gordon dejó escapar un suspiro.

—No sé cómo hemos salido de ésta.

Kim vio que Bryce sonrió antes de contestarle.

—Creo que todos nos comportamos muy bien.

La joven le observó y comprendió que había disfrutado con esa situación. ¿No le importaba que hubieran tenido que mentir y engañar? Aparentemente no.

—¿Y tú qué tal, Kim, qué te han parecido los demás? ¿No te han caído bien?

—¿Deseas una respuesta sincera o sólo una amable? Oyó que Gordon se reía suavemente.

—Quiero la verdad, no temas ofenderme.

—No corresponden al tipo de personas que me agradan.

—¿Cuál es tu tipo? —le preguntó, en voz baja y agradable.

—Gordon, por ejemplo, ¿quién más? Incluso Bryce no pudo contener la risa al escucharla.

—Os dais cuenta —intervino Gordon—, que ahora tendremos una fiesta en casa de Pearl… y otra en nuestra propia casa.

—Eso me molesta —respondió Bryce—. Jeanne ha sido demasiado inteligente, según creo…

—Y lo ha hecho deliberadamente —le interrumpió Kim, sin saber por qué decía eso.

—Sí, lo sé, sin embargo no pensé que todos se hubieran dado cuenta.

—En realidad nadie se dio cuenta —le contestó ella, con dulzura —. Incluso no creía que tú lo hubieras captado, normalmente los hombres no son tan susceptibles. Sé que no le he caído bien.

Gordon se volvió, preocupado.

—¿Ha sido brusca contigo? Kim se rió.

—Extremadamente encantadora… ¡Oh, Gordon, los hombres sois tan inocentes! Dos mujeres pueden mantener una charla perfectamente normal, mientras se están haciendo pedazos… y sólo las demás mujeres presentes se darán cuenta de esa situación. Por consiguiente, creo que es mejor que me mantenga lejos de ella, me hará todo tipo de preguntas y, además, me indicó con claridad que no entiende cómo es posible que Bryce y yo nos hayamos comprometido.

Al mirar a Gordon vio que se estremecía de risa.

—¡Vaya! Esto sí que es divertido —dijo, cuando pudo controlarse.

—Me alegra que pienses así, no quiero hacerte quedar mal.

Kim enfatizó la palabra «hacerte».

Bryce permaneció en silencio y Kim pensó que él no había estado escuchando. Estaba equivocada.

Lo comprendió al llegar a la casa. Después de la cena, Gordon y Bryce se quedaron viendo la televisión y Kim les preguntó si no les importaba que se fuera a la biblioteca a buscar un libro.

Estaba revisando los libros de viajes cuando se abrió la puerta y vio entrar a Bryce.

Comprendió que no tenía por qué sorprenderse. Desde que regresaron se había sentido una tensión en el ambiente y comprendió que él quería hablar con ella en privado.

—¿Hay bastantes libros? —le preguntó él.

—Sí. ¿Los seleccionaste tú o estaban en la casa cuando la compraste?

—Las dos cosas. En realidad no es sobre los libros de lo que deseamos hablar, ¿no es cierto? Él se le acercó y ella deseó que se mantuviera lejos, le resultaba difícil pensar cuando estaba demasiado cerca.

—Creo que ya nos comprendemos lo bastante como para no tener que andar con rodeos.

¿Sabes por lo que estoy aquí?

—Creo que sí. ¿Tiene que ver con lo que dije en el coche cuando regresábamos de casa de tus amigos?

—Así es. ¿Realmente sentías lo que dijiste?

—No sé muy bien a lo que te refieres. ¿Es al comentario de que no le agrado a Jeanne? Si es así… sí, fue algo muy evidente… y ya que estamos hablando con toda franqueza te diré algo más, ella nos causará problemas, si puede. No me preguntes cómo lo sé… Sólo estoy segura de que es así, si quieres puedes llamarlo intuición… algo que siento en mi interior.

—Sí, creo que tienes razón. Habría deseado no haber ido… pero ya no tiene remedio —

se encogió de hombros—. Además, si no hubiéramos ido habrían comentado con todos tu presencia aquí. Lamentablemente, Pearl te vio en el coche y esto habría dado lugar a especulaciones. Por eso hice lo que pensé mejor, lamento que te moleste tener que fingir que estamos comprometidos… será por muy poco tiempo…

—Y después de que encontremos el tesoro romperemos el compromiso —murmuró ella.

—Sí. Tu sacrificio durará pocas semanas y sólo cuando alguien venga a visitarnos.

—Si es así, estoy segura de que puedo soportarlo. ¿Es eso lo que te molesta, verdad? ¿Que yo pueda fallarte? Te aseguro que no tienes por qué preocuparte. He estado de acuerdo con quedarme y cumpliré, sin embargo no tiene sentido que finja que va a ser sencillo. Ya me he encontrado en otras ocasiones con personas como Jeanne y he aprendido que lo mejor es evitarlas. ¿Está enamorada de ti? Era lo último que quería decir, pero la pregunta salió sin poder evitarla.

—¿Enamorada? Dudo mucho que sepa lo que es el amor. Ella colecciona hombres como un piel roja lo hace con cabelleras. Represento un reto para ella, alguien que hasta ahora ha sido inmune a sus encantos, es algo que no soporta.

—Ya comprendo, ahora me doy cuenta de lo que quisiste decir con librarte de ella. La imagen ahora es muy clara. ¿Me estás usando para eso? —le sonrió.

—Ya te he dicho que lo siento…

—¡Oh, vamos! —le interrumpió con brusquedad—. Ya dijiste que no era necesario que fingiéramos, así que no es preciso que lo hagas. No has llegado hasta donde estás siendo amable con la gente…

Pudo ver cómo cambiaba la expresión del rostro de él, pero ya no era posible retroceder.

—Además, estoy segura de que no te importo lo más mínimo… ya me lo has hecho ver con claridad… no es necesario que sigas insistiendo en que sientes todo lo que ha sucedido, porque no te creo.

Le pareció que él iba a pegarle. Sin darse cuenta retrocedió, comprendiendo de repente que había ido demasiado lejos. Él la sujetó por ambos brazos, atrayéndola hacia sí.

—¡Si yo fuera tú, me callaría! —exclamó violentamente—. ¡Has hablado demasiado!

—Me estás haciendo daño.

—¡No todo lo que yo quisiera! Es la segunda vez que me insultas. No lo olvido.

Sus ojos se clavaron en los de Kim, que no se movió, comprendiendo que si luchaba para soltarse se pondría más furioso.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó, levantando la barbilla, desafiante. ¿Me vas a pegar? Podrías hacerlo, eres lo bastante fuerte… sólo que daría mucho que hablar a tus amigas si apareciera en la fiesta con un ojo morado.

—No acostumbro a pegar a las mujeres —respondió suavemente—. Sin embargo, nunca en mi vida me he encontrado con alguien que me enfurezca tanto como tú…

—Entonces estamos igual, jamás me he encontrado un hombre que pueda enfadarme tanto…

—¿No? Quizá se mantengan lejos de ti, no me sorprendería, con un carácter como el tuyo…

—¡Cómo te atreves! —se soltó de sus manos con violencia—. ¡Cómo te atreves a hablarme así! Tú… tú que me estás usando como un escudo para protegerte de otra mujer… ¡Ni siquiera eres un hombre! Había ido demasiado lejos y comprendió que ya era tarde para retroceder, cuando sus brazos la rodearon. Su boca descendió sobre la de ella con un beso estremecedor, que parecía no terminar nunca. Por fin la soltó.

—Ahora ¡a ver si te atreves a decir que no soy un hombre! —Kim levantó el brazo y le dio una bofetada con todas sus fuerzas.

—¡Ése es el tercer insulto! —exclamó, llevándose la mano a la mejilla.

Después le dio la espalda y salió de la biblioteca.

* * *

A la mañana siguiente, Ann no la despertó y se quedó acostada bastante rato, preguntándose por qué la casa estaría tan silenciosa no se oía ningún ruido. Miró su reloj y vio que eran casi las ocho media. Extrañada, se levantó y se lavó y vistió rápidamente.

Al bajar las escaleras vio que él salía de la cocina y se dirigía hacia ella. Tembló un instante al recordar que había sido capaz de pegarle y se preparó para escuchar lo que le diría.

—Gordon ha ido a llevar a Ann y a Matthew a la estación y mientras estoy preparando el desayuno en la cocina, él regresará pronto.

No se había reflejado ninguna emoción en su voz. Dio media vuelta y regresó a la cocina. Kim le siguió y se sentó en la mesa de pino.

—¿Quieres café? —le preguntó Bryce, sin volverse.

—Sí, por favor. Si vamos a bucear no me des nada de comer.

—Sí, vamos a ir. Gordon comerá cuando regrese y nosotros después.

Le dio una taza de café, le acercó el azucarero y, después, se sentó frente a ella.

—Ahora que estamos solos podemos hablar.

—¿Sí? —le preguntó, y bebió un poco de café.

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestro trabajo… esta búsqueda. Espero que quede bien claro que el desagrado personal que puede existir entre nosotros no tiene nada que ver con el trabajo.

—Muy bien, pienso lo mismo. ¿Es eso todo lo que querías decirme?

—Por ahora… sí. Tendremos bastante más de qué hablar antes de que hagamos otra visita.

—¿Quieres decir cuando vayamos a casa de Pearl? No tienes por qué preocuparte, nadie adivinará… —ella se detuvo y Bryce terminó la frase.

—… ¿que no nos amamos? Eso me preocupa. ¿Crees que podrás representar bien el papel? —Lo hice bien ayer, ¿no? Quizá no me agraden, pero tampoco me asustan. Ya que voy a quedarme aquí debo aprovecharlo lo mejor posible, puedo asegurarte que cumpliré con lo convenido.

Se bebió el café despacio.

—¿Le has dado vacaciones a Ann y Matthew? —le preguntó.

—Van tres días a Viena para visitar a su hija casada. Es lo que les gusta hacer cada vez que tienen tiempo libre, cada quincena. Pensé que tendríamos que contratar a alguien mientras estuvieran fuera, pero me he dado cuenta de que nos podemos arreglar bien solos y es aconsejable ahora que estamos iniciando la búsqueda. Confío en Ann y Matthew, pero quizá no fuera lo mismo si contratáramos a una mujer del pueblo. Por consiguiente… tendremos que arreglarnos solos. Ann dejó bastante comida en el congelador, sólo tenemos que calentarla.

—¿Sabes cocinar? Él pareció sorprendido por la pregunta y después le contestó.

—Sí, y me gusta. ¿Y tú?

—No mucho, pero si quieres lo hago.

Él le dirigió una leve sonrisa.

—Nunca le pediría a mis… invitados… que trabajaran.

—Entonces lo menos que puedo hacer es limpiar y arreglar mi habitación —hizo un esfuerzo por sonreírle.

—Eso será suficiente. Gracias —respondió, haciendo un gesto con la cabeza.

Kim pensó que si seguían así, en menos de un minuto estarían abrazados. Lo más extraño de todo fue el escalofrío que le recorrió la espalda. Se levantó cuando terminó el café; no deseaba estar con él durante más tiempo. En ese momento el gato saltó sobre la mesa y Kim lo cogió.

—¿Cuál es su nombre?

— *Kóshka* —le dijo, sonriendo.

—¿No se dice así gato en ruso? Durante un momento la miró extrañado.

—¿Así que conoces algunas palabras de ruso?

—Sí, unas pocas.

No pensaba decirle dónde las había aprendido, algunos recuerdos eran dolorosos. Por consiguiente, antes de que pudiera preguntarle, añadió:

—Y los perros… me preocuparía.

—¡Fueron los perros quienes lo encontraron! —exclamó él, sonriendo.

Kim pensó que algunas veces era casi humano.

—Algunas mañanas traen ratas y ratones que han cazado durante su vigilancia nocturna.

Ya estamos acostumbrados a esto… pero una mañana fue distinto. Me desperté como a las seis por sus ladridos y bajé, pensando que había llegado alguien. En su lugar, junto a la puerta trasera, me encontré esa bola de pelo negro medio congelada, a la que *Valery* le pasaba la lengua para darle calor, mientras *Boris* ladraba sin cesar. Veo que estás sorprendida, lo mismo que yo. Son perros de caza y podían haberlo matado con facilidad… pero no lo hicieron. Lo alimenté, lo cuidé y ahora vive aquí con nosotros. Ven para que veas lo que sucede.

Cogió al gato, que por un momento se resistió a abandonar los brazos de Kim, y abrió la puerta. Kim le siguió con curiosidad. Él silbó y de inmediato llegaron los dos perros. Puso a *Kóshka* en el suelo y todo fue tan divertido que a Kim le costó trabajo reprimir la risa. Los dos perros movían la cola de alegría. *Kóshka* caminó entre ellos con dignidad, al parecer sin importarle su adoración. Se alejó, seguido por los dos perros.

Antes de cerrar la puerta, Bryce señaló hacia un pequeño edificio de piedra, que estaba a cierta distancia de la casa.

—Allí duermen los perros y ahora *Kóshka* va a ver si le han traído algún ratón. Así que… —hizo una pausa—. No tienes por qué preocuparte.

—Te gustan los animales, ¿verdad? Se encogió de hombros antes de contestarle.

—Son útiles.

Eso no era lo que ella le había preguntado.

—Pero cuidaste al gato…

—¿Habrías rechazado tú a una criatura viva?

—No, por supuesto que no… —Kim se interrumpió.

Él era demasiado astuto, parecía que le leía el pensamiento.

—¿No soy como tú? No, es evidente, no lo soy. Aunque tampoco soy cruel con las criaturas indefensas. ¿O es que pensabas que lo era? Kim hizo un gesto negativo con la cabeza. ¿Qué sentido tenía seguir discutiendo? Cualquier cosa que dijera era suficiente para provocar la tensión entre ellos.

—Creo que iré a cambiarme —le dijo ella.

—Sí, será mejor, antes de que digas algo inadecuado como siempre pareces hacer cuando estamos juntos.

—Es cierto —le contestó, con toda la calma que pudo—. Vuelvo en seguida.

Todo fue muy diferente cuando se encontraron en el lago. Era el inicio de la búsqueda que podría proporcionarles una fortuna. No se podía saber: había que contar con la suerte.

También existía cierto peligro. Todos eran conscientes de ello y de que había ciertas reglas que eran necesarias seguir para reducir al mínimo el peligro.

El bote era excelente y tenía un motor potente. Todo se encontraba a bordo. Gordon estaba excitado como un niño, cuando se apartaron de la orilla.

—¡Ahora empezamos realmente el trabajo! —gritó, mientras conducía el bote.

Ese primer día de búsqueda se llevaría a cabo en el extremo más lejano del Schwartzee.

Después de haberlo estudiado con cuidado en el mapa, Kim tenía grabada en la mente toda el área. Se sentó y observó el costoso equipo que la rodeaba: cámaras submarinas, luces, tanques de aire, cestas con sogas…

Bryce no había olvidado nada. Levantó la vista para mirarle y al ver que los dos hombres charlaban amigablemente y reían, pensó que le iba a gustar todo aquello. Era absurdo, ya que le desagradaba Bryce, aunque sintió que bajo el agua las animosidades desaparecían en ese mundo tan diferente.

Él interrumpió sus pensamientos, al decirle:

—Estamos llegando, levántate y vamos a ponernos el oxígeno.

Kim se levantó y Gordon apagó los motores. Mientras el bote se mecía ligeramente, él la ayudó a colocarse las botellas en la espalda.

—Yo bajaré primero —le anunció Bryce—, tú sígueme.

Le hizo un saludo con la mano a Gordon.

—Buena suerte a los dos, estaré esperando —dijo Gordon.

Bryce se dejó caer al agua y Kim contó hasta diez. Luego, levantando el pulgar hacia Gordon, siguió a Bryce. Era el inicio de la búsqueda.

Capítulo 6

En medio de un silencio absoluto, Kim se mantuvo cerca de la figura oscura que tenía delante de ella. Él miraba de vez en cuando hacia atrás, para asegurarse de que le seguía.

Al fin llegaron al fondo del lago. En ese momento Kim creyó ver algo, se volvió y le hizo una señal a Bryce. Habían establecido un sistema de señales para comunicarse, un sistema sencillo de lenguaje para esas profundidades, donde era imposible hablar. Él le hizo un gesto afirmativo y ella le siguió hacia el sitio que le había señalado, sintiendo que la excitación le recorría todo el cuerpo, al pensar que, aunque le parecía imposible, quizá tuvieran éxito en su primer intento. Qué maravilloso sería…

Era una roca gigantesca, que estaba enterrada como si hubiera estado allí desde el principio de los tiempos.

Empezaron la búsqueda de nuevo y Bryce seguía al frente; aquel hombre era su único compañero en aquellas profundidades… un hombre muy diferente del que había conocido en el mundo exterior, en el que la había besado.

La inundaron los recuerdos mientras le seguía y en ese momento vio que él se detenía bruscamente, como si se hubiera dado cuenta de algo, y Kim casi choca con él. ¿Qué sucedía? No era posible que él hubiese adivinado lo que estaba pensando. Vio que sacaba un cuchillo y cortaba una larga planta submarina que les habría atrapado si hubiesen seguido adelante.

Guardó el cuchillo y siguieron adelante. En ese mundo extraño en el que se encontraban, Kim volvió a recordar aquel beso. ¿Por qué en esos momentos? Lo había apartado de su mente con tanta intensidad que casi había conseguido olvidarlo. Pero no del todo… otros hombres la habían besado y en algunos casos había disfrutado con sus besos.

Hubo un hombre muy especial. Le había conocido en Alemania Occidental hacía dos años… Él le enseñó algunas palabras, varias frases, en ruso; era un húngaro fuerte y moreno que había viajado por Europa tomando fotografías que vendería después a los

periódicos y revistas de todo el mundo. El problema fue que se le olvidó decirle a Kim que estaba casado; cuando la joven lo supo se despidió de él, con el corazón herido, pero no roto.

Después de aquello, se sentía inmune a todos los hombres y sobre todo a los altos y morenos… aunque todos eran iguales y en ninguno de ellos se podía confiar. Se alegraba de haberle pegado, se lo merecía, y seguramente no lo intentaría de nuevo. Sin embargo, si lo hiciera… aspiró con fuerza, olvidándose de dónde se encontraba… una tontería que nunca se debería cometer bajo el agua, donde la respiración tenía que mantenerse regular y controlada, igual que los demás movimientos. Sintió un calambre en la pierna e hizo un gesto de dolor, inclinándose para frotar la extremidad entumecida.

Bryce, de inmediato, se acercó a ella, haciéndole señas. Kim le señaló la pierna, indicándole lo mejor que pudo lo que sucedía. Sin embargo, decidió que sería mejor fingir; sabía que él dudaba de su capacidad y pensó que se enfadaría si le dijera lo que ocurría. Hizo la señal convenida para indicarle que todo estaba bien y él respondió con un gesto afirmativo.

Siguieron adelante de nuevo, mirando continuamente a su alrededor, sin detenerse nunca; tenían mucho que recorrer.

Por fin él miró su reloj submarino y le indicó a ella con la mano que mirara el suyo. Al hacerlo frunció el ceño, parecía imposible, pero ya casi habían pasado dos horas… en realidad le habían parecido minutos. Él señaló hacia arriba y empezaron a ascender despacio. Tenían que hacerlo lentamente, era peligroso subir demasiado deprisa. Kim dejó que Bryce fuera delante, en eso confiaba en él, sabía muy bien lo que hacía.

La etapa final; la espera cerca de la superficie y después emerger. Había terminado la primera expedición. Gordon se rió, los saludó con la mano y Kim le devolvió el saludo. Al nadar hacia el bote, sintió otra vez el calambre. Bryce, que ya estaba en el bote, la ayudó a subir.

Se sentó en la cubierta. Deseaba frotarse la pierna, pero no se atrevía a hacerlo. Gordon le dio una taza de café y se agachó a su lado.

—¿Qué te sucede? —le preguntó, en voz baja.

Bryce estaba ocupado guardando los equipos y ella le contestó, haciendo una mueca.

—Un calambre —susurró—, no digas nada, ¿quieres?

—Seguro, ya se te pasará. Unas tabletas de sal te ayudarán.

El café estaba caliente y fuerte, como lo necesitaba. Había

demostrado que podía hacerlo y eso era lo que le importaba. Había visto algo que él pasó por alto y que a pesar de que resultó ser una roca gigantesca, demostró que ella estaba atenta a todo… a cualquier cosa que se pareciera a lo que buscaban. Se sentía satisfecha y casi le sonrió cuando él se acercó a ella.

—Así que… te han dado calambres.

—Sólo un poco, ya se me ha pasado —le mintió.

Se dio cuenta de que él no le creía. Bryce se agachó a su lado.

—¿Te sucede con frecuencia? —le preguntó.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza y en ese momento vio a Gordon que se acercaba con las tabletas de sal. Le hizo una indicación con los ojos para que no dijera nada.

Bryce miró a su alrededor y después otra vez a Kim. En sus labios se dibujó una breve sonrisa cínica.

—¿Así que… ya se te ha pasado?

—¡Sí! —le dijo, con toda claridad.

—Bien.

Gordon le hizo un guiño a Kim, que se levantó.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Gordon.

—No —respondió Bryce, moviendo la cabeza—. Sin embargo, todo ha ido bien y si estás de acuerdo, Kim, en cuanto lleguemos a la casa comeremos algo y regresaremos sobre las dos de la tarde.

—Estoy de acuerdo —le respondió, con una mirada tan fría como la de él—. Tú eres quien manda.

—Muy bien, volvamos a la casa —dijo Gordon.

Después volvió al timón, dejando a Kim y Bryce.

—Dime, ¿en dónde aprendiste lo que sabes de ruso?—inquirió él.

Todavía le dolía la pierna y estaba tratando de relajar los músculos sin que él se diera cuenta, por lo que esa pregunta tan inesperada la sorprendió.

—Un amigo me enseñó —le contestó.

—¿Un ruso?

—No —le miró de nuevo.

Bryce se sonrió y después le dijo:

—Así que… ¿prefieres que no te pregunte?

—Así es… tienes razón.

Vio cómo se endurecía la expresión de su rostro y pensó que él le iba a decir que le había vuelto a insultar… ¡no le importaba!

—Disculpa mi falta de tacto, no pensé que la pregunta te molestaría —dijo él suavemente.

—No me molesta, es que prefiero no decírtelo, si no te importa.

Deseó que se fuera y se agarró a la barandilla con fuerza. Bryce la miró y sin decir nada más, se acercó a Gordon. Kim dejó escapar un profundo suspiro y se sorprendió al notar que estaba temblando.

La tarde fue una repetición de la mañana. Antes de sumergirse, Kim se tomó dos pastillas de sal y no tuvo problemas de calambres. Bucearon durante dos horas y después regresaron a la casa. Ya había dos cruces marcadas en el mapa del lago, que habían dividido en unas cuarenta partes.

Nada más entrar en la casa oyeron el timbre del teléfono y Bryce entró en el estudio para cogerlo. Kim no conocía todavía esa habitación. Cuando subía la escalera, él la llamó.

—¿Kim? Es para ti… tu abuela. Puedes hablar desde mi estudio… allí estarás tranquila.

Él le abrió la puerta, le señaló dónde estaba el teléfono y salió otra vez, cerrando la puerta. Kim se sentó en el enorme escritorio y cogió el teléfono.

La voz de su abuela le llegó como si estuviera en la misma habitación.

—¡Bueno, eres un caso! He estado esperando tu carta donde me contaras cómo van las cosas… por cierto, dime de quién era esa voz tan encantadora que ha cogido el teléfono.

Kim empezó a reír.

—¡Cada cosa a su tiempo! Primero, llevo aquí un par de días y pensaba escribirte esta noche, te lo aseguro, sólo que no puedo decirte lo que estamos haciendo porque es un secreto.

¿Cómo estás? Pareces muy contenta.

—No estoy mal, querida. Te llamo porque acabo de recibir una postal de Jack.

—¿Qué dice? Hubo una breve pausa, mientras buscaba la postal, y después leyó:

— Dile a mi hermana que prepare sus maletas y venga aquí. Podrá escribir la mejor historia de su vida… le doy más datos en una carta. *Esto es todo lo que dice para ti y he* pensado que debía comunicártelo enseguida. Ya que no puedes informarme de lo que estás haciendo, espero que puedas decirme quién ha contestado.

Kim titubeó. ¿Y si estaba escuchando? —Es… éste… nuestro anfitrión, quiero decir de Gordon y de mí. Estamos trabajando juntos.

—Sí, ¿pero quién es? No es austriaco ¿verdad?

—No, es ruso. Esta casa es muy bonita abuela, te encantaría, tiene jardines enormes y grandes perros alsacianos…

—¡Basta, eso no es lo que te pregunto! ¿Cómo es? ¿Viejo, joven,

gordo, delgado?

—Creo que debe tener unos treinta y cuatro años y es amigo de Gordon. Es… bueno…

—¿Cómo describir a un hombre como Bryce?—. Alto y moreno… mira, te va a salir carísima esta llamada. Te prometo que te escribiré y te contaré todo.

—No te preocupes por eso, estoy más preocupada por tu bienestar que por mi teléfono.

¿Estás bien? ¿Estás contenta?

—Mucho, todo es magnífico. ¿Quieres que salude de tu parte a Gordon?

—Claro que sí, querida. Dile también que me escriba, cuando tenga un momento libre.

Creo que es mejor terminar, esta noche vendrán tres amigas a jugar al *bridge* y ya sabes cómo es eso. Adiós, Kim.

—Adiós, abuela, gracias por llamar.

Cuando colgó el teléfono observó la habitación. Estaba amueblada con sencillez y al mismo tiempo con una elegancia que indicaba riqueza. Cerca de la chimenea vio dos cómodos sillones de cuero. No había fuego encendido, pero la habitación estaba caliente porque había radiadores en las paredes. Junto al escritorio había varios armarios, cuadros en las paredes de roble oscuro y en la repisa de la chimenea una fotografía enmarcada. Kim se acercó a la fotografía, había algo que le llamó la atención.

Era una antigua fotografía, ampliada de alguna instantánea muy pequeña, a juzgar por el grano que mostraba. Era de un hombre, una mujer y un niño pequeño, todos con ropa de abrigo y a sus espaldas se veía mucha nieve.

Sin que nadie se lo dijera, Kim comprendió que se trataba del Bryce y sus padres. No pudo apartar sus ojos de ella, observando todos los detalles con interés. Quien quiera que hubiera tomado esa fotografía había conseguido captar un brillo de desesperación en los ojos de la mujer. Quizá eso era todo lo que tenía Bryce que le recordara su pasado. Kim se alejó, sin poder apartar de su mente aquella fotografía, sabía que nunca podría olvidarla.

Al entrar en la cocina, Gordon y Bryce se estaban riendo. Gordon se volvió hacia ella.

—Estamos escogiendo un menú para la cena. Ven y ayúdanos decidir antes de que te vayas a cambiar de ropa. Hemos pensado hacer pollo frito.

—No me importa. ¿Quién va a cocinar?

—Yo. ¿Por qué crees que nos reíamos? Bryce duda que pueda

hacerlo.

Kim se sonrió.

—Estoy segura de que lo harás muy bien. Cualquier cosa me dejará satisfecha, en realidad no tengo mucha hambre —miró a Gordon y añadió—: Mi abuela te manda muchos saludos y dice que le escribas cuando puedas. Si me disculpáis, subiré a cambiarme.

No quería permanecer más tiempo allí, aunque no sabía por qué.

—Cuando bajes ya tendré preparado el café —le dijo Gordon.

Cuando subía la escalera oyó otra vez el teléfono y se detuvo un instante, pero Bryce no la llamó.

Después de bañarse y cambiarse, bajó a la cocina. Bryce le dio una taza de café.

—Pearl acaba de llamar por teléfono para preguntar si queremos ir a una fiesta en su casa el jueves. Si no deseas ir…

—¿Por qué no? —preguntó, con indiferencia—. Siempre y cuando estéis atentos para rescatarme si lo necesito.

—Creo que Jeanne y Leo también irán —añadió él.

Ella levantó la vista y se encontró con su mirada.

—Me imagino que les extrañaría si rechazamos la invitación, ¿no crees? El único problema es que mi pelo está hecho un desastre de tanto nadar… ¿hay algún salón de belleza en el pueblo? Bryce frunció el ceño.

—No lo sé, pero Ann regresará antes de esa fecha… ella sabrá, si no…

—Me lo arreglaré yo.

—Tu pelo siempre lo veo muy bien —intervino Gordon.

—¡Vaya, gracias, bondadoso caballero! —Kim se rió y sin mirar a Bryce, añadió—: El otro problema es que, aunque traje un vestido largo, es blanco y muy sencillo… quizá no sea lo apropiado.

—Ve a buscarlo y tráelo —le sugirió Gordon—, podemos verlo.

—Muy bien, pero si vamos a dar también una fiesta no podré usar el mismo traje. Lo haría, pero como tu prometida no sería apropiado, no sé si me comprendes.

Bryce sonrió ligeramente.

—Es un problema que podremos resolver cuando se presente.

—Iré a buscar el vestido —contestó Kim.

Lo sacó del armario y siguiendo un súbito impulso, se quitó la ropa que llevaba puesta y se lo puso. La tela blanca se ajustaba a su cuerpo y realzaba el bronceado de su piel. Era un vestido de corte muy sencillo, muy recto, con tirantes delgados y escotado. Se subió la cremallera y bajó lentamente la escalera, levantando la falda, que arrastraba cuando no llevaba zapatos puestos.

Sabía que le quedaba bien, pero no estaba preparada para la reacción de los dos hombres cuando ella entró en la cocina.

—¡Cielos! —exclamó Gordon, dejando escapar un silbido—. ¡Qué bien estás! Bryce la observó y durante un instante Kim vio algo extraño en sus ojos, pero desapareció rápidamente. Después hizo un gesto afirmativo.

—Sí, así está bien. ¿Tienes joyas, Kim? Ella se sonrió.

—Cosas de fantasía… ya sabes, esas cosas baratas… no podría ponérmelas aquí.

—¿Quieres esperarme un momento? Te enseñaré algo.

Se produjo un breve silencio cuando él salió. Después, Gordon le dijo afectuosamente:

—Estás preciosa, Kim, es la única forma en que me es posible describirte.

—¿Crees que pueda competir con los vestidos elegantes que habrá en la fiesta?

—Sí, ya sé que habrá vestidos elegantes, pero tienes algo que falta a todas ellas.

Kim se rió.

—¡Sigue! ¿Qué es? ¡Pronto me dirás que debería trabajar como modelo!

—Búrlate si quieres. Tienes una frescura natural que ninguna cantidad de dinero, maquillaje o vestido elegante puede conseguir. ¡Créeme, Kim, eres preciosa! Ella le dio un beso en la mejilla.

—Casi haces que me lo crea cuando lo dices así, pero no me engaño. No tengo un aire mundano como el de Jeanne y nunca le tendré…

—¿Y quien quiere eso? Yo las conozco a todas y créeme que te prefiero.

—Y Bryce —le dijo, en voz muy baja por si regresaba—. ¿Qué me dices de él? ¿Haré un buen papel como su prometida?

—Sí, lo he visto en su rostro cuando has entrado en la habitación.

—Él me odia, nos odiamos.

Gordon la miró.

—¿Sí? ¿Es así? Yo no diría tanto, pequeña, sino que tenéis unas personalidades muy fuertes que chocan. ¿Y quieres que te diga algo? Haríais una magnífica…

Se detuvo de pronto, ya que en ese momento se abrió la puerta y entró Bryce, con una pequeña caja hecha de palo de rosa. La dejó cuidadosamente en la mesa de la cocina.

—Vamos a ver si hay algo aquí que te venga bien —le dijo,

mientras la abría.

—¡Cielos! —exclamó Gordon.

Kim se quedó mirando la caja. Era como la cueva de Aladino en miniatura, un brillante surtido de broches, collares, brazaletes y pendientes, todos revueltos dentro de la caja forrada de terciopelo azul. Bryce vació el contenido sobre la mesa.

—Veamos —dijo, y cogió un collar de diamantes—. Pruébate éste.

Kim lo cogió con gran cuidado.

—No es… no puede ser… —empezó a decir.

—¿Auténtico? Sí, lo es. Déjame ponértelo, por favor.

Sintió sus manos frías en la nuca mientras lo abrochaba. Kim se llevó la mano al cuello como si quisiera asegurarse de que era cierto.

—Pendientes que hacen juego con él… y un brazalete.

Kim se puso el brazalete y después los pendientes.

—¿Puedo mirarme en mi espejo? —preguntó Kim.

—Por supuesto… espera un momento —respondió; mientras buscaba algo—. Siendo mi prometida debes llevar un anillo en la fiesta. Creo que hay tres aquí y supongo que alguno de ellos te servirá.

Bryce puso los tres anillos en la palma de su mano y Kim cogió uno. Era un anillo de oro, con un magnífico diamante montado. Le quedaba tan bien que parecía hecho para ella.

—Tienes buen gusto —dijo Bryce, mientras miraba a Gordon—. Vale más que todo lo demás.

Kim sintió un escalofrío.

—¿Estará seguro? —preguntó al fin—. Si lo pierdo…

—¿Perderlo? Te queda bien, ¿no es así? Lo llevarás por la noche y después lo guardaremos otra vez en la caja de seguridad con lo demás.

Kim extendió la mano y contempló el anillo. Sintió algo que la inquietó un poco.

—Entonces lo usaré —fue todo lo que le dijo—. ¿Puedo ir a mirarme en el espejo?

—Sí.

Ya en la habitación, se miró en el gran espejo y pensó: «¡Me estoy volviendo vanidosa, ese es el problema!». Nunca, en toda su vida había experimentado esa sensación tan maravillosa. Después se quitó todo, exceptuando el collar de diamantes que le había abrochado Bryce y que no pudo quitárselo.

Bajó otra vez a la cocina, llevando las joyas en la mano.

—¿Quieres quitarme el collar, por favor? No puedo hacerlo sola —le dijo a Bryce.

Él se acercó a ella. Kim pudo sentir su respiración sobre la piel y el corazón empezó a latirle con fuerza, sin saber por qué, sintiendo que él estaba cerca… demasiado cerca.

—¿Pu… puedes desabrocharlo? —le preguntó, haciendo un gran esfuerzo para mantenerse tranquila.

—Está difícil… lo siento… —después de un momento, añadió—. Espera, sí, ya lo tengo.

Durante unos instantes le pareció como si sus dedos le acariciaran la nuca. Ya no los sentía fríos, sino ardientes… cariñosos.

Nada más quitarle el collar, se separó bruscamente de él y le dijo a Gordon:

—Déjame ayudarte.

—Muy bien. La carne ya está cocida, la he puesto en el frigorífico. Por favor sácala y córtala en trozos pequeños.

Después de que Bryce salió con la caja, Gordon miró a Kim, sonriéndole.

—Ya sé, la siguiente pregunta será… ¿qué hace con todas esas joyas?

—No iba a… bueno, la verdad es que sí. ¿Qué hace con todo eso?

—Inversiones, pequeña, es mucho mejor que el dinero. Además, si alguna vez se casa, ¿no crees que su mujer será una joven afortunada? Kim no respondió a su pregunta.

—Desde luego que son preciosas, me he quedado maravillada cuando me ha puesto esos diamantes. En realidad nunca me han gustado las joyas, pero durante unos momentos me he creído una reina.

—Parecías una princesa de un cuento de hadas —le sonrió—. No, de verdad, ninguna de ellas podrá competir contigo. Tengo ganas de ver la expresión de Jeanne cuando…

—¡Oh, Gordon, por favor, no digas eso! Odio engañar a nadie y eso será lo que estaré haciendo. No sé, parece como si algo estuviera fuera de control… —su voz se desvaneció y se mordió el labio.

—¡Vamos, jovencita, vamos! ¡No pienses en eso! ¿A quién le haces daño con esto? Contéstame, no estamos hiriendo a nadie y debes ser práctica. Esta búsqueda que hacemos es secreta y debe permanecer así. ¿Puedes imaginarte lo que sucedería si se supiera que Bryce tiene una joven aquí sin decírselo a nadie? ¡Jeanne

habría venido en seguida y junto con ella quizá una o dos más, y ya te puedes imaginar las especulaciones! Si decimos que eres su prometida, nadie seguirá investigando. Ninguno se imaginará la verdadera razón por la que estás aquí. ¿No te das cuenta?

—Sí… pero… —se encogió de hombros—. Me imagino que tienes razón; siempre tienes razón. Además, me alegro de estar aquí contigo.

—Yo también, querida, yo también.

Capítulo 7

Ya había quedado bien establecida la rutina del trabajo y Kim comprendió que Bryce estaba muy satisfecho con su ayuda. Lo sabía porque Gordon se lo había comentado. Ese jueves, después del trabajo de la mañana, cuando regresaban a casa, Bryce le comunicó:

—Dejaremos esta tarde libre para que te puedas preparar para la fiesta de esta noche.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso? Pensaba que todas las tardes…

—Supongo que querrás arreglarte el pelo…

—Eso no me llevará mucho tiempo, la fiesta no empezará hasta las nueve y media y yo puedo estar lista en una hora… quizá menos…

Al ver la expresión de sorpresa de su rostro, Gordon intervino.

—Lo que Kim quiere decir… al menos eso creo… es que ella está acostumbrada a arreglarse en muy poco tiempo. ¿No es así, Kim? Ella se rió.

—Más o menos. No te preocupes Bryce, no te haré quedar mal. Sería imposible con todas esas joyas puestas.

—No. De todas maneras tendremos la tarde libre. ¿Le preguntaste a Ann si hay un salón de belleza cerca de aquí?

—Sí, me dijo que no hay. Yo misma me lo arreglaré, tengo champú y todo lo que necesito. Además, por desgracia, mis rizos son naturales.

Gordon se rió.

—Creí que eso era mejor.

Ella le hizo una mueca.

—Normalmente sí, pero es imposible tener un aspecto majestuoso con el pelo rizado.

Lo que quiero decir es que todas las demás se harán elegantes peinados, mientras que yo pareceré una pequeña Shirley Temple.

—¡No exageres! Estás muy bien así… creo que dices todo esto para que te alabemos.

—Eso no es cierto. ¡Los hombres…! ¡No comprendéis nada! —

exclamó, indignada.

Se alejó, entrando antes que ellos en la casa. No vio la mirada que intercambiaron los dos hombres.

* * *

Llamaron a la puerta cuando estaba lavándose el pelo en el baño.

—¿Quién es? —preguntó Kim.

—Soy yo, señorita, Ann. Traigo un secador de pelo por si lo necesita.

—Pasa, Ann, en este momento estaba pensando que necesitaba uno.

Ann lo dejó sobre la cama y cuando Kim salió del baño, con una toalla enrollada en la cabeza, le sonrió.

—Siéntese y la ayudaré a secárselo. También tengo rizadores, aunque no creo que quiera usarlos, su pelo ya está bastante rizado.

Kim hizo una mueca.

—Sí, en este momento me gustaría no tener todos esos rizos.

Ann se rió.

—¿Le gustaría que fuera un poco más liso? Eso no es problema. Tengo con qué arreglarlo y si quiere lo intentamos.

—¿Quieres hacerlo? ¿Tienes tiempo?

—El señor Drovnik me dijo que debía hacer todo lo que usted quisiera. Voy a buscarlos y regreso enseguida.

Ann volvió y durante la siguiente hora trabajó afanosamente mientras charlaba… Kim, sin aparentarlo, aprovechó para conocer otras muchas cosas sobre Bryce, que la ayudarían a configurar una imagen de ese hombre. Ya tenía muchas notas, guardadas en su maleta, y podría preparar muchas más.

Ann hizo todo lo que pudo, y cuando terminó, Kim se miró en el espejo y le sonrió.

—Me gusta mucho, aunque no sé cómo lo has conseguido, muchas gracias, Ann.

—Ha sido un placer. Ahora la ayudaré a vestirse, señorita.

Kim miró el reloj.

—Muy bien, voy a sacar el vestido, también tengo unos zapatos blancos que harán juego. Mientras los busco, ¿querrías ir a ver al señor Drovnik y preguntarle si puede darme el collar y las demás cosas? Me va a prestar algunas joyas porque el vestido es demasiado sencillo.

—Iré en seguida, señorita. Él me había dicho que le avisara cuando ya estuviera lista.

Kim extendió el vestido sobre la cama, sacó los zapatos y colocó

a un lado el bolso de mano. Ann volvió en seguida.

—¡Oh, señorita, casi no me he atrevido a traerlas! ¡Tenía miedo de dejarlas caer! Ann colocó las fabulosas joyas en el tocador y retrocedió un poco para admirarlas.

—Son encantadoras, lo sé. Creo que será mejor que me vi.

Kim recogió el vestido y se lo entregó a Ann.

Al fin estuvo lista. El pelo bien peinado, los labios bien pintados y las joyas puestas, todo perfecto.

—¡Cielos, señorita, está muy bien!

—Gracias, Ann. ¡No me siento como si fuera yo misma! —le sonrió.

Ann se rió mientras la contemplaba.

—No se preocupe, usted es usted, suceda lo que suceda.

Kim pensó que había sido un comentario muy profundo. «Yo soy yo», se repitió varias veces, y aunque estuviera engañando a los demás, nada podría cambiar ese hecho… ¿Por qué debía preocuparse? En pocas semanas, cuando recordara todo aquello, pensaría que había sido un episodio divertido.

—Me acordaré de eso, ya te contaré cómo ha sido la fiesta —respondió, contenta.

—Sí, por favor, hágalo. ¿Bajamos ya? Creo que los caballeros la esperan. Están en la sala tomando una copa y me han dicho que le avisara para que se reuniera con ellos si lo deseaba.

—Muchas gracias por todo Ann.

Abrió la puerta de la sala y entró. Gordon estaba al lado de las bebidas y Bryce estaba sentado junto al fuego, acariciando al gato. Cuando la oyó entrar se volvió ligeramente y, al verla, se levantó. Ella se quedó impresionada al verle con su traje de etiqueta negro.

—Te veo perfecta, Kim —le dijo.

—Querrás decir preciosa —añadió Gordon, y le preguntó a Kim —: ¿Qué deseas… jerez, martini… u otra cosa?

—Un martini, por favor.

—O Gordon o yo estaremos todo el tiempo junto a ti, es una promesa —aclaró Bryce.

—Si Karl se encuentra allí, necesitaremos hacerlo —dijo Gordon, muy serio, y Bryce le miró.

—¿Karl? —frunció el ceño—. No me molesta su presencia.

Bryce se rió, una risa con muy poca alegría.

—Es cierto. Eso quiere decir que no tendremos que darle la oportunidad, ¿no te parece?

—¿Quién es Karl? —preguntó Kim.

—Un calavera… un conquistador de mujeres… no es el tipo de

persona a la que quieras conocer.

Kim abrió los ojos, sorprendida.

—Me parece interesante.

Cogió la copa que le ofrecía Gordon, dándole las gracias, y sin saber por qué, añadió:

—Me parece que no te agrada, Bryce.

—No —respondió cortantemente y miró su reloj—. Nos iremos cuando te acabes la copa. Llegaremos allí sobre las diez y nos iremos a la una, será suficiente, ¿estás de acuerdo Gordon?

—Sí, ya me conoces, no me gustan las fiestas. Cuanto antes regresemos mejor.

Kim terminó de beberse el martini.

—Ya estoy lista, ¿nos vamos? Cogió su abrigo y Bryce la ayudó a ponérselo.

—Gracias —le sonrió.

—Ha sido un placer —le contestó con suavidad, y se dirigió hacia la puerta.

Habría alrededor de unas cincuenta personas en la fiesta y Kim, después de su tercera copa de champán, se sentía mareada. Cumpliendo su palabra, Bryce no se había apartado de su lado un solo instante y fue el acompañante perfecto, siempre atento, encantador…, un hombre diferente de aquel que casi la había chantajeado para obligarla a quedarse.

Volviéndose hacia él, le dijo, con una sonrisa encantadora:

—Mi copa está vacía, he decidido que ésta es la vida que me agrada.

—¿Así que lo has decidido? —le dirigió una mirada cínica—. ¿No será que has bebido demasiado?

—¿Qué quieres decir? Este es tu mundo, ¿no es así?, ¿no te gusta? Cuando pasó un camarero, él cogió otra copa y se la entregó a Kim.

—Éste, desde luego, no es mi mundo —le respondió—. Ni tengo el menor deseo de que lo sea. Estas personas no son mis amigos, son conocidos.

La música estaba muy alta y nadie podía escuchar lo que decían. Tanto Kim como Bryce mostraban una expresión satisfecha, como si estuvieran divirtiéndose, por lo que todos se imaginaron que deseaban estar solos y así los dejaron… aunque siempre observándolos.

Kim se dio cuenta de por qué los miraban tanto, al ver la imagen de ellos reflejada en un gran espejo.

«Es porque formamos una pareja ideal», pensó. «Parecemos…

parecemos enamorados». El pensar eso sobre el hombre al que odiaba la inquietaba y la hacía sentirse mal. Temiendo que pudiera leer sus pensamientos, le dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿A dónde has ido esta tarde? Él la miró y durante un momento, su mirada fue dura.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por cambiar de tema, es evidente que no vamos a ponernos de acuerdo sobre tus amigos.

Kim estaba mareada. Le dirigió una radiante sonrisa y se bebió la mitad del contenido de la copa de champán de una sola vez.

—Fui a ver a… algunos amigos, verdaderos amigos.

La expresión sombría del rostro de él despertó la curiosidad de Kim. Pensó que se trataría de una mujer y eso le hizo sentir una emoción tan intensa que tuvo que hacer un esfuerzo para que él no se diera cuenta.

—Y no quieres hablarme de eso. Ya veo —con voz dulce, añadió —: Bueno, querido, ¿no te parece que será mejor que circulemos antes de que se nos acaben las sonrisas… o que empecemos una pelea como sucede siempre que hablamos durante un rato? Después se rió tan fuerte que muchos se volvieron para mirarla.

—Como desees, querida. Vamos a, como tú dices, circular. Me parece que nuestra anfitriona desea charlar con nosotros y, además, Jeanne está mirándonos.

—Sí —susurró—. ¿Es Karl con el que está hablando ella? Parece que le agrado.

Un hombre rubio y alto, con ojos maliciosos, la había estado mirando.

—¿Eso crees? ¿Cómo lo sabes? Kim le miró.

—¡Cielos, cualquier mujer sabe cuando le gusta a un hombre…! —Tenía hipo—.

Discúlpame… querido. ¡Ya sabes, el champán!

—Es mejor que no hables con él —le recomendó Bryce, cogiéndola por el brazo.

—¿Es una orden?

—Si lo quieres tomar así… ¡sí!

—Las únicas órdenes que me puedes dar son debajo del agua — dijo ella con suavidad, y al ver que estaban junto a su anfitriona exclamó—: ¡Oh, Pearl, que fiesta tan encantadora!

—¿Estás disfrutando, querida? ¡Cuánto me alegro! Todos estaban locos por conocerte

—la cogió del brazo—. Ven conmigo para presentártelos, Bryce… ¿quieres disculparnos un momento, querido?

—Por supuesto. ¿Quién podría negarte algo? —le preguntó sonriendo.

Kim comprendió que estaría vigilándola como un halcón. Recordó los vivaces ojos azules de Karl, la forma en que la había mirado… no una vez, sino varias. «¡Le voy a enseñar a no darme órdenes!» El champán se le había subido a la cabeza y sonrió mientras le presentaban a los invitados. De repente se encontró hablando con Karl. Jeanne, al ver a Bryce solo, se dirigió inmediatamente hacia él.

Ya le habían besado la mano, pero nunca con tanta desenvoltura.

—¿Por qué hemos tenido que conocernos tan tarde? —le dijo Karl, mientras le guiñaba un ojo a Pearl, indicándole que sólo estaba bromeando—. Al ver entrar a Kim en el salón, aumentó la opinión que tenía sobre el buen gusto del amigo Drovnik.

En ese momento se dio cuenta del anillo que Kim llevaba en el dedo y ella notó un ligero cambio en su expresión. Muy sutil, pero se había producido.

Pearl parpadeó, preocupada, al decirle:

—Vamos, Karl, eres el más grande de los aduladores, ya lo sabemos, ¿qué pensará Kim? La joven sabía bien lo que pensaba. Había mucho de artificial en aquel hombre… no le gustaría encontrarse a solas con él. A pesar del encanto que tenía, reflejaba demasiada vanidad. Se podía notar en cada movimiento que hacía, en todo lo que decía y, sorprendida se dio cuenta de que le agradaba todavía menos que su supuesto prometido.

Al volverse vio que Jeanne le estaba diciendo algo al oído Bryce y de repente toda la fiesta perdió interés. Sin embargo, todavía faltaban dos horas para que pudiera irse sin llamar la atención por lo que sonrió calurosamente a Pearl y a Karl cuando él le preguntó:

—Estoy seguro de que Kim es demasiado feliz con su prometida para tomarme en serio.

¿No es así, Kim?

—Sí, es así. ¿No ha traído a ninguna amiga con usted? —le sonrió.

—¡Pobre de mí, nadie me quiere! —exclamó, fingiendo desesperación.

En ese momento llegó otra pareja y cambiaron de tema. Kim aprovechó para escaparse con la disculpa de que creía que Bryce le había hecho un gesto llamándola. Les dejó charlando y atravesó el salón para reunirse con él. Gordon estaba con Jeanne y Bryce, y le pasó el brazo por los hombros, diciéndole en voz baja:

—¿Todo bien, cariño? —Sí, gracias, Gordon, me estoy divirtiendo mucho. ¿Y tú, querido? —le dijo a Bryce, recalcándolo, al mismo tiempo que le dirigía una dulce sonrisa a Jeanne.

—Lo estoy pasando muy bien —contestó Bryce.

—He oído hablar mucho de tu fantástico anillo, Kim. ¿Puedo verlo? —le dijo Jeanne.

—Por supuesto.

Kim extendió la mano hacia ella.

—¡Ah, sí! Es precioso. Sin embargo, no lo llevas siempre.

Bryce, enseguida, contestó:

—No, el otro día no lo tenía, lo llevé a achicárselo un poco, Kim tenía miedo de perderlo.

¡Con qué facilidad mentía!, pensó ella. En ese momento, Gordon vio que su copa estaba vacía y se la quitó, dándole rápidamente otra.

—No creo que…

Gordon la interrumpió.

—¡Tonterías! Esto te viene bien.

—Ya he bebido demasiado, de verdad que sí.

Sabía que tenía que conservar la mente clara. No podía tener ningún fallo, no podía decir nada que pudiera levantar sospechas sobre los motivos por los que realmente estaba allí, pero al ver que Jeanne cogía otra copa de champán, pensó: «¡Oh, qué demonios! No soy una niña…» y se llevó la copa a los labios, tranquilizada por el hecho de que Bryce y Gordon estarían siempre a su lado para cuidarla, para asegurarse de que todo fuera bien. Ahí fue donde cometió un gran error.

Cuando se despertó, sabía que había sucedido algo terrible, pero no podía recordar lo que había pasado. Le dolía la cabeza terriblemente y le era imposible pensar. En ese instante comprendió por qué se había despertado, alguien estaba llamando a la puerta.

—Adelante —dijo al fin.

No fue Ann la que entró sino Gordon, con una taza y un plato.

—¡Oh, Gordon! —Kim se sentó en la cama—. He estado tratando de recordar algo, pero no puedo, me duele mucho la cabeza. Tengo el terrible presentimiento de que ha sucedido algo espantoso…

—Toma un poco de café, querida… ¿Puedes? Muy bien.

Gordon se sentó en el borde de la cama y después le sonrió. Ella conocía esa sonrisa.

—¿Gordon? ¿Qué ha pasado? —susurró, y bebió un poco del café.

—No sé si podrás soportarlo todo en el estado en que te

encuentras.

—Gordon, por todos los cielos… —dijo, e hizo un gesto de dolor —. ¡Oh, mi cabeza!

—¡Pobre niña! Espera un momento, iré a buscar un par de aspirinas. ¡No te muevas! —

se dirigió hacia la puerta y salió.

Lo único que podía recordar se relacionaba con Karl y se sintió consternada cuando poco a poco empezó a aclarársele la mente. Era sobre Karl… Bryce… y ella. Frunció el ceño por el esfuerzo que costaba recordar lo que había ocurrido. En ese momento entró Gordon con las aspirinas.

—Estoy empezando a recordar algo, aunque todo está un poco nublado. ¿Se relaciona con Karl, verdad?

—Así es. Te lo contaré y así lo recordarás todo. ¡Qué fiesta resultó! —exclamó, moviendo la cabeza con lentitud.

—Te prevengo que… —empezó a decir ella, pero él levantó la mano, interrumpiéndola.

—Está bien, querida. Empezaré desde el principio. Te sentiste un poco mal… quizá haya sido culpa mía por haberte hecho beber champán… me susurraste que ibas a buscar un sitio tranquilo donde sentarte cinco minutos… y después saliste.

Gordon se rascó la cabeza, pensativo.

—Entonces, poco después, Bryce, a quien Jeanne había mantenido todo el tiempo arrinconado, se las arregló para librarse de ella y me preguntó dónde estabas. Entonces se dio cuenta de que Karl había desaparecido también y me dijo: «voy a buscarla», salió dejándome con Pearl, Elmer y unos cuantos más. Tuve la sensación de que algo andaba mal, me disculpé y los dejé hablando; salí, después subí la escalera y… —se detuvo.

—¿Sí? ¡Oh, Gordon… estoy empezando a recordar! ¡Oh! —Kim se llevó una mano a la boca.

—¿Sí? Cuéntame qué sucedió antes de que yo entrara en la habitación y después te lo seguiré contando.

—Fui al cuarto de baño, quería encontrar una habitación tranquila en la planta baja donde hubiera un sofá o algo para descansar un rato. Vi ese dormitorio, con una cama encantadora, y pensé… «cómo me gustaría poder tumbarme cinco minutos». Por lo tanto entré, me quité los zapatos y me acosté—. Kim se detuvo y terminó el café—. ¡Oh, Gordon, lo que sucedió después fue terrible!

—Ya me lo imagino. Karl te encontró allí, ¿verdad? —le preguntó con suavidad.

—Sí, seguramente me quedé dormida y soñé que ese hombre me

besaba y abrí los ojos… ¡y allí estaba él, Karl! Después empezó a decirme cosas como que había estado esperando a que yo saliera, que sabía que yo sentía lo mismo por él… —se detuvo, horrorizada—. ¡Gordon, él pensaba que yo estaba loca por él!

—No te preocupes querida, él siempre cree que todas las mujeres lo están. ¿Puedes contarme lo que sucedió después o prefieres no hacerlo?

—No, ahora ya lo recuerdo todo con claridad. Traté de apartarle de mí… entonces observé que había cerrado la puerta y me asusté, no te puedes imaginar lo asustada que estaba.

Es muy fuerte y cuanto más luchaba se ponía peor… como un animal… —se estremeció al recordarlo.

Gordon le acarició la mano.

—Está bien, querida, no sigas.

Kim hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Continuaré. En ese momento se abrió la puerta y entró Bryce —miró a Gordon antes de seguir—. Nunca he visto a alguien tan furioso. Se acercó… cogió a Karl y lo lanzó al otro extremo de habitación.

—En ese momento fue cuando llegué yo —añadió Gordon—, y vi lo que sucedió después. Habría sido inútil tratar de detenerle.

—Pensé que iba a matar a Karl, estaba aterrorizada.

—Yo también, nunca había visto nada así, gracias a Dios no lo hizo. Karl es duro… pero no tenía la menor oportunidad. ¡Vaya si he visto peleas en mi época, pero ésta era de campeonato!

—Gordon, no sé cómo puedes bromear sobre esto…

Kim se estremeció al hablar.

—No estoy bromeando, querida, cualquier hombre que haga lo que él hizo se merece lo que le ocurrió. ¿Qué piensas que te hubiera sucedido? Bryce le dio la lección que necesitaba.

—Pero… los problemas que debo haber ocasionado… una pelea en casa de otra persona… quiero decir, cuando Pearl y Elmer y todos los demás subieron… —se recostó y cerró los ojos.

—Les dará que hablar por varias semanas. ¿No te das cuenta? Puede que todos sean muy ricos, pero viven en un mundo muy pequeño. Ese es el motivo por el que siempre están dando fiestas… les permite hacer algo.

—Ellos pensarán que yo… —se mordió el labio.

—¿Que le habías dado motivos a Karl? No, porque cuando saliste yo le dije a Pearl que te dolía la cabeza y que buscabas un sitio donde tumbarte un poco. Ella se preocupó mucho y quiso ir contigo. En ese momento no me di cuenta de que Karl, con toda

seguridad, nos había escuchado. No tienes por qué preocuparte, ella deberá conocer la verdad.

—Pearl es bastante chismosa, Bryce dijo que… —cerró los ojos cansada—. ¡Oh, Gordon, me siento muy mal!

—Ella conoce bien a Karl, pequeña, todos le conocen. Él se ha estado buscando esto desde hace mucho tiempo. ¿Crees de verdad que alguien puede pensar que le diste motivo, cuando vieron que todo el tiempo estuviste con Bryce? ¡Olvídalo! Se dio cuenta de que él trataba de tranquilizarla, pero por algún motivo seguía inquieta, había algo que no podía comprender.

—Será mejor que me levante, pronto iremos a bucear y debo prepararme.

Intentó levantarse.

—Esta mañana no, no estás en condiciones de hacerlo… lo sabes bien —le dijo con cariño.

—Pero… —le miró—, no puedo…

—Sí puedes y lo harás, Bryce me ha enviado para que te lo dijera. La búsqueda se cancela esta mañana, tienes que permanecer en la cama hasta que se te pase la resaca.

—Yo no tengo ninguna… ¡Ay! No es más que un fuerte dolor de cabeza.

—Sea lo que sea, no puedes bucear así. Ahora te dejaré descansar.

Se levantó, recogió la taza y se dirigió hacia la puerta. En ese momento, Kim le preguntó:

—Gordon, ¿salió Karl muy… muy herido?

—Esperaba que no me hicieras esa pregunta —le sonrió—. Sólo estaba bromeando… tendrá unas magulladuras durante una semana más o menos, pero el daño mayor lo sufrió su ego.

—¿Y Bryce?

—Ni una sola marca… bueno, quizá una ligera magulladura en el rostro. ¡Cielos, qué luchador! Y yo que pensaba que era pacífico.

—Espera… no te vayas.

Recordó algo que le había estado molestando desde la fiesta… aunque no podía comprender el motivo.

—Gordon, ¿sabes que Bryce salió ayer por la tarde…? ¿A dónde fue?

—Eres una entrometida… ¿lo sabías?

—Sí, dímelo, por favor.

Le miró con esa expresión suplicante que en el pasado siempre le había dado buenos resultados. Él regresó despacio hasta la cama y le sonrió.

—Te sorprenderás cuando te lo diga… y te asesinaré si se lo dices a alguien.

—Te lo juro —le prometió.

Se le habían acelerado los latidos del corazón, había algo en su voz, algo que no comprendía.

Él se sentó en el borde de la cama.

—Fue a un hospicio.

—¿Qué? —preguntó—. ¿A un hospicio? No…

—Ya te he dicho que te sorprenderías, nadie más lo sabe por aquí. Es suyo. Quiero decir que él lo mantiene, lo sostiene, y debe costarle una barbaridad.

Ella se quedó observándole.

—¿Para huérfanos?

—Sí, hay algunos que viven allí permanentemente, de otros países… de familias de refugiados, de todo tipo.

—No puedo creerlo. ¿Y él no se lo ha dicho a nadie?

—No.

—¡Oh, Gordon! —dejó escapar un enorme suspiro—. Me pregunto por qué.

En ese momento recordó la fotografía. Pensó en la mirada de aquellos ojos… la mirada de desesperación… y comprendió la razón, al menos en parte.

—Estoy pensando escribir un artículo sobre Bryce.

—¡Qué! —se levantó bruscamente—. ¡Dios, no te lo habría dicho si lo hubiera sabido! —No te preocupes… no pondré eso en el artículo, aunque habría ayudado a completar la imagen.

—Escúchame, Kim, no lo hagas. Se enfurecerá si lo sabe…

—Pienso enseñárselo antes, de verdad.

—Si yo estuviera en tu lugar me olvidaría de ello, te dirá que no. Conozco bien a Bryce, créeme. En todo lo que se relaciona con su vida privada Howard Hughes es un verdadero extrovertido en comparación con…

—No comprendes, su historia será fascinante, ¿no te das cuenta?

—Desde tu punto de vista, como periodista, sí lo comprendo, pero también veo el de él.

Lo siento, querida, conozco a Bryce mejor que tú y mi consejo es… que lo olvides. Vas a pasar muchas horas escribiendo esta historia y cuando él la vea la hará pedazos…

No se habían fijado en la puerta ni habían oído el más ligero ruido hasta que oyeron la voz de Bryce.

—¿Qué es lo que haré pedazos, Gordon? Estaba en la puerta, imponente. Tenía un hematoma en la mejilla y estaba serio.

—¿Bien? ¿De qué se trata? ¿No podéis decírmelo? —y se quedó esperando.

Capítulo 8

Kim aspiró con fuerza y Gordon se volvió primero hacia Bryce y después hacia ella, pero antes de que pudiera hablar, lo hizo Kim.

—Estaba diciéndole a Gordon algo que pensaba hacer… y él me aconsejaba que no lo hiciera.

Se encogió de hombros con indiferencia, como si se tratara de un asunto sin importancia.

—Ya entiendo —miró a Gordon—. Tienes una llamada de Viena, por el teléfono de mi estudio.

—Gracias, Bryce.

Gordon ya iba a salir cuando se detuvo y miró a Kim. Ella le sonrió, tranquilizándole.

Después de irse hubo un momento de silencio, hasta que ella dijo:

—Siento haberte ocasionado tantos problemas anoche.

Bryce la interrumpió con un gesto de la mano.

—¿Qué es lo que voy a destrozar? ¿Una historia… sobre mí? Seguramente había escuchado más de lo que ellos habían creído. Kim se mordió el labio, sintiéndose indefensa, sentada en la cama.

—Fue una idea que se me ocurrió —respondió, con un ligero tono de desafío—. Pensé que la historia de tu vida podría convertirse en un artículo interesante.

—Harías muy bien en seguir el consejo de Gordon… olvidarte de ello.

Sus ojos eran sombríos y amenazadores. No parecía enfadado, todavía.

—Pensaba enseñártelo…

—¿De verdad? —se rió—. ¿Esperas que te crea?

—Sí —le miró furiosa—. Nunca digo mentiras.

—Eres periodista, ¿no es así? —le dijo con desdén.

Eso la hirió en lo más profundo.

—Quisiera vestirme, si no te importa —continuó, molesta—. No puedo hacerlo mientras estés aquí, así que, por favor, ¿quieres salir?

—Me quedaré aquí hasta que me asegures que olvidarás esa

tonta idea.

—¿Es una amenaza?

—Si lo quieres tomar así… sí —se encogió de hombros.

—¿Por qué tienes tanto miedo de que escriba algo sobre ti?

—Porque mi vida es mía, y no para que tú escribas sobre ella. Ese es el motivo, señorita Kim Dalby.

Kim sintió que le odiaba. Si supiera las notas que tenía en su bolso… —dirigió una mirada rápida hacia donde estaba el bolso. Él siguió la dirección de su mirada y vio el bolso.

—¿Así que ya has empezado a escribir? —le preguntó suavemente, y se dirigió hacia donde estaba el bolso.

—¡No! —le gritó—. ¡No te atrevas! Saltó de la cama, sin pensar en ninguna otra cosa más que en no permitirle tocar sus cosas.

Él lo cogió, manteniéndolo lejos de su alcance.

—Dámelo.

—¿Has creído que lo abriría? Te lo iba a dar para que lo abrieras y sacaras las notas…

Trató de arrancarle el bolso de las manos, pero él era demasiado alto. Kim pudo ver en sus ojos algo distinto, ¿burla ante su incomodidad? Furiosa, le cogió del brazo, tratando de que lo bajara. Él la sujetó con la otra mano.

—¡Ah, traviesa! ¿No te han enseñado que no está bien arañar?

—¡Bestia! ¡Dame mi bolso en seguida!

—Cuando dejes de comportarte como una niña lo haré. Ponte la bata y siéntate.

Ella se la puso y se sentó en la cama. Entonces él le entregó el bolso.

—Así está mejor. Ahora, por favor dame todo lo que hayas escrito sobre mí.

—¿Y si me niego?

—Preferiría que no lo hicieras. Preferiría no tener que utilizar la fuerza para registrar el bolso, es tuyo pero si tengo que hacerlo lo haré.

Ella abrió el bolso. Kim comprendió que de lo contrario él lo haría. Le entregó la libreta llena de frases y palabras sueltas y algunas notas en taquigrafía.

—Es todo lo que he hecho.

Él pasó rápidamente las páginas, buscando aquellas que tenían como título Bryce Drovnik y las arrancó. Después le devolvió la libreta.

—Gracias. Ahora quiero sugerirte que te olvides de estas ideas y te concentres en lo que tienes que hacer aquí, te aseguro que es

mucho más interesante que mi vida.

—Quizá, pero tampoco puedo escribir sobre eso, ¿no es así?

—Cuando se acabe todo, lo podrás hacer… si lo deseas. Además, será una historia en exclusiva.

Kim se sintió feliz, pero no podía permitir que él se diera cuenta de ello por lo que se encogió de hombros y le dijo:

—Está bien. ¿Puedo vestirme ahora?

—Por supuesto, aunque no vamos a bucear esta mañana.

—Eso me ha dicho Gordon, pero…

—Además, ya es demasiado tarde, son casi las once.

Se alejó, dirigiéndose hacia la puerta.

Molesta por el tono de su voz, ella añadió:

—Si no me hubieras hecho beber tanto champán habría estado bien.

Había sido una tontería decir eso y lo lamentó de inmediato. Él se detuvo junto a la puerta, la miró con dureza y le dijo, en voz baja:

—Me imagino que también me echarás la culpa de tu coqueteo con Karl, ¿no es así? Sin embargo, ya averiguaste lo que sucede cuando se juega con fuego…

—¡Un momento! —exclamó, enrojecida de ira—. ¿Qué quieres decir? ¿Piensas que yo…?

—Por favor, no es momento de explicaciones y, además, no estoy interesado.

—Será mejor que lo estés —se levantó y se acercó a él—. ¿Qué es lo que estás insinuando? ¿Que yo coqueteé con él?

—¿Crees que soy tonto?

—Estoy segura de que lo eres si puedes decirme una cosa como ésa. ¡Cómo te atreves!

—Eres una buena actriz, muy buena, y mientras estés aquí no habrá más fiestas.

—Por mi parte, encantada —replicó, tratando de recobrar la compostura—. ¡Aunque no sé quién nos va a invitar si andas por ahí peleando como si fueras un bravucón callejero!

—¿Un bravucón callejero? ¿Qué es eso?

—¡Oh, vete al diablo! —exclamó, y le dio la espalda, pero él la cogió por el brazo.

—Nunca te vuelvas cuando estés hablando conmigo. Qué has querido decir.

Kim levantó la vista hacia él y se fijó en el hematoma. Al verlo se sonrió ligeramente.

—Al menos te tocó algo.

—También le tocó a tu… admirador —replicó, con desprecio.

—Debes sentirte satisfecho. No creas que soy lo bastante tonta como para imaginar que te peleaste por mí, os odiabais y yo sólo fui la disculpa. Espero que te hayas justificado con Pearl.

—Por supuesto, siempre trato de comportarme como un invitado.

Al oírle empezó a reír, y él le soltó el brazo.

—¡Eso sí es divertido! ¿Así que aquí es normal tener peleas en las fiestas? Me alegro de no ir a ninguna más. Puedes arreglarte tus problemas con Jeanne más adelante, cuando yo no esté aquí… ¡aunque por lo que vi no tratabas de librarte de ella! En ese momento sucedió algo sorprendente. Bryce estiró la mano… y le tocó la mejilla, casi con cariño.

—Están ardiendo como el fuego, mi pequeña salvaje. ¿Estás así de ira… o de celos?

—¡Qué! —el contacto de su mano la inquietó más de lo que se atrevía a aceptar—.

¿Celosa yo? No me hagas reír.

—Entonces debe ser de ira, perdóname.

—¿Quieres salir de mi habitación?

—Quizá sea lo mejor.

Se quedó parado un momento, contemplándola, y ella no pudo comprender la expresión de su rostro, que la inquietó todavía más que su contacto. Después, sin decir otra palabra, Bryce se dio media vuelta y salió de la habitación.

Estaba dispuesta a demostrarle a Bryce que lo que había sucedido esa mañana no la había inquietado. Kim buceó esa tarde como nunca. Mientras nadaba pensó que en cualquier momento podrían encontrar el avión y se preguntó, no por primera vez, qué pensaba hacer Bryce con el tesoro cuando lo encontrara. ¿Guardarlo? Eso fue lo que creyó al principio, pero las palabras que le había dicho esa mañana en su dormitorio la hicieron pensar de nuevo.

Él le había autorizado a escribir sobre la búsqueda… si lo deseaba… más adelante. Si pensara evadir la ley, seguramente no se lo habría permitido. En ese momento él le hizo una seña, que le acelero los latidos del corazón. ¿Habría visto algo? Él le estaba enseñando el reloj de pulsera y después le hacía otro gesto con la mano, indicándole que debían ascender. Las dos horas habían pasado como si fueran minutos. Ascendieron muy despacio porque esa vez habían bajado a mayor profundidad que las anteriores. Hicieron una última pausa, cerca de la superficie del lago, y cuando

Bryce revisó la hora, le hizo una seña con el pulgar de que podían salir.

Bryce la ayudó a subir al bote.

—¿No ha habido suerte? —les gritó Gordon.

—Nada.

Bryce se alejó de Kim y ella se desabrochó el cinturón y se quitó las aletas.

Los dos hombres estaban hablando y la joven se quedó allí, sentada, descansando después de la agotadora actividad de las últimas dos horas. Comprendió que estaba tan interesada en aquel asunto como ellos y mucho más después de saber que podría escribir sobre aquella aventura.

Le hacía falta su cámara. Había una en el bote, una pesada cámara submarina con la que Bryce debería fotografiar los restos cuando los encontraran… si es que los encontraban. Se preguntó si él le permitía sacar algunas copias de esas fotos, pero decidió que el mejor momento para preguntarle sería entonces.

El ambiente no era nada favorable para pedirle un favor. El desagrado que sentía el uno por el otro era evidente, pero al mismo tiempo había algo muy cierto: la vida no había tenido nunca interés tan grande para ella, como desde que había llegado allí. Incluso en sus trabajos más interesantes, cuando estaba detrás de alguna historia fascinante, algo le había faltado. Sin embargo, allí… desde que vivía en la casa de Bryce, Kim había encontrado un elemento de conflicto que le había dado una nueva dimensión a su vida.

Esa era la palabra… conflicto. En realidad era un verdadero choque de personalidades.

¿Le afectaría a él también? Le contempló mientras esperaba a que Gordon le sirviera café y le pareció más alto, como si lo dominara todo. En ese instante comprendió también algo que había negado desde la primera vez que se encontraron. Era terriblemente atractivo.

Comprendía muy bien por qué Jeanne no podía estar alejada de él… ni todas las demás mujeres de la fiesta, cuyos ojos habían permanecido fijos en él todo el tiempo. Kim se había dado cuenta de que muchas mujeres, ricas, seguras, educadas… no eran inmunes a su encanto.

«Yo sí lo soy», pensó. Podía aceptar que fuera atractivo, que tuviera cierto magnetismo, pero no le afectaba en lo más mínimo. Pensando en eso se dibujó una leve sonrisa en su rostro.

Gordon lo notó al acercarse.

—Te veo muy contenta. ¿Se puede saber de qué te ríes? —De

nada —le aseguró con indiferencia—. No es nada, sólo estoy disfrutando de la vida.

—¡Vaya! —hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Ya puedo verlo.

Por un instante, ella se preguntó si de verdad él no se habría dado cuenta.

El sábado, Gordon llevó a Kim al pueblo a comprar algunas flores y después a visitar la tumba de su padre. En el camino le dijo:

—Bryce recibió una invitación para que fuéramos a otra fiesta esta noche, pero la rechazó.

—¿En dónde?

—Una pareja que estaba en casa de Pearl la otra noche. ¿Sabías que desde tu llegada has provocado bastante alboroto aquí?

—Yo no tuve la culpa de… —respondió enseguida.

—Por supuesto que lo sé, pero has llamado la atención. Una preciosa joven inglesa que de repente aparece y les roba a uno de los solteros más codiciados de toda Austria. ¡Esto les está dando bastante de que hablar! Kim le escuchó con creciente preocupación. Al principio le había parecido algo sin importancia, más bien tonto, la idea de Gordon. Pero había crecido enormemente.

—Oh, Gordon, ¿qué podemos hacer? —le pregunto, al llegar al la casa.

—¿Hacer? —repitió, con sorpresa—. Nada, querida, es una novedad que durará poco, la próxima semana tendrán algo nuevo que contar. No te preocupes tanto, si hubiera sabido que te lo ibas a tomar así no te lo habría comentado…

—Me imagino que tienes razón. Lo que quiero decir es que… cuando regrese a casa de nuevo… ¿no tendrá problemas Bryce para explicar…? —se detuvo.

—¿Te preocupa él? —dejó escapar una risa—. Nunca te preocupes por un hombre como Bryce, a él no le importa la opinión de nadie.

—No lo comprendes, no es eso. Es que… —en realidad ni ella misma sabía lo que quería decir, estaba confusa—. No sé, Gordon, todo esto me parece tan artificial, fingir que nos amamos, actuando todo el tiempo. Quiero que sepas que en realidad no disfruté en aquella fiesta y me alegro de que no vayamos a ninguna otra.

—Ese es el motivo por el que él la rechazó —le dijo, con suavidad.

—¿Quieres decir… que él lo sabía?

—Sí, espera, no me interpretes mal. Has cumplido magníficamente con tu parte, incluso me habrías engañado a mí si

yo no supiera la verdad, hablábamos del futuro y él confesó que no era justo contigo…

—Pensé que habías dicho que a él no le importaba nadie…

—Sí, ellos no le importan, ninguno de ellos, pero tú eres diferente, has venido aquí para ayudarle.

Sus palabras tuvieron un efecto muy extraño sobre Kim, y ella hundió el rostro en las flores, aspirando su fragancia.

—Así que ya no me pondré otra vez el anillo —dijo, fingiendo indiferencia—. Es una lástima, me gustaba.

—¡Esta es mi niña! —le contestó, riendo.

—¿Te contó lo que sucedió con la historia que estaba escribiendo?

—¿A la mañana siguiente de la fiesta, cuando fue a tu habitación? No, pensaba preguntarte qué había ocurrido, me parece que no le gustó la idea.

—Si quieres llamarlo así —reconoció con frialdad—. Me obligó a entregarle las notas, pensé que te lo había dicho.

—No, pero no me sorprende, lo siento mucho, Kim.

Ella se encogió de hombros.

—No tiene importancia, me dijo que podía escribir sobre la búsqueda del tesoro… más tarde.

Gordon dejó escapar un silbido.

—¿Eso dijo? Vaya, ya es algo.

—Sí, lo sé, por eso no me preocupa tanto lo otro. Esta historia será mucho más interesante —se detuvo un momento antes de preguntarle—: Gordon, si llegamos a encontrar el avión y su contenido… ¿qué vais a hacer con el tesoro? ¿Guardarlo? Era muy importante para ella conocer la respuesta. Él pareció darse cuenta, volvió la cabeza y le sonrió.

—Va a devolverlo intacto al museo de donde vino. ¿No te lo dijo? No era la respuesta que había esperado, aunque no sabía por qué.

—Ya veo —aspiró con fuerza—. Debe tener alguna razón especial.

—Quizá… no me lo ha dicho. Además no me importa, tengo suficiente con participar en la búsqueda. Por supuesto que habrá una recompensa de la compañía de seguros o del museo… eso no es lo que me interesa, ni a él tampoco. Haría cualquier cosa por Bryce, en una ocasión me salvó la vida. Nunca olvido una buena acción… y mucho menos una como ésa.

—¡Oh, no lo sabía! Gordon detuvo el coche delante de la puerta del cementerio y se bajaron.

—Nunca se lo he contado a nadie. Fue hace… unos diez u once años, cuando Bryce apenas tenía veinte. Fuimos a bucear a una de las islas griegas. Resultó muy sencillo, descendí a demasiada profundidad… y ya sabes lo que sucede a veces… intoxicación de nitrógeno.

Kim, muy seria, asintió con la cabeza. Sabía que era algo muy peligroso, ya que la víctima no se da cuenta de lo que sucede y empieza a actuar casi como si estuviera borracho, debido a las crecientes cantidades de nitrógeno que absorbe el cuerpo bajo la intensa presión.

Hizo una pausa, respiró profundamente y continuó:

—Lo habría pasado muy mal. En ese viaje íbamos cuatro, buscando los restos de un barco griego hundido hace varios miles de años, que creían que conducía un inmenso tesoro.

No lo encontramos… Y hace un par de años leí en un periódico que un equipo italiano lo había hecho… ¿por dónde iba? Kim iba a responderle, pero él añadió:

—¡Ah! sí, bueno, los demás me contaron después lo que sucedió. Parece que empecé a actuar de una manera extraña… por supuesto que no me acuerdo de nada… pero uno de ellos me vio quitarme la máscara y empezar a lanzar golpes como si estuviera luchando contra un pulpo gigantesco o algo parecido… Bryce era el que estaba más cerca de mí y enseguida me colocó en la boca su propia boquilla de aire… después tuvo que darme un golpe para hacerme perder el sentido, puesto que yo estaba luchando contra él. Para hacer más corta la historia te diré que me llevó a la superficie… compartiendo conmigo su aire… teniendo que contener el aliento; yo seguía respirando normalmente al estar inconsciente.

Se detuvo y por su mirada, Kim pudo darse cuenta de que estaba reviviendo el pasado.

—Durante todo ese tiempo tuvo que detenerse en las distintas etapas para evitar los calambres y, además, tenía que mantenerme apretada la nariz…

—¡No puedo creerlo…! —exclamó Kim, horrorizada—. ¿Cómo fue capaz de conseguirlo?

—No lo sé, querida, pero lo hizo. Cuando me sacó y me llevó hasta la playa, me hizo la respiración artificial y después se desmayó —movió la cabeza, afectado ante el recuerdo—.

¡Me habría gustado verle! Claro que los demás trataron de ayudarle, en realidad fue él sólo el que lo hizo todo y eso es algo que nunca olvidaré mientras viva.

—No, puedo comprenderlo.

Se preguntó cuántas cosas más tendría que conocer sobre aquel hombre. En ese momento vio la lápida sencilla de la tumba de su padre y se olvidó de Bryce.

Gordon, deseando dejarla sola unos minutos, le dijo:

—Voy hasta la iglesia para ver si puedo encontrar un jarrón o algo donde colocar las flores.

Ella le siguió con la mirada. Era un día frío, soplaba un ligero viento entre las flores y se oía a lo lejos el canto de los pájaros. Kim miró la tumba donde descansaba su padre y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se sentó en la hierba y dejó que volvieran a ella los recuerdos de la infancia, algunos felices, otros tristes. Su padre estaba allí, donde había deseado estar, en sus amadas montañas.

Cuando Gordon volvió ya había recobrado la compostura.

Regresaron despacio, casi sin hablar, absortos en sus pensamientos. Al acercarse a la casa de Bryce, Kim le puso una mano sobre el brazo con cariño.

—Gracias por llevarme.

—No te preocupes, cuando quieras volver, sólo tienes que decírmelo.

—Lo haré.

Él rodeó la casa y detuvo el coche. En ese momento Bryce estaba abriendo la puerta de atrás; se dirigió hacia ellos. Kim le miró fijamente cuando él abrió la puerta del coche.

—¿Qué sucede? —preguntó, suponiendo que algo andaba mal.

—Tienes una visita.

—¿Yo? —salió apresuradamente—. Pero quién… es decir, cómo…

—Tu abuela —le contestó—. Ha venido a darte una sorpresa.

Capítulo 9

Fue Gordon quien reaccionó primero.

—No te quedes ahí sin hacer nada, querida —le dijo, apretándole el brazo—. ¡Vamos a saludarla!

—Sí, sí, por supuesto.

Atravesaron la cocina, donde Ann estaba preparando la comida, y entraron en la sala.

En ese momento, Florence Dalby se apartó de la ventana donde había estado parada, dirigiéndose hacia su nieta para darle un fuerte abrazo.

—Abuela, ¡qué alegría me da verte! ¿Cómo has llegado?

—Vine en avión, querida, dejándome llevar por un impulso. Volé hasta Viena, me hospedé en un hotel y después tomé un tren. Sólo que tu querido señor Drovnik ha insistido en que me quede aquí… ¿No te parece encantador? Florence Dalby le sonrió de una manera que Kim conocía demasiado bien. Al oír un ruido volvió la vista, era Gordon, que llegaba para saludar a su amiga, a quien abrazó.

—¿No la ves bien, Kim? —le preguntó Gordon.

—Sí, como siempre —la joven le sonrió con afecto a su abuela.

—¡Qué casa tan preciosa! Se lo estaba diciendo al señor Drovnik…

—Bryce, señora Dalby, mi nombre es Bryce. Por favor, concédame el honor de llamarme así.

—¡Estaré encantada! —le sonrió.

Kim pensó que le había agradado.

—En este momento estaba diciéndoles lo mucho que me gusta su casa. ¡Esos cuadros… ah!

—Me alegra que le gusten, hay más, se los enseñaré después de comer. Ahora iré a recoger su equipaje al hotel de Viena —le dijo sonriendo.

—Mi querido señor… Bryce, no puedo permitirlo. Estoy segura de que puedo arreglármelas… después de todo, es una breve visita.

—Insisto en hacerlo. En realidad el viaje no supone ninguna

molestia en helicóptero.

—¿Helicóptero? ¡Qué maravilloso! ¿Sabe que es lo único en lo que no he viajado? ¡Sencillamente fantástico! ¿Puedo verlo un momento?

—Si desea venir conmigo, señora Dalby.

La expresión de la cara de su abuela era elocuente. Estaba radiante y mientras la observaba, Kim pensó: «espero que cuando tenga sesenta y cinco años, sea por lo menos la mitad de activa que ella…»

—¡No puedo creerlo, Kim, esto es demasiado! Oh, sí, Bryce, me encantaría. ¿Nos vamos?

—Si está lista, sí.

La señora Dalby recogió su bolso y los guantes de la silla donde los había dejado.

—No hay más que decir. *Au revoir* queridos… o quizá fuera mejor que dijera *auf wiedersehen*.

Dirigiéndoles a Kim y a Gordon una afectuosa sonrisa, salió de la habitación, seguida por Bryce, quien por primera vez, se mostraba divertido.

Durante un instante se produjo un silencio total y después, los dos rompieron a reír a carcajadas.

—¡Cielos! —exclamó Gordon cuando al fin pudo hablar, secándose una lágrima—.

Creo que nuestra Florence ha impresionado a Bryce.

—¿Has visto su cara? —continuó Kim, entre risas—. Ha valido la pena… parecía como si le hubieran golpeado en la cabeza con una bolsa de arena… estaba como mareado.

—En ocasiones ella puede resultar un poco abrumadora —reconoció Gordon—. Es decir, nosotros la conocemos hace años y estamos acostumbrados a su forma de ser, pero él, de repente la encuentra en su puerta, sin avisar su visita, como si hubiera caído del cielo… ¡van a pasar varios días antes de que se pueda recuperar!

—Mmm —murmuró pensativa—. Siempre que no se le ocurra hablar sobre sus ideas preferidas mientras él lleva el helicóptero. Quizá decida tirarla al Schwartzee.

—Ella no lo hará —después, un poco alarmado, continuó—. ¿Crees que lo haría?

—Tú la conoces tan bien como yo, Gordon —le contestó Kim—. No tendría nada de particular.

—Lo sabremos cuando regresen. En muchas ocasiones, Kim, he tenido largas discusiones con tu querida abuela cuando hemos

tratado algún aspecto nuevo de sus teorías sobre la vida… sea política, religión, filosofía, cualquier cosa… y nunca he logrado convencerla. Pero Bryce… —movió la cabeza, pensativo—. Él es algo diferente, sería como… como… —se detuvo, tratando de encontrar las palabras correctas.

—¿Como si una fuerza irresistible se encontrara con un objeto inamovible? —le sugirió Kim.

—Sí, exactamente eso mismo. ¡Oh, cielos! ¿Qué sucederá?

—Pronto lo sabremos, ¿no te parece? * * *

Pronto lo descubrieron, después de la cena de esa noche. Era como la continuación de una charla, en la que ella y Gordon no habían tomado parte, pues cuando Bryce y Florence regresaron de Viena, volvían hablando muy animados y sólo se detuvieron en el momento que sirvieron la cena.

Kim miró en dirección a Gordon y sus ojos se encontraron cuando Florence se dirigió a Bryce.

—Volviendo a su argumento sobre los objetos voladores no identificados…

Se detuvo para dejar a *Kóshka* sobre la alfombra y Kim aprovechó para levantar al gato, y esconder el rostro, para que no la delatara. Estaba haciendo un esfuerzo para no reír.

—Me encantan los gatos, pero soy alérgica a ellos. Ahora, usted estaba diciendo algo sobre mis ideas sobre los OVNIS… ¿qué era lo que decía? —Me llevaré el gato a la cocina —murmuró Kim, y se fue.

Sabía lo que vendría a continuación y necesitaba tiempo para controlarse. Todos querían a Florence Dalby, irradiaba un encanto irresistible, pero sus palabras la habían traicionado.

Ella le había dicho a Bryce: «su argumento», lo que sólo podía significar una cosa… ella y él no estaban de acuerdo sobre el tema de los platillos volantes. Eso quería decir que nadie se aburriría durante el resto de la noche. Demasiadas personas habían subestimado la inteligencia de Florence debido a su engañosa apariencia de fragilidad, sólo para encontrarse perdidos y envueltos en su lógica.

Cuando Kim regresó para volver a reunirse con ellos, después de dejar a *Kóshka* con Ann en la cocina, se preguntó si alguien podría destruir a Bryce Drovnik, si alguna vez había quedado el segundo en cualquier cosa. Casi se sintió apesadumbrada por él.

Eso era más divertido que cualquier fiesta, comentaron Gordon y ella varias horas más tarde, después de tomar una copa, cuando se quedaron solos un momento. Bryce y su abuela se encontraban en la

biblioteca, buscando un antiguo libro sobre el tema de la vida extraterrestre. Gordon levantó su vaso.

—A la salud de nosotros, espectadores interesados en el debate maratónico que quizá siga para siempre. ¡Lo que daría por haber tenido conectada la grabadora! Tu abuela debería pertenecer a la Asociación de Oratoria de Oxford. Casi logró convencerme… y yo nunca había creído en estas malditas cosas.

—Me rendí hace años —confesó Kim—. Si ella dice que hay unos hombrecitos verdes observándonos, es que existen.

—Y Bryce —hizo un gesto con la cabeza, sonriendo—. ¡Oh, nunca le había visto alegrarse tanto!

—¿Lo crees así? —le preguntó, preocupada—. Quiero decir… ella vino sin invitación… me disgustaría mucho notar que…

—¡De ninguna manera! Él nunca la habría invitado a quedarse si no le hubiera agradado. No temas, él puede catalogar a la gente al instante.

—Ella es mi abuela… no tiene nada que ver con él. Me doy cuenta de que se llevan muy bien, pero me siento culpable porque haya venido aquí…

—¡No te preocupes! Probablemente él nunca se haya encontrado con una persona igual.

Esto le va a hacer mucho bien, no te preocupes, Kim, por primera vez en muchos años, se ha encontrado con alguien de su propio nivel intelectual, ¿no te das cuenta de ello? Desde que están juntos es como si la casa estuviera incendiada. Tu abuela puede cuidarse por sí sola y él lo mismo… vamos a esperar a que gane el mejor.

Levantaron sus copas en un brindis silencioso, en ese momento un nuevo tema de discusión comenzó.

Al parecer se habían olvidado momentáneamente de los extraterrestres, ya que Florence exponía:

—Mi querido Bryce, no tengo nada que decir, creo que es muy fascinante. ¿No me dejará bucear a mí también? ¿Es que soy demasiado vieja? —Kim vio cómo Bryce miraba a Gordon en una súplica silenciosa. Se lo había dicho, pensó asombrada, le había hablado sobre la búsqueda y ella quería participar. ¡Era increíble!

—Tú no puedes bucear, abuela, lo sabes muy bien —le aconsejó la muchacha.

—Puedo nadar, ¿no es cierto? No creo que haya mucha diferencia… excepto aprender a respirar de manera adecuada y eso no me costaría mucho tiempo —dijo, y miró a Bryce sonriendo.

—Señora Dalby, le prometo llevarla al lago mañana si usted lo

desea… siempre que se pueda poner el traje de Kim. Allá abajo tenemos que trabajar con mucha rapidez y a mucha profundidad. Kim es una experta, pero me temo que no puedo permitir que usted…

—Lo comprendo, por supuesto que lo comprendo. Además acepto su invitación, Bryce, sólo quiero intentarlo, con eso será suficiente. En realidad pensaba… me habría gustado ayudar de alguna forma…

—Usted es muy bondadosa.

Por la manera de decirlo, parecía que lo sentía. Ella sabía cuándo rendirse con elegancia, pensó Kim. Eso la ayudaba a ganar otras batallas… más importantes.

—Cuéntenme —empezó a decir la anciana, sentándose con toda comodidad en un sofá y aceptando la copa que Gordon le ofrecía—, estoy segura de que han planeado la revisión del lago con mucho cuidado y de que lo harán de manera sistemática, pero, ¿no podrían alquilar uno de esos aparatos detectores que tienen en los submarinos? Creo que los llaman *Asdic*. ¿No creen que puede ser que los haya de un tamaño más pequeño, apropiado para búsqueda de tesoros? Otra vez se enfrascaron en una larga conversación. Kim observó su reloj de pulsera mientras disimulaba un bostezo, dándose cuenta de que ya había pasado la medianoche. ¡Por algo tenía tanto sueño! La noche había pasado con rapidez, su abuela parecía tan fresca como siempre, igual que Bryce, pero ella y Gordon estaban agotados. De repente, su abuela, como si lo comprendiera, se disculpó.

—¡Qué descuidada soy! ¿No se han acostado por culpa mía? Bryce la tranquilizó, insistiendo en que no era así. Eso le dio al Kim la oportunidad de despedirse… y Florence se levantó también, diciendo:

—Si me disculpa, Bryce, creo que ahora debo acostarme… pero antes quisiera decirle que no recuerdo nunca haber disfrutado de una noche como ésta. De veras.

Ann le había preparado a su abuela una habitación junto a la de; Kim y ésta la siguió, observando cómo la anciana se quitaba los zapatos con un suspiro de alivio.

—Así está mejor. ¿Te das cuenta, querida, que podría haber seguido hablando toda la noche con vosotros… no crees que él es adorable? Kim le sonrió con ironía. ¿Adorable? ¿Alguna persona habría usado antes esa palabra para describir a Bryce Drovnik?

—Parece algo mutuo —le dijo—. Creo que él te ha encontrado igualmente encantadora.

—Mmm… sí, quizá sea cierto, aunque eres tú la que me preocupa, ¿estoy en lo cierto al pensar que existe cierta tensión entre vosotros cuando os habláis?

—¿Se nota tanto? Es que no nos agradamos mucho.

—¡Eso es todo! ¡Tienes que estar ciega, joven, si no te has dado cuenta de lo atractiva que es esta criatura! ¡Cielos! Cuando hablé por teléfono con él me pareció la respuesta del cielo a una joven soltera… me imaginé que al verlo sería un desencanto y en lugar de ello, ¿qué he encontrado? ¡Vaya, un ejemplo de maravillosa masculinidad, irradiando atractivo sexual! ¿Es mi propia nieta la que habla así? —se sentó en la cama desabrochándose la chaqueta.

—Te llevarías bien con Jeanne —murmuró Kim mientras se sentaba a su lado—. ¿Por eso has venido? ¿Para ver lo que yo estaba haciendo?

—De ninguna manera —le respondió enseguida—. Ya te dije que estaba aburrida en casa y pensé… que unos pocos días en Viena era lo que necesitaba. Por lo tanto le pedí a la señora Smith que cuidara el perro y vine. Tengo que aceptar que tenía curiosidad por todo esto. ¿Y quién es Jeanne?

—Pensé que nunca me lo preguntarías —Kim escondió un bostezo—. Una mujer que parece estar persiguiéndole, quizá la conozcas… ¡por todos los cielos! —se llevó de repente la mano a la boca, horrorizada.

—¿Qué sucede?

—No sé cómo decírtelo, pero si alguien viene de visita mientras estés aquí, debes saber que yo… este… ¡que se supone que Bryce y yo estamos comprometidos!

—¿Qué? —ahora fue Florence Dalby quien la miró sorprendida y horrorizada.

—Sí, es una larga historia, pero te la contaré haciendo un resumen, antes de que te acuestes, de lo contrario te pasarás toda la noche despierta tratando de adivinar de qué se trata, ¿no es cierto? —Kim le sonrió y ella hizo un gesto despectivo.

—¡Vaya! parece que he hecho bien en venir. En un momento me dices algo de lo que yo ya me había dado cuenta… que Bryce y tú sois como el perro y el gato… y en seguida me anuncias que estáis comprometidos. ¿Es que estoy loca, bebida o qué?

—Nada de eso, verás, todo sucedió así…

Y comenzó a contarle el paseo en el coche, que había terminado con ellos en casa de Jeanne tomando unas copas. Le contó todo en detalle y con mucha claridad y su abuela escuchó con atención, que creció cuando Kim le refirió lo de la fiesta, del jueves anterior, que

había terminado en el ataque de Bryce contra Karl.

—Vaya, me has dejado sin aliento, querida —era algo poco usual en ella—. ¡Qué fascinante! La vida nunca es aburrida ¿no te parece? Y que lo digas, pero ahora me estoy cayendo de sueño. De verdad que ha sido una maravillosa sorpresa que hayas venido —Kim le dio un abrazo afectuoso a su abuela—.

Buenas noches, nos veremos por la mañana.

—Buenas noches querida, que duermas bien —la expresión de Florence Dalby era muy pensativa, mientras cerraba la puerta.

Era la mañana del domingo, las lejanas campanas de la iglesia despertaron a Kim y se quedó allí recostada escuchándolas, recordando su visita del día anterior a la iglesia, debió entrar. Quizá algún día lo hiciera… y después pensó: «tendría que ser pronto, dentro de una semana más estaré regresando a casa, ya que encontremos el tesoro o no, habremos revisado el lago por completo». A casa. ¿Y después qué? ¿Iría a reunirse con Jack en Sudamérica o volvería a viajar más y más? No pudo comprender por qué, pero la idea la entristeció.

Pocas veces se sentía Kim deprimida y no iba a permitir que ese sentimiento la dominara, ya que estaba allí su abuela y que iría con ella más tarde al lago, para ver si era tan buena como se imaginaba ser, siempre y cuando le sirviera su traje. Lo más probable era que pudiera usarlo, Florence era tan esbelta como su nieta y casi tan alta. Kim se lavó, se vistió y después fue a la habitación a despertarla. Cuando entró, se encontró que estaba vacía.

Oyó voces y risas procedentes de la cocina y se dirigió allí, casi segura de lo que pasaba, conocía muy bien a su abuela…

Ann estaba preparando algo que parecía como masa para pastel y Florence estaba sentada en una banqueta de la cocina, junto a ella, bebiendo café.

—Buenos días, querida —saludó a Kim con alegría—. Ann y yo tenemos una pequeña discusión sobre temas culinarios. Va a enseñarme cómo prepara ese exquisito pastel de manzana que comimos anoche.

—Pensé que aún estarías acostada —le dijo Kim.

—El desayuno estará listo enseguida, señorita —agregó Ann, dejando lo que estaba haciendo—. Matt está preparando la mesa, y el señor Drovnik y el señor Hillaby han ido al lago.

—Ya, gracias Ann —Kim se sintió tranquila. No quería quedarse para charlar, pero tampoco quería irse.

La cocina, grande y ventilada, estaba caliente y había un aroma a especias. Dejó escapar un suspiro, se sentó y en ese momento Ann

le explicó:

—En aquella cafetera hay café, si quiere servirse.

—Gracias —se sirvió una taza de café hirviendo, en ese momento se abrió la puerta trasera y entraron los dos hombres.

El corazón le dio un vuelco a Kim al ver a Bryce vestido con una camisa de color gris oscuro y unos pantalones negros, le veía alto, sonriente… bien parecido. La sonrisa no era para ella, sino para su abuela.

—Todo está listo para usted, señora. El bote, los equipos… creo que si toma un desayuno ligero nos podremos ir enseguida —continuó, sonriente.

—¡Oh, Bryce, qué maravilloso! No se puede imaginar lo mucho que deseo esto.

Gordon le guiñó un ojo a Kim, quien escondió una sonrisa. Si dos semanas antes alguien le hubiera dicho dónde se encontraría en ese momento y en qué compañía, no lo hubiera creído. Su vida había cambiado y no podía comprender por qué. Lo veía todo con tanta claridad, como nunca creyó que ocurriera, pensó, mientras contemplaba a Bryce, hablando absorto con Ann y su abuela sobre… quién podía creerlo… pastel de manzana.

Había sido él… Bryce había producido ese cambio en ella… ¿por qué? ¿Y cómo? No lo sabía; era una sensación extraña, como si la estuviera arrastrando la corriente, una marea que no podía resistir y al mismo tiempo, no resultaba desagradable, y precisamente eso último era lo que la preocupaba.

Sentados en el bote, Kim y Gordon observaban a Bryce y Florence, que nadaban en el lago.

—Es una gran nadadora —reconoció él—. Debí habérmelo imaginado.

—Deberías verla jugar al tenis —contestó Kim, riendo—. No sé de dónde saca toda esa energía.

Observó las dos cabezas, que sobresalían en el lago, a cierta distancia de ellos. Los dos se habían puesto tubos de respiración y nadaban por debajo del agua. Bryce levantó la cabeza, les hizo un saludo con la mano y la hundió de nuevo en las aguas, por lo que sólo se le podía ver la nuca.

—Gordon, ¿qué hace Bryce cuando va a ese hospital? —le hizo la pregunta que le había estado dando vueltas en la cabeza desde su charla.

—No lo sé, nunca he ido con él y rara vez habla sobre ese asunto, sin embargo, tengo la impresión de que se asegura de que todo esté funcionando bien… —se detuvo.

—¿Y? —le urgió.

Él se encogió de hombros.

—Creo que se siente solo, no tiene familia, ni siquiera un pariente en todo el mundo.

Pienso que cuando va allí es como recordar cuando era niño. Quiere ayudarlos, es todo —hizo un gesto con la cabeza y continuó —: ¿No te das cuenta de por qué se lleva tan bien con tu abuela? Sintió un repentino dolor y cerró los ojos un instante.

—Creo que sí —le contestó en voz muy baja.

Nunca pensó poder sentir pena por alguien tan duro como Bryce Drovnik y aunque pareciera extraño, por un momento fue así. Después quiso cambiar de tema.

—Me pregunto cuándo encontraremos el avión.

Gordon la miró extrañado, era muy astuto.

—Quizá mañana… o pasado… ¿quién sabe? Precisamente este es lo que le da interés, la incertidumbre.

—Igual que en la vida —murmuró Kim, en voz tan baja que no la escuchó.

En ese momento regresaban los nadadores y Kim les preparó unas tazas de café, abandonando el tema, aunque ella sabía que nunca podría olvidar las palabras de Gordon.

Después de la comida, Bryce los llevó a dar un paseo en el coche y se detuvieron en un café que había en la carretera, en la parte alta de las montañas; el paisaje era espectacular.

Comieron deliciosos pasteles rellenos con especias y frutas y bebieron café. Kim se preguntó si alguna vez se había sentido tan feliz y triste al mismo tiempo.

Añadió leche a su taza y al levantar la vista, sus ojos se encontraron con los de Bryce… y él le sonrió. En ese instante a Kim le pareció que en su sonrisa había algo, como si compartieran un mismo secreto… que pronto desapareció. La joven se estremeció, sintiendo frío. ¿Le habría contado algo su abuela sobre el húngaro? «Es mi imaginación, otra vez incontrolada», pensó Kim. ¿Y si… él le hubiera hecho algún ligero comentario sobre los conocimientos de ruso de Kim y Florence le hubiese hablado de él? Después de todo, ¿qué importaba? Hasta ese momento siempre que recordaba a Lazlo se había sentido apesadumbrada… En ese instante evocaba su rostro con toda claridad sin sentir nada, absolutamente nada. Al fin se había librado de él, de repente el café le supo mejor.

—Invito yo —decía la abuela—. No, insisto en ello. Es lo menos que puedo hacer.

Kim apenas escuchaba. Miraba a través de la ventana,

dejándolos en su discusión amistosa. Después se volvió para mirar a Bryce Drovnik y contempló su perfil, resaltaba contra una luz a sus espaldas mientras le hablaba a Gordon y a su abuela. En ese instante supo por qué se sentía tan extraña al observar aquellos rasgos morenos, la súbita risa que ocasionalmente iluminaba su rostro, los ojos que podían ser tan fríos… y en algunas ocasiones no tanto. «No es cierto que le odie», pensó, «¿Por qué llegué a pensar que le odiaba? En realidad no me agrada especialmente… pero éste no es el asunto. No creo que me esté enamorando de él, no puedo amar a un hombre que no me agrada, ¿no es así? Pero al mismo tiempo… al mismo tiempo… no puedo evitar el recuerdo de su contacto y de su beso, no puedo ignorar este hecho». Se llevó la mano a la barbilla y suspiró, «debo estar loca», pensó.

—Otra vez estás muy lejos.

La voz de Bryce fue casi una intromisión en sus pensamientos.

Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que estaban solos. Su abuela y Gordon iban hacia la puerta, charlando y sonriendo animadamente. El café estaba vacío, sólo quedaban ellos. Kim se levantó, no deseando estar sola con él y sintiendo que no podía hablar.

—Será mejor que nos vayamos, me ha gustado mucho el café.

—Ha sido una invitación de tu abuela, es una gran mujer.

—Lo sé.

Kim le sonrió y después recordó las palabras de Gordon.

La única diferencia que hubo en su búsqueda del lunes fue que los acompañó Florence, que se quedó en el bote con Gordon. Ya había decidido regresar a su casa al día siguiente y así lo había dicho, a pesar de que Bryce insistió en que le gustaría mucho que se quedara todo el tiempo que deseara. Kim pensó en eso mientras nadaba bajo el agua. La abuela nunca se quedaría más tiempo del necesario, tenía un alto sentido de la oportunidad y aunque Kim sentiría que se fuera, sabía muy bien, al igual que su abuela, que las visitas cortas son más agradables. El único problema era que sería la primera y última visita que hiciera, después se terminarían las relaciones que la unían con Bryce, lo sabía bien.

Esa tarde no bucearon, Bryce los llevó a la iglesia, puesto que era el último día de la visita de su abuela. Los hombres esperaron en el automóvil y Kim y Florence recorrieron la pequeña iglesia, con sus paredes blancas y sus altos techos. No había nadie más, a excepción de una anciana que estaba limpiando los bancos de madera y quien las saludó cortésmente en alemán.

Cuando salieron su abuela le anunció:

—Ya ves querida, regreso a casa mañana y lamento mucho tener que irme, pero había decidido que fuera una visita de pocos días.

—Lo sé abuela. Ha sido magnífico verte, yo también regresaré dentro de una semana más o menos.

—Ah, sí, regresarás. Hum.

—¿Quieres decirme que significa ese «hum»? —Nada pequeña, nada. Vamos, no hagamos esperar a los hombres. ¡Qué gran anfitrión es Bryce! Cogió del brazo a Kim y fueron despacio hacia el coche. Al llegar, Florence se volvió, contemplando la tumba de su hijo con sus flores frescas resplandeciendo bajo el sol. Después subió al coche y sólo el brillo de sus ojos la traicionó.

«Hoy es el último día del resto de mi vida».

La cita que había leído en algún libro, del que no se acordaba, vino a su mente mientras estaba allí parada junto al tocador, esa noche, colocándose el anillo en el dedo…

Ya habían cenado y estaban a punto de ir a la sala, cuando entró Matthew para decirles que Jeanne y Leo Wolfe estaban en el vestíbulo. Dijeron que pasaban por allí cerca y habían ido a saludarles.

La seña que le hizo Bryce después de presentar a su abuela había sido imperceptible para los demás, pero muy clara para ella. Se disculpó y salió con él.

—Te llevaré el anillo a tu habitación enseguida —le dijo en voz baja.

Ya estaba allí. Sólo le quedaba cepillarse un poco el pelo y estaría lista. Cuando Bryce le había entregado el anillo, Kim le había dicho:

—Le he hablado a mi abuela sobre nuestro compromiso fingido, no te preocupes, no cometerá ninguna indiscreción.

Él le había sonreído, fue una sonrisa muy breve.

—Me he dado prisa por si acaso pero ahora… —se encogió de hombros—. Estoy seguro de que los atenderá bien.

—Sí, pero quizá sea mejor que vayas. Quiero arreglarme un poco —le sonrió mientras le abría la puerta para que saliera.

Kim levantó la mano hacía la luz y repitió en voz muy baja la cita del libro, le pareció muy apropiada, aunque en esos momentos no pudo imaginarse lo cierto que era.

Para una pareja que sólo había ido a saludarles, Jeanne y Leo parecían decididos a quedarse. Bryce estaba haciendo todo lo posible por mantener viva la conversación, pero Jeanne se había quedado con Florence, al parecer fascinada con ella, y las dos mujeres mantenían una intensa charla. Kim se sintió ligeramente

preocupada. ¿Qué sucedería si su abuela cometía algún error…? Pero ¿qué importaba ya? Después de un par de semanas todo terminaría…

Por fin, se retiraron los amigos. En el vestíbulo Jeanne se volvió hacia Kim, con sus ojos inescrutables, su hermoso rostro sin apenas expresión al despedirse de la joven y decirle en voz muy baja.

—Me ha encantado conocer a tu abuela, hemos tenido una charla muy interesante.

Después le sonrió levemente y salió a la noche oscura siguiendo a su esposo y a Bryce.

En ese momento, Kim comprendió lo que significaba la expresión de su rostro. Jeanne lo sabía; sabía la verdad sobre su pequeña farsa.

Capítulo 10

Llegó la mañana de la partida y Bryce llevó a Florence a Viena en helicóptero para coger su avión. Kim le dio un fuerte abrazo diciéndole:

—Llámame por teléfono cuando llegues a casa, prométemelo.

—Por supuesto que lo haré, he disfrutado mucho con esta visita. Ha sido un fin de semana maravilloso, realmente maravilloso.

No tenía sentido preguntarle de qué habían hablado Jeanne y ella. Sin duda esta última habría hecho alguna pregunta sin mayor importancia, que su abuela ni siquiera podría recordar y ella, atando cabos, de eso estaba segura… ¿y qué sentido tenía hablar sobre eso? Cuanto antes encontraran el tesoro y terminaran esa farsa inútil sería mejor.

Observó a Bryce ayudar a subir a su abuela al helicóptero, mientras Gordon y ella se retiraban del alcance de las aspas y la saludaron con la mano cuando el aparato se elevó.

—Ya ha pasado todo —murmuró Gordon—. Vamos a tomar una taza de café.

Entraron en la casa para esperar el regreso de Bryce.

Antes de sumergirse esa tarde, Bryce, Gordon y Kim estudiaron el mapa del lago. Casi todas las secciones estaban ya marcadas y se acercaban a la parte más profunda, al centro del Swartzee, lo cual significaba que tendrían que poner más cuidado y habilidad. Estaban sentados en la pequeña cabina del bote y éste se movía suavemente. Bryce preguntó:

—¿Lista, Kim?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí, vamos —se levantó y le dijo a Gordon—: Vendremos por el café dentro de dos horas.

—Muy bien, capitán.

Gordon le hizo un saludo burlón y Bryce sonrió. Eso era él, pensó Kim: el capitán, el que estaba al mando. Se preguntó si le molestaría enterarse de que Jeanne lo había adivinado todo. Al momento pensó que dudaba que hubiese algo que pudiera

molestarle en realidad.

Algo… o alguien. Se levantó y le siguió hasta la cubierta. Las manos que la ayudaron a ponerse el tanque de aire eran demasiado impersonales.

—¿Está todo bien? —le preguntó.

—Sí, gracias.

Gordon ayudó a Bryce, y una vez revisado todo, se lanzaron al agua. Ya tenían bien establecida una rutina y trabajaban como un buen equipo; Kim conocía todas las reglas tan bien como Bryce, por lo que se preguntó por qué se sentía de repente insegura, como si fuera una principiante. Resultaba ridículo, pero era así. Se sumergieron; a más profundidad y la joven siguió a Bryce, manteniéndose cerca de él, tratando de dominar ese pánico irrazonable que sentía. Comprendió lo que le sucedía, estaba tensa y nerviosa y todo resultaba muy oscuro, a pesar de que Bryce llevaba una lámpara que iluminaba los sitios sombríos, con un brillo misterioso, distorsionando las sombras. «Quiero subir», pensó, y tragó en seco, dominada por el pánico. «No deseo quedarme aquí con él…»

Vio cómo el resplandor de la lámpara se dirigía hacia ella y le iluminaba el rostro, casi como si le leyera el pensamiento. Fue nadando hasta su lado y la cogió del brazo sacudiéndola con fuerza. Con la misma claridad que si le estuviera hablando le quiso decir: «¿Qué sucede?»

Ella movió la cabeza haciendo un gesto negativo, ni ella misma sabía lo que ocurría. No podía… no podía fallarle en ese momento. ¿Qué pensaría él? Se soltó de su mano y le hizo señas de que siguieran adelante, pero él no se movió, se quedó observándola. Después le hizo una seña de que fuera ella delante, que él la seguiría, y así lo hicieron. Sin embargo, la sensación extraña persistió, sentía que se sofocaría si permanecía allí un momento más y de repente, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, empezó a ascender cada vez más rápido…

Unos brazos fuertes la sujetaron… haciéndola desear gritar… pero no lo podía hacer.

No se puede gritar bajo el agua, mucho menos a esa profundidad, sin ahogarse… ahogarse… se había apagado la luz y se encontraban en la mayor oscuridad, librando una batalla silenciosa, Kim intentando soltarse de unas manos fuertes como el acero que la sujetaban.

Bryce la abrazó con fuerza, obligándola a mantenerse allí abajo, iba a matarla… Kim le golpeó con las piernas, hundió los codos en

su pecho arqueando el cuerpo en un último esfuerzo desesperado de protesta y entonces vio su puño, que se dirigía a su rostro… y ya no recordó más.

Estaba acostada en la cubierta y el rostro distorsionado que veía era el de Gordon, extrañamente pálido, oyó su voz, desde algún punto lejano, que decía:

—Ya se está recuperando.

Fue Bryce quien se arrodilló junto a ella, con el traje brillando por el agua.

—Gracias a Dios —le dijo, con un tono que le pareció de alivio —. Bebe esto.

Ella hizo un débil gesto negativo con la cabeza cuando él le acercaba un frasco a los labios.

—No…

—¡Bébelo! La voz no admitía negativa y Kim dio un sorbo, dejando escapar una ligera protesta, pero en seguida se sintió más caliente. Hizo un esfuerzo para sentarse y él la ayudó.

—¿Sabes qué te ha pasado? —le preguntó, y ella negó con la cabeza.

—No. Me he dejado dominar por el pánico… lo siento. Si bajamos de nuevo todo irá bien, te lo prometo…

—Ha habido un fallo con el aire y me he visto en la necesidad de pegarte. Lo siento, Kim, tuve que hacerlo.

Había sentido un dolor en la barbilla y ya comprendía la razón. Se llevó la mano al mentón e hizo un gesto de dolor.

—¿Por… por qué?

—Tratabas de salir a la superficie, estábamos a demasiada profundidad y podías haber muerto. Tuve que subirte despacio… era la única forma de hacerlo, y solté la linterna.

Así que ése era el motivo por el que todo se había oscurecidas de repente.

Se inclinó hacia adelante y Bryce le dijo:

—Vamos, bajemos a la cabina, dame la mano.

Después se inclinó y la cogió como si fuera una niña pequeña. La llevó a la cabina y de repente le llegó el aroma del café; vio a Gordon, que llegaba con una taza.

—Vamos, toma esto, jovencita —dijo, sonriendo, y ella le devolvió la sonrisa.

—Gracias, Gordon.

Bryce subió a la cubierta y Gordon se sentó en la mesa, frente a ella.

—Vaya susto, pequeña. ¡Cuando os vi salir a la superficie y que

venías desmayada, como si fueras una muñeca de trapo!

—Pensé que había sido culpa mía, que me había dejado dominar por el pánico sin motivo alguno.

—No fuiste tú, eres una profesional, igual que él. Ahora está revisando el aire y veremos qué fue lo que ocurrió.

—Tengo que bajar de nuevo —se levantó, todavía un poco temblorosa, y él la cogió del brazo.

—¿Estás segura?

—Sí, y tú lo sabes tan bien como yo. Es como caerse de un caballo o que te tire. Si no quieres perder el valor tienes que subirte de nuevo al animal, tan pronto como puedas. Vamos, se lo diremos a él.

Bryce estaba revisando el aire cuando Kim se le acercó.

—¿Cuándo podemos bajar de nuevo? —le preguntó.

—¿Ya te sientes mejor?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí —Bryce miró el reloj de pulsera que tenía en la muñeca—. Bajaremos de nuevo dentro de quince minutos. Se había hecho un nudo en el tubo del aire, ya lo he arreglado, lo cambiaré para que uses el mío.

—Muy bien —le miró mientras se movía lentamente en la cubierta—. Me has salvado la vida.

—He hecho lo que debía, tú habrías hecho lo mismo.

Ella le sonrió con ironía.

—No puedo imaginarme cómo habría hecho para que perdieras el sentido.

Él soltó una carcajada.

—¿No? Puedo enseñarte algunas técnicas para que lo hagas.

—Ahora no, quizá en otro momento.

Se alejó de él y se recostó, sujetándose a la barandilla de la cubierta, observando el agua oscura y sombría. Aún estaba un poco débil, pero su decisión de descender de nuevo era más fuerte que nunca. Sintió que se le acercaba y después oyó su voz afectuosa junto a ella.

—No te preocupes, esta vez bajaremos despacio y estaré vigilándote todo el tiempo.

Nadaremos juntos… sólo otra media hora, será suficiente.

—Tú ordenas, se hará lo que digas —levantó la vista hacia él, estaba demasiado cerca.

—Tendrás un hematoma en la barbilla durante varios días.

—Cuando llame por teléfono a mi abuela… preferiría que no lo

supiera.

—Por supuesto que no. Ven, vamos a prepararnos —le tocó el brazo ligeramente—.

Tenemos que buscar la linterna, es nuestra primera tarea.

Esa vez hicieron una doble revisión de todo y después se sumergieron de nuevo, con una linterna de repuesto para buscar la otra; al cabo de unos instantes, Kim perdió el miedo y comprendió que había hecho lo correcto al regresar al agua.

Esa noche llegó la llamada que esperaban de la abuela de Kim. Todos hablaron con ella y cuando la conversación terminó la joven se disculpó y fue a acostarse. Estaba cansada y le dolía la barbilla, aunque se negaba a aceptarlo, quería estar lista para el trabajo de la mañana siguiente. Durmió bien y se sintió mucho mejor al despertar. Era miércoles y se preguntó si tendrían mejor suerte ese día. No fue así. El jueves resultó igual y pensó si no estarían trabajando en vano, si no sería mejor olvidarse de todo.

El viernes amaneció nublado y pronto comenzó a nevar por la mañana, por lo que decidieron dejar el descenso hasta que aclarara. Después de una ligera comida, Kim estuvo un rato junto a la ventana de la sala, observando el jardín cubierto de nieve. Con qué rapidez había cambiado todo del otoño al invierno. Se volvió al oír que alguien entraba en el salón.

Era Bryce.

—¿Bajaremos esta tarde? —le preguntó.

—¿Quieres ir? —él parecía casi divertido por la pregunta.

—Sí, tengo un presentimiento muy extraño… —se encogió de hombros, esperando su sonrisa cínica, pero no fue así.

—¿Eso que llaman intuición femenina?

—Si quieres denominarla así —se estremeció, sintiendo de pronto un frío extraño.

—Entonces iremos, parece que está aclarando. Sí, vamos a decírselo a Gordon; en estos momentos está hablando por teléfono con alguien de Viena. Cuando termine nos iremos.

¿Quieres cambiarte de ropa?

—Sí, creo que es mejor —al pasar junto a su lado él le tocó con suavidad la barbilla.

—Ya no lo tienes morado. ¿Te pusiste el ungüento que te di?

—Sí, gracias —de nuevo estaba sin aliento, como le sucedía siempre que él se acercaba demasiado—. Discúlpame.

—Por supuesto —él se apartó para dejarla pasar y se quedó contemplándola.

La capa de nieve no era muy espesa, pero hacía frío. Kim

contempló el bote, sintiendo de nuevo esa sensación extraña, una excitación que se negaba a desaparecer. Nunca se había sentido así, estaba confusa… como si hubiera bebido demasiado champán.

Descendieron de nuevo, por una parte distinta del lago, no tan profunda, pero más oscura, por lo que necesitaron las linternas. También era más fría, y nadaron con más fuerza, olvidando pronto la falta de calor. Casi habían pasado las dos horas sin ningún resultado y Kim miró su reloj cuando Bryce hizo una seña indicándole que deberían subir; ella le contestó que sí. Cuando iba a iniciar el ascenso… ella movió a su alrededor el rayo de luz, casi con indiferencia, sólo para echar un último vistazo, y de repente vio un cuerpo voluminoso y oscuro, y comprendió que era lo que buscaban.

Le apretó a Bryce el brazo, con una fuerza que no se imaginaba poseer… y él se volvió despacio, mirándolo, y mirando después a Kim. Con el corazón latiéndole con fuerza, le siguió hasta la masa informe de metal retorcido, medio cubierta por la arena. Observó cómo desataba el cable de su cinturón y lo amarraba firmemente a un pedazo de acero. Era algo aterrador, habían buscado infructuosamente durante muchos días y de repente se terminaba la búsqueda, y ya no quería ver más. Sólo deseaba regresar a su casa, como si todo sucediera en un sueño, en cámara lenta, algo borroso, turbador.

El cable ascendió hacia la superficie, llevando consigo una pequeña boya que les indicaría de nuevo el lugar exacto. Después ascendieron siguiendo el cable. Ya no fue necesario que Bryce hiciera nada, habían terminado el trabajo y no podría haber errores. El presentimiento de Kim había resultado cierto, sin embargo, al ascender no sentía la alegría del triunfo, sabía que todo quedaba ya fuera de sus manos.

Antes de que salieran a la superficie, Gordon ya había visto el destello rojo brillante de la boya. Estaba de pie en la cubierta riendo y levantó los brazos, excitado, mientras nadaban hacia él.

—¡No puedo creerlo! —les gritó, inclinándose para ayudar a subir a Kim a bordo—.

¡No puedo creerlo! Ella estaba temblando, pero no de excitación. De repente se sintió muy fría y triste, sin saber por qué. Bryce la ayudó a quitarse el tanque de aire, después él se quitó el suyo, dándole unas fuertes palmadas a Gordon en la espalda.

—¡Lo logramos! —exclamó, con los ojos brillantes—, aunque en realidad debería decir que lo ha logrado Kim. Fue ella quien encontró los restos cuando íbamos a subir.

Gordon le dio un fuerte abrazo.

—Buen trabajo, querida —después la miró preocupado—. ¿Que sucede, mi niña? Estás muy pálida.

—Se me pasará enseguida, tengo frío.

—¡Estás temblando! Baja inmediatamente a la cabina, pondré la calefacción y te traeré café caliente. Estarás bien dentro de un momento.

—Por supuesto.

Bryce también la miraba. Se dio media vuelta y se alejó de ellos, dándose cuenta de que intercambiaban una mirada de sorpresa, a ella no le importaba.

Eran las primeras horas de la noche y ella y Bryce se encontraban solos en la casa. Kim estaba sentada junto al fuego con *Kóshka* acostado sobre sus rodillas y trató de relajarse mientras recordaba los sucesos de la tarde. Todo parecía suceder al mismo tiempo, dejándola atontada. Gordon había ido a Viena en el helicóptero para llevar a Ann y Matthew, que disfrutarían de unas vacaciones inesperadas. Lo decidió Bryce cuando regresaron a la casa y ella pudo comprender sus razones. Todo era un secreto todavía y tendrían mucho trabajo durante los siguientes dos días.

Kim se recostó, cansada. Gordon regresaría más tarde esa misma noche, después de ver algunos asuntos en Viena, y por la mañana… por la mañana… cerró de nuevo los ojos. Pronto terminaría todo, regresaría a Inglaterra y nunca más volvería a ver a Bryce. Nunca.

—¿Quieres algo de beber, Kim? Su voz interrumpió sus pensamientos y se incorporó, sintiéndose culpable.

—No, gracias. ¿A qué hora regresará Gordon?

—Creo que alrededor de las once. Vamos a comer pronto, Ann nos lo ha dejado todo listo en el horno.

—Sí, lo sé —se sintió tensa, no quería estar a solas con él—. Voy a arreglarme… discúlpame.

Dejó al gato en el suelo y se levantó.

—¿No estás contenta? —le preguntó con suavidad y Kim le miró.

—Sí… sí, por supuesto —pero no pudo añadir nada más.

No podía decirle qué sucedía, ya que ella no lo sabía. Con rapidez y sin hacer ruido, salió de la habitación y subió por la escalera. Había empezado a nevar de pronto, lentamente, y se quedó parada junto a la ventana observando los pequeños copos blancos que impedían la visión del cielo, las montañas, los árboles. Oyó cómo se acercaba el ruido del motor de un coche y después se detenía. No podía ser Gordon, que se encontraba en el helicóptero.

¿Quién entonces…? Oyó el sonido del timbre de la puerta principal, y se separó de la ventana y se acercó a la puerta, escuchando. Sintió voces, la de Bryce y la de Jeanne. Ella le hablaba en voz baja y con un tono de urgencia, después ya no oyó nada cuando entraron en la sala. Había ido sola, ¿por qué? Eso era algo que no le importaba, se dijo Kim, entrando en el baño para lavarse.

No podía permanecer allí para siempre, tendría que bajar en algún momento. ¿Qué estaría diciéndole Jeanne? ¿Que conocía su estúpida farsa? ¿Cuál sería su expresión cuando Kim entrara en el salón? ¿Divertida…? ¿Enfadada…. desdeñosa? Levantó la barbilla, diciéndose que no le importaba cuál fuera su apariencia, eso era problema de Bryce, no de ella. Ya estaba cansada de todo ese asunto. Se pasó el cepillo por el pelo y bajó la escalera, repitiéndose: «no me importa».

Abrió la puerta sin hacer ruido. Después se quedó paralizada, sin poder pensar, ante lo que veía. Jeanne y Bryce estaban besándose, los brazos de la mujer le abrazaban el cuello y las manos de él estaban alrededor de su cintura o de sus brazos, Kim no pudo verlo con claridad porque se le nubló la visión. Estaban entregados el uno al otro, descuidados… hasta que Kim se volvió y salió, cerrando la puerta. Oyó sus voces mientras subía por la escalera corriendo, oyendo las carcajadas de Jeanne.

Se dejó caer en la cama, llevándose la mano a la boca, con todo el cuerpo temblando por la emoción. En ese momento comprendió. La verdad que había estado delante de sus ojos durante días y que trataba de ignorar, pero ya no podía hacerlo más. El intenso dolor de los celos era demasiado fuerte para soportarlo y Kim se llevó las manos al rostro, llena de dolor.

No odiaba a Bryce Drovnik, le amaba, con desesperación.

Capítulo 11

Kim pensó que nada podía ser peor que la agonía de los minutos que siguieron. Como en medio de un trance oyó sus voces, la puerta principal que se cerraba y después Bryce, que la llamaba.

—¿Kim? ¿En dónde estás? Aspiró con fuerza. Había llegado el momento, tenía que aparentar calma, él no debía saberlo, jamás. Hizo un esfuerzo supremo y lo logró, apoyándose en toda su fuerza de voluntad.

—Bajaré enseguida —le contestó.

Lo había logrado, su voz aparentaba calma. Él tenía que haberse dado cuenta de que ella había bajado, sería mucho mejor darle una explicación antes de que él tuviera la oportunidad de preguntarle.

Él estaba en la cocina, y se volvió ligeramente al sentirla entrar.

—Lo siento —le aclaró ella—, bajé en un momento inoportuno, por eso me fui de nuevo —sonriente, le preguntó—: ¿Está lista la comida? Tengo bastante hambre.

—Sí. Comeremos aquí en la cocina si no te molesta.

—Me parece buena idea, eso ahorra trabajo.

Comprendió que estaba exagerando, pero no pudo evitarlo. Era su única defensa contra el terrible dolor que la embargaba. Si Bryce se dio cuenta, no hizo ningún comentario. Estaba más tranquilo de lo normal y la contempló mientras ella colocaba los platos y los cubiertos, pero no pudo leer nada en la expresión de él, era indescifrable.

Estaba decidida a comer, si veía que dejaba la comida lo adivinaría todo. La terminaría aunque se ahogara. Casi le sucedió… pero se las arregló para comérsela. Incluso, cinco minutos después de terminar de cenar, pudo decirle que prepararía el café para los dos.

—Gracias, tengo algunas llamadas telefónicas que hacer, regresaré enseguida.

Salió y Kim se quedó junto a la ventana mirando el exterior, esperando a que hirviera el café. La nevada se había hecho más intensa y los copos blancos que caían tenían un efecto casi

hipnótico sobre ella. Sin embargo, todo lo que podía ver era una mujer en los brazos de un hombre.

—¿Todavía no está listo?

—¡Qué! —se sobresaltó, y después, al ver la expresión agradable del rostro masculino, añadió—: ¡Oh, todavía no! Lo llevaré en cuanto esté listo.

—Acabo de hablar con Gordon, pensé que había algo que podría traer para la búsqueda final del avión mañana… y me dijo que en ese momento estaba a punto de llamarme —

después se detuvo y Kim le miró extrañada. Había algo en la expresión de sus ojos que la inquietaba—. Hay una tormenta de nieve en Viena, que está empeorando. Él no regresará hasta mañana.

—¡Oh, ya veo! Sin embargo en ese momento no lo comprendió, fue pocos minutos más tarde, cuando llevó el café a la sala cuando lo entendió por completo. Ella y Bryce estaban solos en la casa y así sería durante toda la noche.

Se las arreglaría de alguna forma para pasar la noche. Había una buena película en la televisión y libros para leer… además, si Bryce deseaba hablar sobre el avión podían hacerlo.

Cualquier cosa que impidiera que él llegara a adivinar la verdad, al cabo de pocos días ella se marcharía.

Pensó en eso más tarde, cuando Bryce salió a llevar la comida a los dos perros. Al principio era casi como una prisionera… ya se había olvidado del invento de Bryce de chantajearla moralmente. ¡Había dado resultado, oh, cómo había resultado! Gordon nunca lo supo… y eso ya no parecía tener más importancia, puesto que pronto se iría. Sería libre.

¡Libre! se dijo. ¡Qué libertad tan extraña sería, ya que parte de sí se quedaría en la casa, junto al Swartzee! Sin embargo, no era la primera vez que sufría un desencanto amoroso y olvidaría. Tendría que olvidarlo.

Cogió a *Kóshka*, lo acostó sobre su regazo y comenzó a acariciarlo, cerrando los ojos.

Durante un corto tiempo se había creído enamorada de Lazlo, pero se había percatado de algo que nunca quiso aceptar. Sus sentimientos hacia él no eran más que una pálida sombra en comparación con lo que experimentaba ahora. Se llevó una mano a los ojos, oprimiéndolos con fuerza, como si quisiera aliviar una presión dolorosa.

Y Bryce amaba a Jeanne. Por algunos insospechados motivos, que sólo él conocía, había fingido que quería librarse de ella, pero

no era cierto. Quizá la idea del compromiso fingido le había dado resultado para darle celos a Jeanne, para hacerla ir a él… de repente Kim recordó, con dolor, lo divertido que él se sintió cuando le sugirió eso por primera vez… Y le había dado resultado, ¡oh, sí, le había dado muy buen resultado! Miró su reloj de pulsera cuando Bryce regresó al salón, no quería quedarse allí más tiempo con él. Eran las diez, pero tenía dos buenos libros para leer.

—Voy a salir a dar un paseo con los perros —le comunicó él—. La capa de nieve es gruesa y eso les gusta mucho. ¿No te molesta quedarte sola?

—Por supuesto que no, ya me iba a acostar. ¿No te importa?

—De ninguna manera.

El tono de su voz era profundo y la miró de una forma que le hizo preguntarse qué había en sus ojos… y en su voz… que la inquietaban.

—Tengo llaves y nadie puede entrar, además no estaré mucho tiempo fuera.

Sonrió y salió. «Va a encontrarse con ella», pensó Kim. «¡Claro, eso es, qué tonta soy!» Se estremeció, odiaba a Jeanne, se odiaba a sí misma y le odiaba a él.

Oyó cerrar la puerta trasera y esperó, después le oyó silbar y los ladridos que le respondían. Se sintió intranquila, trató de salir, pero la puerta estaba cerrada. Se encogió de hombros, calentó el resto del café que quedaba en la cafetera y se lo llevó a su habitación.

Pensó que no podría dormir, sin embargo estaba más cansada de lo que se había imaginado y al aislarle cada vez más trabajo leer, dejó el libro y apagó la luz.

El ladrido de un perro la despertó de un sueño extremadamente profundo, haciéndola incorporarse en la cama, empapada en sudor. Había estado nadando en el lago, donde criaturas oscuras, sin rostros, sin nombres, la habían amenazado y asustado. Esperó a que se le normalizaran los latidos del corazón y escuchó de nuevo para ver si se repetían los ladridos del perro… o si sólo habían formado parte de su sueño. Después oyó otro ruido aún más lejano y una puerta que se cerraba, era de la casa de botes. Sintió que el miedo le erizaba la piel, algo andaba mal. Encendió la luz y vio que era la una y media. Bryce estaría durmiendo… a menos que los ruidos también le hubieran despertado… iría a avisarle.

Se puso la bata y se dirigió a su habitación, llamando a la puerta, ésta se abrió lentamente para mostrarle una cama vacía, muy bien arreglada… que no habían tocado desde la mañana. Aspiró con fuerza, así que él aún estaba afuera. No había regresado,

pero los perros, o al menos uno de ellos, estaba de vuelta. Seguramente estaría por ahí, en algún lugar, con Jeanne… o quizá hubiera sufrido un accidente, había una forma de averiguarlo.

Sintiéndose de repente muy sola, Kim corrió a su habitación y se vistió de prisa, se puso un abrigo. Su decisión hizo desaparecer todo temor y bajó la escalera corriendo. Las luces del pasillo y de la cocina aún estaban encendidas. Quitó el seguro de la puerta y salió, cerrándola despacio.

— *¡Boris, Valery!* —gritó, y una forma negra fue corriendo entre la nieve, moviendo la cola entusiasmada. No pudo ver cuál de los dos perros era—. Muy bien. ¿En dónde está él? La única respuesta fue un profundo ladrido. Kim tenía los zapatos llenos de nieve y el abrigo se había vuelto blanco, pero nada iba a impedir que llegara a la casa de botes. La imagen de Bryce tirado en la nieve, inconsciente, era demasiado fuerte para ignorarla.

—Ven —le dijo.

Se sentiría más segura con él. Si no era Bryce, y se trataba de algún extraño… quizá alguien tratando de encontrar el avión, el animal la protegería. Se estremeció, sintiendo de repente el contraste entre el dormitorio caliente y el frío de fuera. Los árboles que bordeaban el lago eran sólo una masa borrosa de color gris. La nieve casi no la dejaba ver y todo el tiempo tenía que estarse llevando la mano al rostro para limpiarse los ojos.

Al dejar atrás los árboles, vio la casa de botes y de pronto se preocupó. ¿Y si él… si él estaba allí… con ella? Sin embargo, no había ningún coche, al menos ella no lo veía… Cerró los ojos, ya no podía retroceder, tenía que entrar, lo menos que podía hacer era avisarle.

—Bryce —dijo en voz baja y después un poco más alto—. ¿Bryce, estás ahí? No hubo respuesta. Nada. No había luz, ningún sonido ni movimiento. Las aguas oscuras del lago, sobre las que caían los copos de nieve, estaban inmóviles.

—Ven, vamos a mirar.

Cuando se acercaba, se abrió la puerta despacio, crujiendo y se quedó abierta, detenida por la nieve. La abrió un poco más y entró, allí estaba el bote, en medio de la oscuridad, nada más. No estaba Bryce, ni desmayado ni con Jeanne, ni el otro perro, ni siquiera un ratón. Kim dejó escapar un fuerte suspiro. Tenía que regresar a la casa, tan pronto como pudiera y encerrarse de nuevo… era todo lo que podía hacer. Acarició la cabeza del perro.

—Vamos —le dijo—. Regresemos.

Cerró la puerta, pasándole el seguro. ¿En dónde estaba él? Eran

casi las dos de la mañana y había dicho que no tardaría. Era absurdo preocuparse, no tenía por qué hacerlo, Bryce era el tipo de hombre que sabía cuidarse en cualquier situación… ya lo había demostrado varias veces. Era duro, fuerte, decidido… y agresivo. Y ella le amaba, pensó. Le amaba con todas sus fuerzas y por eso se preocupaba tanto. Quizá ya estaba en la casa. ¡Por supuesto… quizá hubiera regresado! Seguramente estaría allí.

No podía ir demasiado deprisa porque costaba trabajo andar. Se cerró aún más el abrigo, pensando que pronto se encontraría en la zona de los árboles y se podría quitar la nieve que tenía en los zapatos y tratar de correr a la casa… el manto de nieve cubría todo el suelo, escondiendo aquellas cosas que se veían perfectamente en otros momentos, tales como los desniveles del terreno y las rocas. Por eso fue por lo que Kim no vio nada, ni sintió nada, hasta que de repente se cayó y apenas tuvo tiempo para extender las manos en un gesto instintivo de protección, antes de sentir que todo le daba vueltas alrededor y después la envolvió una oscuridad total.

Empezó a soñar otra vez lo mismo; que se encontraba en el lago lleno de monstruos… y otra vez despertó del sueño por el ladrido de un perro. Abrió los ojos, pero esa vez no se encontraba en la cama, como antes, tenía mucho frío y estaba cubierta de una piel blanca… ¡piel blanca! Entonces comprendió que era nieve. Se quedó allí acostada un instante, pensando en ello y sintió otra vez el ladrido del perro, más cerca… ya no era un perro sino dos. Le dolía la cabeza e intentó mover primero las piernas y después un brazo, parecía que todo iba bien.

—Kim, te he encontrado… ¡Oh, Kim! Era la voz de Bryce. Bryce… pero él había desaparecido. Ya era demasiado, no podía ser, todo sucedía en su imaginación. Luchó por sentarse antes de sentirse mareada… después unos fuertes brazos le rodearon para ayudarla y al levantar la vista vio el rostro de Bryce.

Acto seguido se desmayó.

Se encontraba en su dormitorio cuando abrió los ojos de nuevo, no estaba sola. Allí permanecía Bryce con ella y en ese momento les decía:

—No, el brazo derecho primero. Bien, así.

La ayudaba a quitarse el abrigo, cuando terminó lo puso al lado de la calefacción, junto a la ventana. Kim se sentó y le observó, mientras su mente comenzaba a funcionar de nuevo, muy despacio.

—Fui a buscarte cuando oí que se cerraba la puerta de la casa de los botes… y pensé… pensé… —se dio cuenta que hablaba despacio, pero no podía evitarlo—, que te había pasado algo, por lo

que fui a buscarte con uno de los perros, no sé cuál de ellos…

— *Boris* —la interrumpió, con voz afectuosa—. Fue *Boris*. ¡Ah! eso lo explica todo.

¿Por qué pensaste que estaba allí? —le preguntó, mientras la secaba con una toalla—. Estás empapada, tenemos que secarte enseguida o te pondrás mala.

—Porque no estabas en tu cama…

—Yo estaba en mi estudio trabajando en algunas cosas para mañana. ¡Ah, no pensaste en buscar allí…! Lo siento mucho…

¡Después de todo él no había salido! Sintió que le temblaba todo el cuerpo y los dientes empezaban a castañetearle.

—¿Qué me sucedió? —le preguntó.

—Chocaste con una piedra escondida y al caer, me imagino que te golpeaste en la cabeza y te desmayaste. Los ladridos del perro no me dejaban trabajar, era *Boris*, que no paraba de ladrar mientras arañaba la puerta trasera; salí a ver de qué se trataba y empezó a ladrar, hasta que tuve que seguirlo… y te encontré.

Kim quería que él se apartara, que se fuera. Apenas podía respirar teniéndole tan cerca.

—Por favor… —comenzó ella—. Por favor… ya me siento bien. Ya puedo… arreglármelas sola.

Trató de levantarse, pero al hacerlo sus brazos la rodearon, sujetándola.

—Por favor… —comenzó a decir de nuevo.

Era una palabra ridícula, la única en que podía pensar, entonces él la besó.

La besó con un beso interminable y después del primer momento de sorpresa, ella le respondió, levantando los brazos y pasándoselos por detrás de la nuca. De pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, horrorizada y llena de vergüenza le empujó, apartándole de ella.

—¡Oh! Cómo es posible…

—No me empujes.

El tono de su voz era más profundo, más tranquilo, más ronco y Kim, al verle acercarse y tomarla de nuevo en sus brazos comprendió sus intenciones. En ese momento vio ante ella el rostro de Jeanne, con una risa burlona, las mismas carcajadas que oyó cuando los sorprendió. Esa noche él había besado a Jeanne y al verle se sintió dominada por los celos.

Quizá a él no le importaba, si no podía tener a la mujer que deseaba, podía tener a Kim.

—¡No, oh no, no lo harás! ¡Déjame sola! —le empujó con más

fuerza, mientras le decía

—: ¡Sal de mi habitación! Estaba temblando, la voz se le quebraba y era evidente la intensidad de sus emociones.

—Me imagino que piensas que soy tonta. ¿De verdad crees que soy tan ingenua? Se alejó de él, estaban solos en la casa. Se había despertado de una pesadilla, pero lo peor de todo era que parecía encontrarse en medio de una segunda pesadilla, aún más inquietante que la anterior.

—Te odio.

Observó cómo se oscurecían aún más sus ojos verdes, ¿estaba… enfadado?

—Te odio —repitió.

Recordó el rostro burlón de Jeanne, su dureza, el chantaje moral, sus besos brutales, la vez que la obligó a entregarle las notas que tenía en su bolso… todo ello se unió para que se pusiera furiosa y cogiera una pequeña estatua de la mesilla y le dijera, temblorosa:

—No te me acerques…

—No es necesario que te defiendas —su voz era fría—. Al menos no contra mí, gracias por decirme en qué concepto me tienes.

Al llegar a la puerta se detuvo y antes de salir se volvió un momento, diciéndole:

—No te volveré a tocar, buenas noches.

Recordó todo varias horas más tarde, al escuchar el inconfundible ruido de las aspas del helicóptero. ¡Gordon! ¡Gordon había regresado! Se sintió más animada, todo iría mejor, él la comprendería.

Se puso unos pantalones oscuros y una chaqueta roja y bajó por la escalera. Necesitaba hablar en privado con Gordon, sabía que tendría que esperar el momento en que estuvieran solos, pero la casa estaba silenciosa y vacía y observó una hoja de papel sobre la mesa de la cocina. Nunca había visto la escritura de Bryce, sólo algunas breves notas en los mapas, pero ésa era una nota evidentemente escrita para ella: *He ido al pueblo, regresaré a las diez.* Dejó el papel sobre la mesa y cuando se dirigió hacia la puerta para encontrarse con Gordon, sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—No puedo hacerlo. Espera hasta que él regrese.

Gordon la miró tan preocupado, que Kim se hubiera odiado si no estuviera en esa situación, pero el deseo, casi obsesivo de huir, era irresistible y no podía pensar en otra cosa, nada más le importaba. Ya casi eran las nueve y media y estaban sentados tomando un café.

—Por favor, Gordon, por favor. Nunca en mi vida te volveré a pedir otro favor, siempre te estaré agradecida por esto.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho este hombre? Él no te forzó —calló, con los ojos fijos en ella, y Kim hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puedo decírtelo. No, no es eso, pero no quiero quedarme. Le odio y no voy a permanecer aquí ni un minuto más; si no me llevas echaré a andar hasta la estación ahora mismo, la encontraré aunque me cueste horas. Ya tengo una idea de hacia dónde queda y de todas maneras me iré. Siento mucho, Gordon, que todo tenga que terminar así pero… —de repente, sin poder evitarlo y para su propio asombro, rompió a llorar.

—Cielos, niña, vamos, vamos —fue a su lado con el rostro lleno de preocupación y le pasó el brazo por los hombros—. Tiene que ser algo malo para ponerte así, está bien, tú ganas, te llevaré, es mejor que te des prisa.

Se limpió las lágrimas con una mano temblorosa.

—Sí, en un momento recogeré mis cosas, espérame aquí.

Subió corriendo por la escalera y cinco minutos más tarde regresaba con una maleta.

—¿Puedes enviarme la otra? La he dejado en mi habitación —aspiró con fuerza y le dijo—: Por favor…, vámonos Gordon.

Ella se arrodilló para acariciar al gato.

—Adiós *Kóshka*.

Los dos perros estaban en la puerta, como si supieran lo que sucedía. Se había encariñado mucho con ellos, los acarició y después, sin mirar atrás, fue hacia el helicóptero.

Se despreciaba por huir, nunca lo había hecho, pero nunca se había encontrado con un hombre como Bryce, jamás le volvería a ver, estaba segura de ello, algo en su vida se terminaba en ese instante.

Capítulo 12

—Mi querida niña, por supuesto que me siento encantada de que hayas regresado, lo único que sucede es que no te esperaba tan pronto —Florence Dalby le sonrió con afecto a Kim.

Era la noche del sábado, afuera llovía y *Rinty*, el perro de su abuela, estaba acostado a los pies de Kim. El fuego de la chimenea calentaba la habitación y la joven se sentía soñolienta después de ese rápido viaje, preguntándose qué disculpa le daría para irse a la cama. Tenía que evitar todas las preguntas…

Como si le pudiera leer el pensamiento, su abuela le dijo:

—Está bien, no es necesario que me digas nada si no lo deseas, me doy cuenta de que algo ha sucedido. Eso es evidente hasta para una niña de tres años… pero a pesar de lo entrometida que soy, si no quieres hablar sobre eso no insistiré.

—¡Oh, abuela, es que no sé por dónde comenzar! Es que… que me di cuenta de que estaba enamorada de… Bryce y desde luego, él no lo está de mí. Ésta es la forma más sencilla de decírtelo.

—Querida —Florence dejó escapar un suspiro—. A veces la vida puede ser muy difícil.

Lo siento mucho, cariño, de veras que lo siento mucho, pero ahora estás en casa y esto es lo importante… además puedo ver tu cansancio. Subiré a encenderte la manta eléctrica para que puedas acostarte tan pronto como lo desees.

—Creo que me reuniré con Jack —le anunció de repente—. Puedo irme la semana próxima. ¿Crees que me enviará el pasaje si se lo pido por telegrama?

—Creo que lo que necesitas ahora son varios días de descanso.

—No, no es necesario, estaré bien después de dormir… es cierto, ya verás, soy fuerte como un caballo.

—Tú sabrás lo que haces, nunca te he dado órdenes, lo sabes muy bien. Ahora, vamos a ver qué programas hay en la televisión, ¿no te parece? Después quizás nos tomemos una copa.

—Hum, eso será magnífico, gracias abuela. ¿Nunca te he dicho que eres maravillosa?

—Sí, y no me importa que lo repitas. Ahora, ponte cómoda, mientras te preparo la manta.

Cuando su abuela subió, al momento sonó el timbre del teléfono. Kim se iba a levantar para contestarlo cuando escuchó la voz de su abuela desde la habitación, donde tenía una extensión. Se recostó en el sillón, viendo la película de la pantalla… y preguntándose qué estaría haciendo Bryce en ese momento. Contuvo el aliento. «No, no debo saberlo», pensó, «tengo que empezar a olvidarle… lo más pronto posible». Se preguntó cuánto tiempo tardaría.

Antes de retirarse a su habitación, Kim se despidió de su abuela, dándole un beso afectuoso.

—Si me levanto bastante temprano, quizá vaya a la iglesia.

—Me encantaría ir contigo, querida, pero quizá venga la señora Hutchinson.

—¿Fue ella la que llamó? Iba a contestar cuando te oí hablar.

—¿Me oíste? Oh… sí, así es. Ahora sube, que después te llevaré un vaso de leche caliente. Dormirás como un tronco.

—De cualquier manera lo haré, gracias, me estás malcriando mucho.

Durmió tan bien que cuando se despertó casi eran las nueve. Estirándose, Kim se dirigió hacia la ventana para mirar al exterior; era otro día otoñal de lluvia.

Una vez que se vistió, bajó y se encontró el desayuno ya preparado. Notó algo distinto en Florence y le preguntó:

—¿Te sientes bien?

—¿Yo? ¿Bien? Estoy bien… nunca me he sentido mejor. ¿Por qué me lo preguntas? Kim se encogió de hombros.

—No lo sé. Es algo… algo que hay en ti. Estás muy arreglada esta mañana… y te has puesto un perfume delicioso. ¿Qué es?

— *Chamade*. Me haces sentir como si fuera una vieja descuidada que ha terminado de arreglarse por primera vez…

—¡Oh, abuela! —Kim se rió ante lo que acababa de decirle—. ¡Sabes muy bien que no quería decir eso!

—Lo sé querida, estaba bromeando. Termínate el desayuno, no quieres llegar tarde, ¿no es cierto?

—No —miró su reloj—. En quince minutos estaré allí… estaré de vuelta a las once y media.

—Está bien. Probablemente arreglaré un poco el jardín mientras estás fuera —le acarició el pelo y le sonrió.

Había algo extraño en todo aquello… pero Kim no pudo darse cuenta de qué sucedía.

Salió y empezó a andar después de rechazar la oferta que le

había hecho su abuela de llevarla en el coche. Disfrutaba andando bajo la lluvia.

Abrió la puerta de la casa y *Rinty* fue corriendo desde la sala, saludándola con un ladrido y moviendo la cola, no era una bienvenida normal. La casa parecía extrañamente silenciosa.

—¿Abuela? —llamó Kim.

Rinty inclinó la cabeza hacia un lado, nadie le contestó. Todo era muy raro… algo estaba mal, pero Kim no sabía qué era. Repitió la llamada mientras se dirigía hacia la sala, quizá se hubiera quedado dormida… era algo que nunca había sucedido.

La puerta estaba abierta, *Rinty* entró junto a ella, como diciéndole: «mira quién está aquí». Comprendió por qué la casa estaba tan silenciosa, por qué su abuela no estaba allí, al ver al otro extremo del salón al hombre que estaba junto a la ventana.

—¿Por qué has venido? —le preguntó muy tranquila.

—Porque dejaste mi casa.

Bryce se dirigió despacio hacia ella.

Estaba vestido con un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata oscura. Le parecía alto, atractivo, serio… el cansancio era visible, como si hubiera llegado desde muy lejos, después de dormir muy poco.

Kim comprendió que sus piernas no la soportarían mucho más.

Él se detuvo delante de ella, muy cerca.

—¿Dónde está mi abuela? —murmuró la joven.

—Ha salido.

—Fuiste…

En ese momento se dio cuenta de algo que debió haber comprendido antes, el motivo de la confusión que apareció en el rostro de su abuela cuando hablaron de la llamada.

—Fuiste tú quien llamó por teléfono, ¿no es cierto?

—Sí, fui yo, tuvimos una charla. Tu abuela me invitó a venir hoy.

—¡Oh! —Kim dejó escapar un largo suspiro—. Ella no debió…

—Yo ya estaba aquí… en Inglaterra. La llamé desde el aeropuerto de Manchester y si me hubiera dicho que no viniera, de todas maneras lo habría hecho. Hubiese esperado afuera hasta verte, pero no fue necesario. Me invitó a venir, me comunicó que pensabas irte a Sudamérica dentro de unos días. ¿Es cierto?

—Sí. Yo no te abandoné, encontramos el avión.

—Tú encontraste el avión —se encogió de hombros—. Eso no tiene importancia, no lo es tanto como verte…

—Quiero que te vayas —le anunció en voz muy baja.

—No. ¿Fue porque nos viste a Jeanne y a mí…?

—No quiero hablar sobre eso.

—Yo sí. Quizá no sea muy caballeroso decirlo, pero yo no la estaba besando, era ella quien me besaba. Hay una gran diferencia en eso, no la amo, ni siquiera me gusta. Cuando entraste en la habitación, la sujetaba por los brazos, tratando de detenerla; estaba seguro de que nos habías visto, pero yo no la amo a ella, nunca he amado a ninguna mujer, hasta… ahora.

Kim le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres que me arrodille y te diga que te amo? —él no sonreía, pero tampoco parecía triste.

—Yo no… yo no creo que eso sea muy cómico… —sentía que iba a desmayarse.

—Kim, no estoy tratando de ser cómico, hablo muy en serio, nunca he hablado con más seriedad en toda mi vida. Sabes lo importante que era para mí la búsqueda en el lago. ¿Crees que la dejaría ahora que está casi terminada… cuando Gordon y yo tenemos todo casi listo? Sin embargo, lo he hecho, estoy aquí, porque huiste de mí.

—Quiero sentarme —dijo, cerrando los ojos.

—Tu abuela es una persona muy bondadosa y piensa en todo. Me enseñó dónde estaba la cafetera y la encendió antes de salir… unos cinco minutos antes de que tú llegaras.

¿Quieres que te prepare una taza de café?

—No, yo lo haré, no puedo permitir que tú…

Mientras se dirigía a la cocina se preguntó por qué *Rinty* no había ladrado. No le gustaban los desconocidos y sin embargo, estaba allí, esperando a Kim, cuando había un extraño en la sala, sin ladrar ni dejar escapar un solo gruñido. ¡Qué extraño era todo eso!, pensó.

—Déjame… por favor —le pidió él.

—No… yo…

Estaba junto a la cocina y empezaron a temblarle los brazos y después todo el cuerpo.

Quería que Bryce la tomara en sus brazos, lo deseaba con desesperación. Se volvió hacia él y en sus ojos se podía leer la súplica, el deseo.

—Bryce, Bryce.

Él la contempló, estaba muy cerca de ella.

—Juré que nunca más te tocaría —le dijo en voz baja—. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—No lo haré… a menos que me lo pidas.

—Tómame en tus brazos, por favor, Bryce.

Entonces él le sonrió; por primera vez desde su llegada sonrió… y extendió los brazos para atraer a Kim hacia él.

—Te amo, Kim —el tono era suave—. Siempre te amaré. ¿Me amas tú?

—Sí.

—Es todo lo que importa. ¿Te casarás conmigo?

—Sí.

—Viviremos donde desees, en Austria… en Inglaterra… donde quieras, ¿estás de acuerdo?

—Sí.

—¿Es todo lo que sabes decir?

—No. Han sucedido tantas cosas… hay tanto que explicar… sobre nosotros… —se detuvo, porque la mirada de Bryce era tan suave… tan afectuosa… que casi no podía soportarla.

—Sí. Kim, tenemos mucho que explicar… con todo el tiempo del mundo para hacerlo, ¿no estás de acuerdo conmigo?

—Sí. ¿Puedo pedirte algo?

—¡Lo que desees!

—¿Quieres besarme? El café hervía sin parar y nadie le prestaba atención. *Rinty* abandonó la cocina sin hacer ruido y fue hasta el vestíbulo, donde se recostó para esperar la llegada de su dueña. Parecía no entender el extraño comportamiento de los humanos.

Fin

Índice